

Quince
notas
radiales

Fábula de la pintora norteamericana y el seminarista gordo

Esta norteamericana era, como yo y algún otro más, huésped permanente del hotel de Cuernavaca donde recibí los cinco años de mi permanencia en México. A la distancia la evoco fulgurando ante mis ojos como un típico maniquí sajón: la piel levemente sonrosada, ojos azules y chispeantes, cabellera rubia restallando en la luminosidad un tanto ostentosa del aire cuernavaquense. Ya no era joven, pero sabía pasear con desparpajo y gallardía una suerte de inocencia infantil que revoloteaba en su humor, en el chisporroteo de su andar, en su pésimo pero simpatiquísimo español, con el que sabía ganarse la sonrisa condescendiente de los hispanohablantes que la trataban.

Gustaba presentarse llevando encima modelos más refinados de lo que parecían, que exhibía (sin exhibir) bajo el camuflaje de un ufano descuido. Nunca prescindía de algún toque extravagante en su arreglo. Le encantaba protegerse del amable sol cuernavaquense con sombreros de paja enhiestos y graciosos, circundados por vistosas cintas de seda, que variaban cada día sus motivos y colores según los humores cambiantes de su dueña. O bien se envolvía el cuello con un aparatoso pañuelo flotante, de gasa por lo general violeta, su color preferido.

Llevaba también, como una adorno más (que ella manejaba sabiamente), un graduado toque de tilingüería, o de afable descocamiento, que no sólo le sentaba de maravillas a su alegre talante, sino que le servía de pase libre para ser acogida de buen grado en cualquier ambiente que se le ocurriera frecuentar.

Debo reconocer que la complacencia de vivir que iba dejando como una estela a su paso, provenía en buena medida del cuidadoso riego diario de gin, whisky o tequila a que se sometía en privado, en lo escondido de su pieza de hotel, ya que no recuerdo haberla visto hacer ostentación pública de su inclinación alcohólica más que tiránica.

Le encantaba llevar una vida bohemia y desordenada (iba a poner «desorejada», lo que no hubiera sido excesivo), y su figura volante andaba circulando cada día, y sobre todo cada noche, por los bares y terrazas más concurridos del Centro de Cuernavaca. Lo cierto es que resultaba una presencia bienvenida, tanto en las ruedas de compatriotas -una colonia bastante numerosa en aquella ciudad-, como en los cenáculos y bebederos de gente mexicana que la recibía hasta con batir de palmas en sus risueños corros de tequila.

Como si fuera un estandarte y una gracia más, llevaba a todas partes su fama de mujer sentimental y enamoradiza, que a pesar del otoño no renunciaba a los esplendores del amor, según los rumores que por todo Cuernavaca corrían.

Esta prodigalidad, estos ardores crepusculares que en ella eran todavía fragantes, no fueron jamás obstáculo para su catolicismo de misa semanal. No faltaba jamás a los oficios dominicales en la Catedral -y era una misa con música de mariachis-, adonde solía presentarse luciendo atuendos flamígeramente juveniles y un aire triunfador de estudiante universitaria liberal y de avanzada.

Para completar sus dones, resulta que era además pintora. Como creadora plástica, tuvo un indudable mérito artístico que es justo resaltar: jamás mostró sus cuadros. Se encerraba horas en su habitación para pintarlos, pero sólo alcanzaron a conocer sus obras las mucamas del hotel, que después comentaban, azoradas, que consistían en «unas manchas de colores fuertes, desparramadas por la tela sin tón ni són». Buena señal, pensé yo: una pintora no figurativa, pero con una incontenible carga pasional. No me pareció una mezcla desdeñable.

Nadie en el hotel pudo averiguar ni una hilacha de su historia; a qué se habría dedicado antes en su país, cómo fue a parar a México, y a Cuernavaca, y a ese hotel de categoría más bien ínfima. Me sorprendió esa elección en una mujer como ella, que trasuntaba en su estilo y en su comportamiento un origen social, si no de cinco estrellas, cuando menos de cuatro. Sin embargo, no arrastraba ningún resentimiento, ninguna amargura por ese pasado esplendor que se le adivinaba. Uno recogía la impresión de que nada de lo vivido antes le pesaba ya, atenta únicamente al presente estricto. Y creo que ese no arrastrar lastres ni complicarse con ellos, formaba parte de la impresión de levedad y juventud que el observador recogía con solo mirarla. Parecía vivir con un desapego deliberado o un desinterés olímpico por lo que no apareciera delante de sus ojos en cada momento.

Y un día apareció delante de sus ojos (y de los míos, que andaba por ahí) un huésped nuevo en el hotel. Era corpulento como un luchador, de expresión adusta detrás de unos lentes anticuados, y con una tiesura severa a pesar de una pelambre anárquica y una barba oscura que caía desorganizada tapando las solapas de su saco negro. Se estaba registrando en la Recepción del hotel, y yo registré que ella registró su llegada. No me explico por qué le pudo llamar la atención. Si me mandaran describir un ejemplar humano que estuviera en las antípodas de la fresca y jugosa norteamericana, habría elegido a este adusto varón recién llegado.

Se ignora cómo lo averiguó la pintora, pero el hecho es que esa misma tarde ya sabía que el desconocido era un seminarista que marchaba a cierta ciudad lejana de México, a ordenarse de sacerdote de vaya a saber qué congregación.

«¡Clavado!», pensé yo. «¿Qué otra cosa que entrar de cura podría hacer en la vida este hombre con semejante apariencia?» Pero se ve que la norteamericana no estaba para nada de acuerdo conmigo.

Antes de internarme en esta historia que no sabemos hacia dónde puede derivar, quisiera abrir un pequeño paréntesis para consignar que esta norteamericana alcohólica, no fue, ni mucho menos, el único caso de norteamericano y de alcohólico que pude registrar en mis cinco años de permanencia en Cuernavaca. Al contrario: fueron numerosos los ejemplares que conocí, y, en algunos casos, que traté. El hecho me intrigó desde el principio: ¿por qué tantos norteamericanos en esta ciudad mexicana? ¿y por qué tantos de ellos alcohólicos pertinaces?

Un domingo me dio por ir a presenciar la misa de la Catedral, que como dije se hacía con acompañamiento de sonoros mariachis y era oficiada por el célebre «obispo rojo» Sergio Méndez Arceo, tan execrado por la conservadora iglesia mexicana. Como todos los domingos, la Catedral cuernavaquense desbordaba de fieles,

de turistas de paso y de curiosos que iban a espiar lo que ocurría en aquellos ritos poco menos que satánicos, según creían los derechistas haciéndose cruces.

Y al ubicarme entre los fieles observo, asombrado, que por encima del nivel de todas las cabezas asistentes, vueltas hacia el púlpito donde peroraba el obispo, sobresalían cuatro o cinco globos de esos inflados a gas, formando ramillete. ¿Qué hacían esos globos, tan disonantes con el lugar y la ocasión?

Recién pude averiguarlo al final, cuando concluyó el oficio, y la feligresía se dispersó; y entonces mi pasmo fue todavía mayor. Se me puede creer o no. Si me lo contaran a mí, por supuesto que no lo creería. Los cuatro o cinco globos estaban sujetos cada tantos centímetros todo alrededor del ala de un ancho sombrero de paja que conservó puesto todo el tiempo un señor de porte absolutamente serio, vestido con extraordinaria corrección y que se desempeñaba con perfecta naturalidad. Para agregarle más absurdidad a aquella escena absurda, este señor conversaba con un grupo de personas, todas de aspecto igualmente respetable, que no parecían hacer el menor caso de aquella extravagancia nunca vista.

Supé después que este hombre que uno tomaría por un chiflado, era nomás un chiflado de nacionalidad norteamericana, radicado desde hacía años en Cuernavaca, y entregado caudalosamente a la bebida.

Después lo encontré en distintos lugares del Centro, y hasta haciendo gestiones en un banco -¡templo de las augusteces de este mundo!-, y siempre luciendo su imperturbable sombrero adornado con los cuatro o cinco globos atados en el borde del ala y navegando en los aires a más de medio metro por encima de la cabeza del extravagante.

Otro caso diferente fue el de Jesucristo Superestar; alcohólico, pero no demente. Con ese nombre bautizamos mi hijo y yo a un estadounidense que se alojó durante unos meses en la pieza vecina a la que ocupábamos en el hotel. Y lo llamamos así porque este hombre, con su larga melena de nieve pura cayéndole hasta los hombros, y una venerable barba de albura inmaculada, podía recordar a un Jesús canoso o a alguno de sus apóstoles. Pero de venerable no tenía nada. Lo único que se le vio hacer en los meses que estuvo albergado en el hotel, fue caerse de borracho. La mucama que arreglaba su cuarto -una indígena que se pasaba descubriendo «espantos» por todos los rincones del hotel (así les llaman allá a los fantasmas)-, me contaba escandalizada que todas las mañanas sacaba de abajo de la cama de Jesucristo Superestar una botella de ron consumida hasta la última gota.

Podría agregar todavía a un pintor extraordinariamente culto, que circulaba alegremente en los ambientes artísticos de la ciudad. Una de sus borracheras merecerá mi agradecimiento eterno. Yo estaba sentado con mi mujer en la mesa de un bar y a él le dio por venir a acompañarnos trayéndose su botella de cerveza inseparable. Y en un arranque de generosidad que sólo un borracho de noble estirpe puede tener, se desprendió de un magnífico libro de arte que llevaba con él, nos lo dedicó con todo cariño ahí mismo, y nos lo regaló sin hacer caso de nuestras protestas, que probablemente no fueron demasiado vehementes. (Nunca dejo de imaginarme su desesperación a la mañana siguiente, cuando, despejado, tomó conciencia de su gesto. Yo traté, después, de restituirle el regalo, pero él se mantuvo en sus trece como un caballero).

Y así podría seguir enumerando incontables alcohólicos norteamericanos de los que tuve noticia, y que pululaban como mosquitos en Cuernavaca. ¿Por qué? Consulté a amigos mexicanos, y obtuve dos explicaciones; una en serio y otra en broma. La explicación en serio indicaba que estos norteamericanos, ya retirados de sus trabajos en su país, eran desde tiempo atrás notables alcohólicos, y como México resultaba para ellos mucho más barato, y sus ingresos eran por lo general exiguos, preferían venirse a vivir al lugar donde, con la misma cantidad de dinero, podían consumir el doble de alcohol. Y a eso se sumaba, para los de más edad, la benignidad perenne del clima deleitable de Cuernavaca.

Pero otros mexicanos bromistas explicaban que no era ésa la razón verdadera y que en realidad los tales borrachos eran espías a sueldo del gobierno norteamericano. En aquellos años las relaciones de México con

su vecino, siempre difíciles, no estaban en su mejor momento, porque a Estados Unidos le preocupaba sobremanera la incierta evolución política que pudiera seguir México. Para precaverse -aventuraban mis amigos- lo habían inundado de espías.

La verdad es que resultaba más que problemático que pudieran intentar algún espionaje quienes vivían anegados de alcohol. Por eso mismo los mexicanos, maestros de la ironía, se divertían imaginándolos sagaces agentes de la CIA. Y la broma llegaba al disparate cuando le atribuían al loquito de los globos en el sombrero, nada menos que la jefatura de las operaciones de espionaje en todo el territorio nacional y Centroamérica. Los globitos y la chifladura -explicaban muy serios- eran para disimular.

También resulta difícil imaginar a mi amiga la pintora ocupada en tareas de inteligencia política. Con mucha mayor razón si la retomamos en un momento que promete ser pródigo en acontecimientos: cuando acababa de tomar nota de la llegada al hotel del seminarista gordo, que tanto pareció intrigarla.

El inminente sacerdote pasó esa tarde de su llegada sumido en la lectura. Se sentó a la sombra del espacioso magnolio del hotel, que lo protegía del sol de la media tarde, y allí estuvo largo rato entregado a la meditación, repasando devotamente lo que se adivinaba desde lejos que era un texto sagrado. Apostaría que reflexionó -según indicaba su cara reconcentrada, a veces transida- acerca de la trivialidad de las atracciones mundanas, el peligro de las seducciones que se nos cruzan a cada momento, capaces de arrastrar al ser humano hacia la senda del pecado y hacerle extraviar el camino de la vida eterna.

A veces, desde mi reposera no demasiado alejada del magnolio acogedor, lo vi interrumpir la lectura y quedarse ensimismado, con la vista perdida en el vacío. No puedo asegurarlo, pero hasta me pareció que movía apenas los labios, como en una recoleta oración. Se levantó al cabo de un largo rato de leer y meditar a solas, y lo vi marcharse con paso solemne hacia su habitación en el primer piso. La norteamericana no se vio en toda esa tarde.

A la hora de la cena, cuando los comensales ocupábamos nuestras mesas habituales en el comedor, algo desusado ocurrió. Apareció nuestra amiga la pintora, pasó entre todos los huéspedes dirigiéndonos un saludo casi imperceptible, y se encaminó con aire ausente hacia su mesa. Pero lo que sorprendió a todos fue que, por primera vez desde que la conocíamos, llevaba en la mano un hermoso candelabro de plata, que colocó frente a su plato. Acto seguido encendió la vela y adoptó una expresión delicada e impasible.

Al ratito, aparece en el salón el seminarista recién llegado. Ingresó al comedor con imponente adustez procesional, los ojos bajos, el ceño gravemente visitado por pensamientos de elevada espiritualidad. Vestía el traje gris oscuro que tenía al llegar, que acaso combinara con su próxima profesión sacerdotal, pero para nada con la calidez sensual de la noche. El digno huésped dejó caer entre las mesas un sobrio «buenas noches» proferido entre dientes y al barrer, eligió una mesa vacía y allí se sentó.

Pasó unos minutos revisando la carta, pero mis ojos registraron que los ojos del seminarista registraron la vela encendida no lejos de su mesa. Sin embargo, puedo dar fe de que desvió rápidamente los ojos hacia el plato y no los despegó de allí durante la cena frugal que eligió. Es cierto: en las pocas ocasiones en que levantó la copa para beber su vino, no tuvo más remedio que reparar, seguramente contra su voluntad, en el temblor de la vela.

Doy fe, asimismo, de que la norteamericana en ningún momento de la cena bajó a tierra. Sus ojos no se apartaron ni por broma de las magnolias que, casualmente, habían desplegado sus espléndidos pétalos por

esos días, resplandeciendo en el comedor abierto a la noche cuernavaquense. Yo nunca había visto un arte igual para ignorar a alguien diciéndole «aquí estoy» sin decir nada.

A la noche siguiente, los sismógrafos del hotel registraron una novedad de bulto: la norteamericana llegó al comedor y pasó entre las mesas como una reina sin hacer mayor caso de los huéspedes que éramos sus amigos; pero esta vez traía, en vez del candelabro de la noche anterior... ¡dos candelabros con sus respectivas velas! La pintora ocupó con noble pompa su mesa, encendió las dos velas y agregó una botella de vino tinto en medio. Y ahí quedó.

Cuando poco después cayó el seminarista, volvió a saludar con su severidad conocida, y se sentó con estilo eclesiástico en la misma mesa de la noche anterior. Dos transformaciones, sin embargo, llamaron la atención de los observadores: esta vez había domado su pelambre y había conseguido hacerse un peinado demasiado relamido para su estilo; y además ya no traía el traje gris de la víspera, sino que lucía una camisa sport blanca, de impecable planchado y con dos detalles que no dejaron de sorprender y desconcertar a la concurrencia atenta: la camisa era de manga corta (Ave María Purísima) y bastante despechugada, dejando asomar un vellamen negro y espeso, Dios me perdone.

Mis ojos registraron que la americana registró el cambio (para ser exacto, registró, más que la camisa, el vellamen.) Y a la vez mis ojos registraron que los ojos del seminarista registraron por su parte los dos candelabros erectos.

Nada más ocurrió durante el transcurso de la cena, pero una vez terminada, la norteamericana recogió los dos candelabros, hizo una evolución un tanto errática que la llevó casualmente hasta frente a la mesa del seminarista, saludó en un susurro, partió rauda.

A la tercera noche, con alevosa sabiduría, ella no apareció en el comedor. El seminarista sí, y se lo vio toda la cena mustio como un pollo mojado. Mis ojitos registraron cómo sus ojitos estuvieron buscando en todas direcciones, y de tanto en tanto se posaban con desolación en la mesa desierta, sin velas encendidas y sin norteamericana.

Los cronistas del hotel, aunque solían no perderse detalle de cuanto ocurría en el establecimiento, ignoran hasta hoy cómo se desarrollaron los acontecimientos decisivos. El hecho cierto es que a la cuarta noche volvió la norteamericana, volvieron los dos candelabros, volvió la botella de vino tinto, volvió el seminarista, volvieron los vellos de su escote hirsuto, ¡pero ahora se sentaron juntos en la mesa de ella! La rutilante novedad produjo un remolineo de asombro entre los espectadores que allí estábamos, aunque supimos disimular con admirable estilo. Puedo jurar que la conversación de la pintora y el santo varón fue todo el tiempo morigerada y circunspecta, como cuadra a personas graves y teologales. Al final de la cena, ella fue la primera en retirarse a sus aposentos, llevándose un candelabro en cada mano; y él quedó solo por un buen rato, sumido en piadosos pensamientos.

A la quinta noche se repitió la escena, pero ahora la conversación fue menos teológica. Hubo risitas francas de la pintora y equívocos esbozos de sonrisas que resultaban un tanto escandalosas en un próximo cura. La retirada fue idéntica a la de la víspera.

Pero a la sexta noche, para asombro de todos los que presenciábamos la escena, el ceremonial de clausura de la cena cambió: los dos se levantaron al unísono, cada uno tomó un candelabro, y así, como en procesión devota, se retiraron juntos y majestuosos del comedor, con un «buenas noches» doble, de ejemplar medida, que todos contestamos con educación intachable, propia de gente mundana y muy vivida.

Ni qué decir que a la séptima noche no bajaron ninguno de los dos.

En los días siguientes, ni la pintora ni el seminarista fueron vistos juntos desde ninguno de los observatorios del hotel, alertas como nunca.

Ella andaba como etérea, llevando en sus labios, apenas apuntada, una sonrisa beatífica. Invariablemente lucía en el cuello un pañuelo de gasa lila, el color que servía para indicar la ventura de su dueña.

El seminarista, por su parte, ya no leía bajo el magnolio, ni se le vió entre manos texto sagrado alguno. Se le contabilizaron, en cambio, varias camisas sport de alegres motivos, y todas despechugadas con creciente atrevimiento. Hasta se lo vio jugar al ping-pong con el hijo del dueño del hotel.

A la hora de la cena, la mesa de la pintora se mostró tozudamente desierta todos esos días. Se ve que habían optado por no comer, los dos místicos.

Hasta que una noche, intempestivamente, vimos reaparecer a la norteamericana en el comedor y ocupar su mesa como si nada ocurriera. No llevaba candelabro ni pañuelo lila. Pero tampoco la menor sombra de contrariedad ni de duelo. Se la vio elegante y sonriente, juvenil y serena, según su estilo más celebrado.

Sólo después supimos que en ese preciso momento, el seminarista estaba pagando en la Recepción del hotel, recuperados el traje adusto, el cuello abotonado y la corbata del primer día; y que recogía su valija para marchar al encuentro de Dios.

Y mis ojitos registraron cómo los ojitos de la norteamericana registraron a la distancia la partida, pero sin un temblor, sin una veladura del ánimo. Levantó apenas la copa de vino, bebió un trago cortito. Así lo despidió. Ella no era mujer de apartar a hombre alguno de su vocación. Pero sí era mujer capaz de cantarle a las glorias del mundo en honor de quien había resuelto apartarse de él. Como buena católica, aceptaba que acercarse a Dios es el más encomiable camino, pero a condición -enseñó la sabia- de no desprenderse del mundo maldiciéndolo o renegando de sus hermosuras.

No voy a detenerme en los detalles de lo sucedido dos o tres meses después del seminarista. No quiero ensombrecer esta evocación de una mujer luminosa. Lo dejaré apuntado apenas, como en telegrama, pasando lo más rápidamente que pueda por encima de los hechos infaustos: restaurante en el centro de Cuernavaca; mariscos en mal estado; intoxicación galopante; médico irresponsable. Cuando, desesperado, llamé a las seis de la mañana a un médico amigo y lo saqué de la cama, ya no había nada que hacer en favor de la norteamericana.

Y basta. Quiero que quede aquí una sola imagen final de mi amiga. Necesito conservarla en la memoria con su gracioso sombrero de paja adornado con una cinta primaveral, un pañuelo de gasa lila en el cuello, un candelabro con su vela encendida en la mano izquierda, una copa de vino en la derecha. Y en la sonrisa, en los ojos azules, una afirmación perenne del gusto de vivir. Así.

Acariciar el agua, besar a un insecto

Cualquiera que decida lavarse las manos, realiza más o menos idénticas operaciones: abre la canilla, coloca las dos manos bajo el chorro, se las enjabona, las restrega varias veces, se enjuaga, se seca. En efecto, se ha lavado las manos.

En cambio, cuando yo me lavo las manos, efectúo esas mismas operaciones, pero no me lavo las manos: lo que hago es jugar afectuosamente con el agua. Que es muy otra cosa. Permito que el agua me recorra con su estilo juguetón, con su intrínseca alegría, y me doy perfecta cuenta de que se desprendió de la canilla con la exclusiva intención de venir a acariciarme; y yo le retribuyo su afecto y me dedico a acariciarla también.

Dicho de otro modo: una cosa es lavarse las manos con la encomiable intención de extraerles las partículas de suciedad que puedan haber almacenado en su contacto con el mundo externo; otra muy diferente es entablar un diálogo afectivo con el agua cariñosa, darle yo mi ternura, recibir la ternura que ella tiene para darme y que es, a todas luces, uno de sus atributos más delicados.

El de lavarse es un acto funcional, atento únicamente a la eficiencia: que las dos manos queden indemnes de cualquier mácula o residuo pernicioso. Lo mío, en cambio, es un puro intercambio gozoso, un juego gratuito pero iluminado, como son siempre los juegos del erotismo. Que no sirven para nada utilitario; sólo sirven (¡casi nada!) para que el sentimiento de unión se exprese y se realice; el amor, en suma. Que no siempre ha de ser amor por un ser humano: bien puede ser un amor muy genuino por una cosa; el agua, en este caso, que corre y que juega entre nuestras dos manos dichosas de acogerla.

Quien se lava las manos acatando las habituales razones higiénicas, lo hará de una manera mecánica, pensando por lo general en algún otro tema. Cuando yo me lavo las manos, no ocurre más nada en el universo, todo ha quedado reducido a ese intercambio lúdico de afectos: yo, que amo al agua, el agua que me ama a mí. Es que cuando el amor irrumpe -cualquier amor- desaloja a todo lo demás. El cosmos se vacía. Sólo quedan los amantes y su entrega mutua (¿y para qué más, si bien se mira?).

Por eso, cuando me lavo las manos (quiero decir: cuando juego con mi amada agua) me concentro con mis cinco sentidos en ese delicado acto sexual que el agua y yo cumplimos. El erotismo es siempre así: radical, exclusivista. No admite nada que no sea él mismo.

(No veo a qué asombrarse tanto de que podamos establecer relaciones sexuales con los objetos inanimados. No sexuales en el plano genital, se entiende. Sexuales en el sentido de un impulso abarcador y fusionador, que no deja nada fuera del ser.)

Sucedo que yo creí siempre, desde niño chico, que los objetos inanimados poseen, en realidad, vida. Que sufren, se alegran, extrañan, tienen miedos, compiten, quisieran destruirse o se aman como locos. Es decir: jamás acepté que los objetos inanimados fueran in-animados. Siempre les atribuí un alma, un «ánima». Es el bien conocido «animismo infantil», del que pretendo haber sido (o ser todavía) el Sumo Pontífice. Porque lo singular es que, después de la infancia fanáticamente animista que tuve, seguí creciendo, me convertí en respetable adulto... pero el animismo se me quedó anidado en mis más ocultos mecanismos de ser. (Todavía hoy, cuando elijo una camisa para ponérmela, me aflige pensar que todas las demás, que quedarán apiladas en el estante, llorarán a lágrima viva su relegamiento...).

Demás decir que yo no le atribuyo a lo inanimado la misma forma de vida que es distintiva de la planta o del animal; y muchísimo menos la del hombre. Considero que la de los objetos es otra manera de vida, que no nos es dado comprender ni descifrar, y que sólo somos capaces de percibir valiéndonos únicamente de lo que llamaría «intuición adivinatoria» (a la que considero, dicho sea de paso, uno de los instrumentos más certeros y sutiles de que estamos dotados para la captación del mundo externo: «adivinar» como sinónimo legítimo de «conocer», cuando se trata de ciertos planos del ser demasiado soterrados).

Se entiende que este animismo adulto que yo aguerridamente sostengo, no se respalda en el más mínimo fundamento científico. No tengo forma de comprobar que aquel niño y este adulto estamos en lo cierto. Soy animista porque me lo dictó una evidencia palmaria que llevo acendrada en mis vísceras, y que ya nada me podrá arrancar.

Por lo demás, la mirada del niño o la del hombre primitivo, ¿no percibirán la realidad de un modo más elemental y directo, sin tanto rococó perceptivo o intelectual, y por lo tanto con mucha mayor hondura? El pobre niño y el pobre primitivo, en cuanto al conocimiento del mundo, siempre han llevado las de perder. Desde que el hombre es hombre (si es que lo ha sido alguna vez), el adulto y el civilizado se reservaron el monopolio y el privilegio de la verdad. Por eso mismo, me entusiasma este desquite, esta revancha que practico gracias a mi animismo militante: «Perdonen, señores adultos, mis queridos civilizados, pero en este terreno los que pierden son ustedes. Contra lo que han sostenido siempre, los objetos tienen un «ánima», una manera de vida.»

Y una vez aceptada esta evidencia fundacional, sobreviene algo que sólo el niño y el salvaje (y yo) sabemos bien: puesto que los objetos tienen una cierta manera de ánima, es posible contactarnos afectivamente con ellos, comunicarnos en el plano de los sentimientos. Y ello porque, si la afectividad es lo distintivo de toda vida, habiendo afectividad hay nexo, vínculo, ya que la afectividad jamás es solipsista, supone siempre el ir hacia un otro y el venir desde un otro.

A muchos apresurados les parecerá que este vínculo afectivo con los objetos presuntamente inanimados, no tiene nada de particular ni de sorprendente: ¿no es acaso común que nos encariñemos con un amuleto que nos acompañó durante años enteros; o con una prenda que nos resultó particularmente cómoda; o con un «souvenir» comprado en una ciudad que nos sedujo más que otras? Sin embargo, en todos estos casos bien conocidos, nos ligamos a un objeto inanimado por la sola razón de que él quedó asociado a algo que nos afectó **a nosotros** de una manera o de otra. El amuleto **nos** acompañó, la prenda de vestir **nos** produjo satisfacción, el «souvenir» **nos** habla de una ciudad a la que nosotros amamos. Si se quiere, en todos estos casos, el vínculo entre nosotros y el objeto inanimado es, en rigor, un nexo entre nosotros... y nosotros. El objeto oficia a lo sumo como puente, pretexto o sostén de nuestro sentimiento.

Aquí hablo, en cambio, de una vivencia diferente por completo. Hablo de amar a un objeto por sí mismo y en sí mismo, sin que signifique nada en la vida que tuvimos, en nuestra biografía sentimental. ¿Pero es que se

puede amar a una lámpara, a un río, a una puerta, por el solo hecho de ser lámpara, río, puerta, sin ligazón alguna con nuestra peripezia íntima? ¿Es posible enamorarse del agua con la que nos lavamos las manos (el agua tan querible, tan alocada)? Yo creo firmemente que sí, que es posible, en cuanto hay dos «vidas» que se comunican. Pero no sólo con el agua, la lámpara o la puerta. Puede ser también con enormes paisajes, con vastos ámbitos geográficos, que se ponen a relumbrar de pronto como si fueran el universo entero. Recordaré un episodio que sirve de ejemplo.

Quienes hayan visitado alguna vez Machu Pichu, no han podido apartar más de su memoria la imagen del Wayna Pichu; esa descomunal montaña que se agazapa con su mole oscura frente a las ruinas milenarias, separada de ellas por un ancho abismo. Tiene algo de paquidermo colosal, aposentado allí como señor absoluto del paisaje y de los siglos que transcurren impasibles por encima de su testa taciturna. No es una montaña, ¡qué va a ser una montaña! Lleva debajo de su lomo una vida majestuosa, umbría, rectora de los grandes ciclos de la existencia.

Y qué decir del aire que lo envuelve, de una cristalinidad sobrenatural. Y de la inmensidad del espacio que nos separa del Wayna. Y allá abajo, el río Urubamba, cinta de juguete cuando se lo ve desde tamaña altura. Y a nuestra espalda el enigma de las arquitecturas colosales de Machu Pichu.

No es fácil mantener la calma cuando uno está asomado ante aquel abismo, hipnotizado por el Wayna seductor. Ese balcón desde el que miramos se puebla de tentaciones oscuras, de impulsos inmanejables. ¿Uno llega a pensar en arrojarse al vacío? Sí, yo lo pensé. Pero no era un pensamiento de muerte, todo lo contrario. Era pensar en una génesis, en un nuevo nacimiento cósmico del yo. Era un deseo vehemente de integración con aquel paisaje envolvente y magnético, como buscando un contacto definitivo con lo más hondo de lo hondo del planeta.

Pero no fui capaz de llegar hasta el salto que me reclamaba, y entonces alcanzar el fondo de esa fusión que tuve tan a mano. (Y me acuerdo que pensé: «La muerte debe ser eso: lanzarse hacia el todo en un acto de fusión amorosa. Que el yo no desaparezca, sino que pase a integrarse a la globalidad que nos envuelve y nos ama»).

Pero no me atreví. Fue cobardía. O quizás me reclamaban demasiadas metas por cumplir todavía, y esas metas del vivir me retuvieron.

No obstante, algo de mí quería entregar, para que al menos simbólicamente quedara yo integrado con aquella especie de matriz del mundo que sentí tan cercana. Entonces hice lo único que me pareció conducente en aquella indecisión: me saqué el reloj pulsera que llevaba en la muñeca izquierda, lo convertí en el embajador de todo lo que soy, lo apreté con fuerza en la palma de la mano y lo arrojé a los pies del Wayna. Vi caer el reloj en el vacío, dar vueltas por el aire, lo vi llegar abajo, golpear contra la tierra, y luego seguir rodando hasta que ya no lo distinguí más. Mediante esa donación de algo tan próximo, tan ligado a mis días, sentí que yo mismo había ido a conjuntarme amorosamente con el paisaje cósmico. Otra vez el diálogo fusional con lo inanimado.

Pero ese intercambio afectivo con lo Otro no siempre fue (es) con lo inanimado. Cierta vez, en una noche un poco alucinada (en que a lo mejor me visitó alguna forma de locura), besé, sí, a un insecto. De nuevo, el diseño de ligarme con algo no humano.

Habían transcurrido unos cuantos años desde la anterior experiencia en Machu Pichu. Yo estaba viviendo en México, en la ciudad de Cuernavaca. En mi cuarto de hotel había instalado una mesita de trabajo iluminada

por una lámpara. Una noche me dispuse a escribir algo, no recuerdo qué. Coloqué un papel en blanco sobre la mesa, bajo la luz de la lámpara, y me quedé reconcentrado, pronto a empezar.

Pero no había escrito nada todavía, cuando de pronto se posa un bichito minúsculo encima de la blancura intacta del papel. Era un animalito muy leve. Se veía como una crucecita negra, ínfima, contrastando con el vasto desierto de la hoja en blanco. Le veía sus dos alitas, recogidas a medias, y el cuerpecito afelpado palpitaba apenas. Traté de observar a ese delicadísimo ser lo más cerca que pude. Mis enormes lentes se le fueron acercando. Temí que emprendiera el vuelo, pero ni se movió. Su ingenuidad no sospechó en ningún momento que quien lo estaba enfocando desde tan cerca era un asesino, un bichicida nato, acostumbrado a manotear sobre cualquier presencia intrusa, y además muy bien entrenado en la brutalidad de la muerte.

Lo vi tan frágil, tan cándido, tan ajeno al riesgo mortal que corría, lo sentí tan a mi merced, que me conmovió su descomunal desamparo. Sentí al insecto menos que un niño, casi como un tontito amable, lleno de una confianza escandalosa en las fuerzas del mundo, implantado con una irresponsable serenidad ante la vida, seguro de que la vida no traiciona a sus hijos inocentes.

Y eso mismo fue lo que quise confirmarle: que la vida es centralmente buena, que hay una santidad intrínseca en el ser de cada cosa. De modo que era preciso salvarle su candidez, su peligrosísima sanidad interior; mostrarle que nadie tiene derecho a quebrantar la paz de ser de nadie, seres o cosas.

Entonces bajé con todo cuidado la cara para no espantarlo, contuve la respiración para que no se fuera a sobresaltar, y dejé que mis labios llegaran a posarse mínimamente en el dorso apenas tembloroso. Lo rocé con extremada delicadeza, y el animalito sutil levantó vuelo, se sumergió en el aire oscuro, lo perdí. Pero no fue en absoluto una huida espantada. No hubo en su partida ni una señal de miedo, ni una agitación aterrada en sus movimientos de volar. Al contrario: levantó un vuelo calmo, pausado, en paz perfecta con el universo. Y conmigo. Porque fue un momento de junción, de concordancia sentida entre el insecto y yo. De amor, sí; debo proclamarlo muy alto.

El insectito se llevó en su vuelo mucho de mí; yo me quedé bajo la lámpara con lo más puro de su condición. Si nos volviéramos a encontrar, no importa dónde, ni cuándo, reconoceríamos conmovidos la bella unión que alcanzamos aquella noche.

Este episodio de comunicación besada puede inducir a un error que quisiera disipar cuanto antes. Yo no pretendo recomendar que andemos besando a cuanto insecto se nos cruce en el camino, o que acariciemos amorosamente a una silla, a un ómnibus o a una caña de pescar. Ni siquiera postulo que la comunicación afectiva con los objetos se haga mediante palabras, como podemos entablarla con un hijo, una novia o nuestro perro. Pienso en una corriente honda de comunicación que me conecte con la cosa inanimada en planos de enorme profundidad, que no requieran para nada lenguaje hablado o código gestual.

Jamás les hablo con palabras a los objetos de los que me enamoro; pero nos contactamos, no sabría decir cómo; nos entendemos desde la base misma. Y así somos capaces de desarrollar un afecto mutuo que nos mantiene dichosamente vinculados, a enorme distancia de los planos incidentales del vivir. Mi existencia no transcurre para nada en un universo frígido, en una especie de cementerio o depósito de entidades yertas. Yo vivo rodeado de calideces que las cosas me envían, y a través de ellas nos comunicamos sin necesidad de los instrumentos usuales.

Lo que pasa, quizás, es que acaso seamos sordos para esas impalpables emisiones comunicantes. Y así nos perdemos incontables hermosuras.

No es mi caso. Yo tuve la suerte de no perdmelas, porque le creí al niño que hubo en mí cuando desde temprano me hizo saber que «las cosas viven». Y de ese modo me habitué a andar abierto a las cosas, y en eso voy, sin pretender que nadie me acompañe por ese camino.

Y cuando se marcha así, inserto dentro de una vastísima trama de afectividad, todo el universo se nos vuelve vivo. Si llamamos a las puertas de lo inanimado, veremos transformarse el vivir entero. Cambiará el mundo, pero cambiaremos no menos nosotros. La práctica del vivir se nos hará más poblada, más hablante. Y más alimentada de sentimiento. Y más duradera también, porque una vida acompañada dura más que una vida baldía. La afectividad prolonga, adensa.

Quisiera hacerme la ilusión de que algún día se educará a la gente para una ampliación cuantiosa de su campo afectivo. Que no quedaremos siempre reducidos al ámbito de lo humano exclusivamente, y muy poco más, sino al revés: que se nos enseñará desde niños a sentir nuestra vinculación de fondo con las cosas que conforman nuestra cercanía, y más allá con las que componen el universo todo.

Y si dejamos libre a nuestra afectividad, si le permitimos obrar según su naturaleza, ella tenderá a volcarse (a volcarnos) hacia todas las cosas. Porque su condición es eminentemente expansiva. Y tiene tal potencia que, librada a sus espontaneidades, ella sola traspondrá las barreras de lo humano y se extenderá más allá, abarcando también a lo zoológico, a lo vegetal, a lo (presuntamente) inanimado. Ahí, recién ahí, nos sentiremos en nuestro quicio hondo, porque así somos en lo más visceral de nosotros: seres de vasta apertura hacia lo Otro, necesitados de universo, ávidos de lo no humano, capaces de sentirlo como cosa nuestra.

Me entusiasma pensar que llegará un día en que al despertarnos por la mañana y levantar la persiana de nuestro dormitorio, no lo haremos como el primer acto mecánico y rutinario de esa jornada, sino para recibir con gozo a la luz, la hermosísima luz, de la que estaremos enamorados; y sabremos que la luz llegará volando hasta nosotros, urgida, ansiosa, porque también ella anda enamorada de lo que somos.

Ese día nos lavaremos las manos, no para lavarnos las manos, sino para intercambiar nuestra ternura con el agua que es también nuestra amante. Y vivir será lo que tiene que ser, aunque hoy estemos tan lejos de saberlo: el encuentro constante, momento a momento, de dos enamorados ávidos, el mundo y nosotros, y ninguna otra cosa menos que ésa.

La revolución de los cuerpos desnudos

Pienso que el común de la gente no ha alcanzado todavía plena conciencia del cambio monumental que se ha operado en nuestra civilización -o se está operando en estos mismos momentos- en torno a la concepción que tenemos del cuerpo como instrumento del vivir y al sentimiento que despierta en nosotros.

Lo diré en dos palabras: en las últimas décadas, y por primera vez en la historia de casi todos los pueblos y culturas conocidos, hombres y mujeres de nuestra civilización han aceptado exhibir públicamente sus cuerpos prácticamente desnudos. Tal cosa no había ocurrido, que se sepa, en toda la historia de Occidente, pero tampoco en las civilizaciones orientales mayores, en las altas culturas de la América prehispánica, etc. Sólo lo encontramos en el hombre prehistórico, en los pueblos negros de Africa, en algunas sociedades dudosamente llamadas «primitivas», cuando no «salvajes».

Esta pública exhibición del cuerpo constituye a no dudarlo uno de los giros históricos más impresionantes que se hayan operado en el siglo XX que acaba de transcurrir, y en este XXI en el que vamos recién embarcados; y me parece un cambio de consecuencias todavía incalculables, que repercutirán en todos los aspectos del pensar, el sentir, el comportarse de los seres humanos en lo sucesivo.

1. Tiempo de «voyeurismo»: mirar los cuerpos desnudos.

Procuró encontrar una formulación deliberadamente chocante de esto que quiero señalar. Para acercarnosla más, la referiré a nuestro país, aunque es válida para cualquier otro ámbito cultural de la actualidad. Establezco entonces lo siguiente: cualquier jovencito de hoy que haya llegado, digamos, a los 14 años, ha visto en su vida más cuerpos de mujer desnudos que todos los varones que habitaron nuestro suelo desde los orígenes de la Banda Oriental hasta los alrededores de 1920, más o menos.

Comprendo que esta frase, no bien la recibimos, puede parecer un descomunal despropósito. Sin embargo no parece difícil demostrar que encierra una incuestionable verdad. (Y también podríamos referirla a cualquier muchacha adolescente de hoy y afirmar que ella conoce más de la geografía masculina que todas las mujeres que habitaron en esta tierra hasta las inmediaciones de 1920).

¿Por qué insisto tanto con ese hito de 1920? Aunque toda referencia a fechas tan precisas es por demás discutible cuando hablamos de costumbres, modos de vivir o valores, al menos puede señalarse que en las cercanías de ese 1920, finalizada hacía muy poco la Primera Guerra Mundial, comienzan a aparecer en el mundo -y nosotros no fuimos excepción- costumbres nunca vistas y comportamientos inéditos, algunos sorprendentes.

La mujer se corta el pelo a la garzón, levanta hasta cerca de las rodillas sus polleras que hasta el día anterior caían hasta los tobillos, fuma en público, maneja autos, baila el charleston, practica activamente deportes; y en la playa cambia aquellos inacabables mamelucos que la cubrían de arriba a abajo en el 900, por atrevidos atuendos que por primera vez le permitieron exhibir (¡horror!) buena parte de las piernas al aire y usar escotes algo más pronunciados que hasta entonces; aunque no mucho más.

La carrera hacia un progresivo desvestimiento prosigue con timidez, pero sin detenerse nunca, en los años entre las dos guerras mundiales; pero al cabo de la Segunda, sobreviene una nueva oleada de empuje hacia la desnudez: los «audaces» trajes de baño de una pieza «con pollerita», en boga entonces, empiezan por prescindir de ésta, después se cambian por avanzados «dos piezas», más adelante aparecerá el bikini, luego la provocativa tanga, hasta llegar al monokini, y terminar en el nudismo completo que hoy parece querer abrirse paso, aunque sin demasiada aceptación (¿por ahora...?).

Pero volvamos a aquella frase anterior, de apariencia tan demesurada: cualquier chiquilín de catorce años ha visto hoy más cuerpos femeninos casi desnudos, o desnudos, que todos los varones uruguayos hasta 1920.

Empiezo por subrayar que hablo de ver cuerpos, no de poseerlos. Ver en la playa, ver en el cine, ver en la tele, ver en las revistas y publicaciones de circulación habitual. Pues es lo cierto que nuestro contorno visual de todos los días, aparece hoy poblado de cuerpos semi-desnudos, o mejor casi desnudos. Femeninos y masculinos, pero incalculablemente más femeninos, por ese lamentable culto a la mujer-muñeca-sexual, convertida en objeto voyeurista que por cierto no dignifica a quienes se prestan a mostrarse ni a quienes lo disfrutan, y mucho menos a quienes lo usan para sus fines crasamente mercantilistas.

Hasta ese 1920, el cuerpo desnudo sólo aparecía exhibido en el arte pictórico o escultórico (los llamados «desnudos artísticos»); o bien en ilustraciones pornográficas de circulación más que restringida. En cualquiera de los dos casos, los que tenían acceso a esas desnudeces eran franca minoría.

«¿Pero cómo?», podrán preguntarse muchos. «¿Y los desnudos en la vida real? ¡Mire si los varones de antes de 1920, sobre todo los más donjuanescos (varios de nuestros caudillos, por ejemplo...), iban a ver desnudas a tan pocas mujeres!» Conviene ir despacio por este vidrioso pedregal.

Anotemos que en la propia relación sexual, aunque nos resulte difícilmente imaginable hoy, no era nada frecuente la exhibición completa del cuerpo femenino desnudo, salvo si se trataba de profesionales (y no siempre); pero ni siquiera en el caso de amantes pudo ser común la desnudez total, en parte por un recato muy arraigado entre las mujeres de aquellos tiempos, en parte -a lo mejor- por esa antigua sabiduría femenina que enseñaba la mayor eficacia del sugerir sobre el franco mostrar...

Del matrimonio, ni hablemos: ¿cómo una esposa «decente», según se decía entonces, se iba a exhibir completamente desnuda ante su marido? Ni ella, ni probablemente él, lo hubieran consentido.

Podríamos concluir, entonces, que fueron comparativamente poco numerosos los varones que tuvieron acceso a la desnudez femenina completa, por lo cual la geografía femenina resultó para ellos un territorio en alto grado misterioso.

Hoy, en cambio, cualquier chiquilín se sabe de memoria esa geografía; y no porque sea particularmente curioso: es que no tiene más remedio. Desde que nace, el paisaje de la anatomía femenina casi desnuda se le hace natural; en ilustraciones, en el cine y la TV, en la playa. De suerte que ese joven se cría y crece presenciando a cada rato en sus cercanías y revoloteándole alrededor, cuerpos de mujer casi-desnudos.

Aquel secreto del cuerpo femenino, que perduró por tantos siglos, en éste empezó a hacerse añicos. Ya no es más «*terra incognita*», campo vedado en buena medida al conocimiento masculino, como lo fue hasta acá. (A la muchachita de hoy le ocurre lo mismo con el cuerpo del varón, pero en este caso el cambio tal vez impresione menos, porque históricamente fue la mujer la que tuvo la obligación rigurosa del recato).

Las consecuencias de este convivir desde tan temprano con el paisaje desnudo del otro sexo -novedad que no tiene más de ochenta años- son todavía, me parece, difíciles de prever con precisión. Pero no quepa duda de que van a impactar muy fuertemente en la relación entre los sexos, en los manejos de la sexualidad, en los códigos del erotismo, y casi seguramente en las pautas morales que advendrán.

2. La libérrima exhibición del cuerpo

Cuando en este país llega el verano, cientos y cientos de personas se posesionan de sus mil billones de células que nos componen (cifra escalofriante que a mí me llena de emoción porque me siento emparentado con las galaxias...) y van a depositarlas sobre la arena, en un rito de claro signo festival. Es que junto con el verano estalla la fiesta del cuerpo casi desnudo, y entra en su apogeo como si tal cosa.

Es notable que esta inmensa revolución (porque lo es) se haya producido sin levantar demasiada polvareda, aun en países tradicionalmente apegados a prejuicios morales o religiosos fuertemente restrictivos.

Al aire nuestras mil billones de células, permitimos sin ningún recato que todos los cercanos a nosotros nos miren con la minuciosidad que quieren, mientras que -seamos francos- también nosotros nos dedicamos a recorrer con la vista todas las galaxias celulares que nos andan por nuestra intermediación y que nos parece que valen la pena.

Conviene observar un rasgo que me parece altamente significativo: despojarnos de casi toda nuestra ropa y dejar al aire nuestra galaxia corporal, tiene para nosotros algo de alegría, de celebración, de fiesta; y esto de sentir el carácter festival del cuerpo es una novedad más que trajo el siglo XX, a la vez que otra revolución cabal para el hombre de hoy. Veamos.

3. Caminar con un asesino al lado

En efecto, hasta nuestros días el hombre tenía una pésima, conflictiva relación con su cuerpo, al que miraba con recelo y desconfianza; y ello porque, aparte de que ese cuerpo lo amenazaba constantemente con males y enfermedades, la visión religiosa le había inculcado que era la carne la que nos arrastraba al pecado, y por lo tanto a la condenación eterna.

Pero al mismo tiempo, ese cuerpo amenazador era también asiento de glorias y maravillas quizás sin parangón en la vida de los seres humanos; tentaciones gloriosas que eran por cierto más poderosas, incalculablemente más, que nuestros demasiado falibles frenos.

Así se gestó una relación ambivalente y atormentada con nuestra corporalidad, nunca bien vista, siempre temida, que nos tuvo casi hasta hoy en un vaivén torturante de aceptación y rechazo de lo corporal.

Recién en el venturoso a la vez que terrible siglo XX, esa penosa relación del hombre con su cuerpo empezó a saltar en pedazos. Y aunque con innegables tímidos todavía, con marchas y contramarchas indecisas, parecería que el hombre de hoy se va atreviendo a reverenciar a su galaxia de mil billones de células, y hasta le va perdiendo algo del recelo con que antes miraba a ese «socio asesino», del que siempre cabía esperar alguna puñalada traicionera, tanto en lo físico como en lo moral y religioso...

4. Cuerpos que hablan, cuerpos que cantan

Estos cambios radicales que se están operando en la relación entre el cuerpo y el yo, parecen llevarnos de la mano a un tópico que se diría lateral, aunque pronto veremos que no lo es en absoluto: los cuerpos de la gente de raza negra, que seguramente tienen bastante que decirnos.

Cuando uno admira -¡y cómo no admirarla!- la gracia corporal que ostentan los negros en su manejo del cuerpo, tiende a pensar que ellos, en comparación con los blancos y los amarillos, parten de un sentimiento de lo corporal que a nosotros nos es ajeno. Como si en ellos el cuerpo fuera un instrumento de vivir mucho más afinado, receptivo y expresivo que el nuestro, como si llegaran mucho más a lo hondo de las cosas valiéndose del cuerpo; o como si el cuerpo los engarzara más firmemente con la realidad a través de un contacto más primario, más de raíz con el mundo circundante.

Me apresuro a subrayar que de ningún modo estoy tratando de marcar superioridades o inferioridades entre negros, blancos o amarillos. Hablo apenas de maneras distintas de vincularse con el cosmos y de expresarlo. Mucho menos estoy insinuando que los negros, por ser superdotados de lo corporal, posean a cambio un menor desarrollo o capacidad intelectual, ya que si hoy el negro no se destaca tanto en este campo, no es por presuntas inferioridades congénitas de origen racial, sino por muy palpables condicionamientos económicos y sociales obrando desde hace siglos sobre ellos, pero perfectamente corregibles por la acción humana.

(Y ya que estoy tratando de aventar posibles malentendidos, me apresuro a llamar la atención sobre el uso que repetidamente he venido haciendo del adjetivo «negro» o del sustantivo «los negros». Es que no les veo

a estos términos el menor matiz inferiorizante, y me parece un rodeo por demás pueril -y acaso, ese sí, discriminatorio- hablar de «gente de color» o de «morenos» para no decir directamente «negro» con la misma naturalidad con que decimos «blanco» o «amarillo». Lo mismo pasa con los ciegos y el famoso eufemismo «no vidente», como si fuera necesario obviar el término «ciegos» por contener alguna forma de valoración ofensiva).

Un punto que sí sería deseable dilucidar es si esa corporalidad privilegiada del negro obedece a factores genéticos o si es el fruto de la historia natural de esta raza a lo largo de los milenios. Pues es notorio que los negros, en su cuna africana, vivieron siempre estrechamente condicionados por el clima que los obligó a vivir por milenios y milenios casi desnudos. Y ello debió desarrollar en ellos una acentuación y un afinamiento de lo corporal como instrumento de relación con el medio inmediato.

En cambio los blancos y los amarillos, por desenvolverse en ambientes más templados, o a veces fríos y hasta rigurosos, debieron reducir en todo lo posible el contacto corporal con el medio externo y proteger sus cuerpos encerrándolos con abundantes despliegues de vestiduras.

De tal modo, los manejos corporales han sido necesariamente distintos. Un cuerpo muy envuelto, muy ceñido, se vuelve mucho más inexpresivo: al reducir su intercambio con el exterior, al percibir a éste de un modo tan mediatizado, ese cuerpo se acostumbra a no «hablar» -diríamos-, a no manifestarse en su «diálogo» natural con el medio que lo rodea.

Lo contrario ocurre con el cuerpo habituado a la desnudez: se hace más extrovertido, más comunicativo, «habla», y hasta «canta», al tiempo que se armoniza más entrañablemente con el universo que le llega mediante el contacto directo de la piel.

Pero no seamos simplistas: no se trata únicamente de una relación regida por los meros condicionamientos del clima. Por debajo de eso opera toda una cosmovisión que lo sustenta, un entendimiento de lo que es el mundo y de lo que es el hombre.

Pero como, según veíamos, hoy el hombre occidental está inaugurando la aceptación del cuerpo y su exhibición libre, así como un culto casi celebratorio de la desnudez, cabría preguntarse si los blancos no habrán empezado a acercarse ellos también al diálogo natural desde el cuerpo, y a una gozosa relación con lo externo, tal como lo practicaron secularmente los hombres de raza negra. ¿Alcanzaremos algún día un sentimiento equivalente al que desde hace milenios rige la relación con el medio de la gente de raza negra y de algunas culturas que nosotros llamamos «primitivas»...?

5. Para salir de este «valle de lágrimas»

Hoy no podemos todavía contestar esta pregunta, pero al menos abundan las señales alentadoras que indican a las claras que en nuestro tiempo se está gestando un modo nuevo de relacionarnos con el cosmos y el cuerpo, aunque todavía sea demasiado temprano para verlo plasmado en una cosmovisión orgánica. Lo que aparecen por ahora son atisbos, trazos sueltos, indicios -a veces leves- que necesitan ser interpretados.

Y uno de esos indicios menores -muy escasamente significativo, es cierto, pero que no hay por qué desestimar- es el descrédito en que ha caído una frase que hasta hace algún tiempo tuvo auge, y que hoy casi ha caído en completo desuso. Antes aparecía con frecuencia en escritos o se escuchaba en conversaciones corrientes la manida expresión «la vida es un valle de lágrimas». Una vulgaridad inocente, sin duda, pero que encierra mucho más de lo que parece.

Se trata de una frase de antiquísimo origen, que uno tiende a vincular con el universo medieval, por afinidad con el clima de rechazo sombrío de las cosas de este mundo. Pero cabe anotar que el mismo sentimiento -o parecido- se encuentra en otras culturas anteriores, que también le temieron a esta vida y tiñeron de sombrío pesimismo su visión del hombre y del mundo (un ejemplo típico en nuestra América prehispánica es la filosofía náhuatl, sin contacto alguno con la europea, claro está).

Pero aquí urge establecer un distingo capital. Una cosa son las lágrimas cuando nos castigan circunstancias de origen social o económico, que son, por lo tanto, corregibles por el hombre mismo. Pero atención: la frase dice otra cosa infinitamente más grave. Afirma ¡nada menos! que la vida es de por sí un valle de lágrimas: que lo es por esencia, por encima de condicionamientos históricos o culturales o sociales o económicos. Que es así y que no puede ser de otra manera porque ésa es su naturaleza misma.

De modo que -nos induce a pensar la tan manoseada sentencia- venimos a este mundo a sufrir y no a otra cosa; y entonces, para escapar de esta cárcel en la que inexorablemente estamos atrapados, la única salida es ganarnos la otra vida, la del Más Allá, donde allí sí puede que encontremos toda clase de venturas.

(Obsérvese de paso qué funcional resulta esta nada inocente frasecita para toda clase de dominaciones, explotaciones, atropellamientos y sometimientos del prójimo; pues les dice dos cosas a las víctimas: primero, «resígnense a sufrir lo que les ha tocado, porque las lágrimas no tienen arreglo, son parte del vivir en este mundo»; segundo, «pero además pórtense bien, no se rebelen, no intenten cambiar nada, porque de lo contrario pueden perder también las venturanzas que los esperan después de la muerte»...).

Pero aparte de este filón interesado en beneficio de los que detentan cualquier forma de poder, esta frase malhadada traía implícita también, como consecuencia ineludible, una visión no menos tenebrosa del cuerpo, que se le correspondía a la perfección. Ya vimos por qué: por un lado, porque el cuerpo del hombre, con sus enfermedades y dolores, contribuía en primerísimo grado a las «lágrimas» que teníamos asignadas en este «valle»; pero además el cuerpo, con sus tentaciones, era la principal fuente de pecados, de modo que por su exclusiva culpa poníamos en peligro hasta la propia salvación eterna que se nos había dejado como único premio consuelo.

¿Cómo no iba a ser inevitable, entonces, el rechazo del cuerpo, el horror a lo corporal que imperó en la humanidad durante tantos siglos? Por cierto que no fue nada casual, ni fruto de un capricho aislado, proveniente no se sabe de dónde; por el contrario, aparece directamente ligado, como no podía ser de otro modo, a una cosmovisión toda, lúgubre y sombría.

El pasaje de las lágrimas a las glorias terrenales

Por fortuna, y como antes señalamos, un rasgo hermoso del siglo XX, en medio de tantos horrores que nos trajo (y que le dejó de herencia al XXI), es que en su trajinado transcurso pareció comenzar a operarse un «cambio de clima» en el modo de entender el mundo y el vivir; y también, por consiguiente, un entendimiento distinto de lo corporal. Aquel cuerpo que era despreciable, corrupto, sucio, fuente de pecados y perdiciones, ha empezado a convertirse en un instrumento posible de glorias y venturas terrenales, a las que no hay razones valederas para renunciar.

Mientras, esa sensibilidad que nace sigue enfrentándose, como en los siglos anteriores, con las lágrimas de la gente que sufre y que cada vez es más. Pero el hombre de hoy, en lugar de aceptar esta aberración acudiendo al comodín del «valle de lágrimas», piensa que esas lágrimas son intolerables y que no pueden ser consentidas porque constituyen un claro signo de barbarie y de escándalo.

Es que ahora cada vez más gente tiene el convencimiento de que las lágrimas no están en la naturaleza de la vida, y mucho menos son su esencia, como aquella frasecita aviesa nos quiso hacer creer; y cada vez más gente siente también que la vida puede ser lo contrario del valle de lágrimas: un valle de luminosidades y plenitudes posibles no bien el hombre se lo proponga. Ahora sabemos que la vida es hechura del hombre, y que puede hacerse gloria, hacerse fiesta.

Gloria, fiesta, que no significan en absoluto trivializar, frivolar la vida o renunciar a la dimensión trascendente. Todo lo contrario: reclaman la trascendencia, o mejor: la exigen, para situar al ser humano en la perspectiva completa que lo lleve a la plenitud de su ser.

En lo personal creo, lo creo con la entraña, que no está demasiado lejano el día en que aquella galaxia nuestra, la de los dos mil billones de estrellas, podrá cantar dichosamente las glorias y las fiestas que nos han sido dadas. Me complace concebir a la especie humana como un alto coro de galaxias encendidas, celebrando juntas esta vida, este mundo... y por supuesto este cuerpo.

Dos recorridos a partir del mismo gato

Hace dieciocho años que estoy tratando de entender por qué tengo un gato metido adentro de mi casa. Me acuerdo que lo trajeron mis hijos cuando eran niños, con la condición de que ellos, únicamente ellos, se ocuparían de cuidarlo, darle de comer, limpiar su bañito. Jamás cumplieron. Después mis hijos crecieron, se fueron casando, dejaron de vivir en casa. El que se quedó fue el gato. Mi esposa. Y yo. Mi misión en la vida es darle de comer, mantenerle aseado el lugar de sus necesidades, rascarle suavemente la crisma y restregarle con el dorso de la mano la papada.

Pero en realidad me resisto a su presencia en casa. Por qué lo sigo teniendo no sé. No me hubiera costado nada regalárselo a alguien o darle un empujoncito distraído cuando se pasea por el pretil del piso 12 donde él y yo vivimos. Sin embargo lo conservé y recién hoy vine a descubrir la razón de mi tolerancia para con el bicho ése. Que para peor, si bien tiene 18 años, se conserva con los bríos de un jovencito. Ningún signo de declinación, que me permitiese alentar alguna esperanza de liberarme en un plazo más o menos corto.

A decir verdad, todavía no pude determinar si lo quiero o lo detesto. Los gatos son como ciertos dirigentes políticos: hay quienes los veneran y quienes los odian. Sin términos medios. A los gatos también: o se los ama o se los rechaza. El único término medio que conozco soy yo. Justo yo. (En materia de gatos, aclaro; no de dirigentes políticos). Sé que el día que me falte el gato, voy a dar un enorme suspiro de alivio y hasta quizás organice algún festejo en mi casa liberada. Pero sé que lo voy a extrañar hasta las lágrimas.

Con los pueblos pasó en cierto modo lo mismo: hubo culturas que veneraron a los gatos y otras que los despreciaron.

Entre los que llegaron a la veneración extrema, se cuentan los egipcios, para quienes el gato era un símbolo de lo divino. El que matara un gato, era condenado a la pena capital. Cuentan que cuando moría un gato en el seno de una familia, todos sus miembros tenían la obligación de afeitarse las cejas en señal de duelo. (Quién sabe si no apareceré un día con las cejas afeitadas).

Cuando tengo que limpiarle el bañito a mi gato, trato de aplacar mis instintos asesinos recitando en voz alta la siguiente oración que se encontró en una columna egipcia del siglo IV A.C.: «¡Oh gato sagrado!: tu cabeza es la cabeza del dios del sol. Tu nariz es la nariz de Toth, señor dos veces grande. Tus orejas son las orejas de

Osiris. Tu boca es la boca del dios Atmú, señor de la Vida. Tu corazón es...», y por ahí sigue, describiendo al animal parte por parte. Menos las que me tenían ocupado en ese momento en el bañito.

En el otro extremo de la escala, encontramos al pueblo español, que despreció como nadie al gato. Así lo revelan innumerables refranes y dichos en los que aparecen siempre los gatos en posición por demás desairada o nada distinguida. El español fue el que inventó lo de «es un pobre gato», «eran cuatro gatos locos», y tantos más; y cometer una «gatada» es, según el diccionario, incurrir en una «acción vituperable, en que median astucia, engaño y simulación». Más lejos de cualquier sacralidad, imposible.

Pues bien: entre el extremo egipcio y el extremo español, ¿dónde me ubico yo? Me parece que en ninguno de los dos. Pero reconozco que, sin endiosar al gato al modo egipcio ni mucho menos, algo fuera de lo común vislumbro en él. Le veo como un halo sutil de sobrenaturalidad. O de «otredad». Estoy convencido de que mantiene contactos imprecisables con cosas que no alcanzamos.

Por eso sobrecoge su cercanía. Me traslada a otra dimensión que no domino. Mentira que sea un bicho doméstico, integrado a nuestra vida de todos los días, como lo hace el craso perro. Al gato lo veo más bien como un mensajero. O como un visitante. Es una presencia que jamás nos lo dice todo, como hace el transparente perro. El gato siempre se reserva algo. No sabemos de dónde viene y qué es. Pero lo malo es que nos obliga a preguntarnos de dónde venimos nosotros. Y qué somos. Por eso es difícil perdonarle al gato su temible impertinencia, escondida tras su silencio sedoso e indiscreto.

Por dos veces, cuando menos, mi gato viejísimo provocó en mí una búsqueda en direcciones impensadas, me lanzó a recorridos mentales que sin él tal vez nunca hubiera emprendido. Una razón más para pensar que somos incompatibles. Discordes hasta el crimen.

Un día yo estaba sentado por ahí, en mi casa, y el gato, como siempre, me andaba cerca. De repente lo miro, y observo que tiene los ojos clavados fijamente en un punto delante de él. Era evidente que estaba interesadísimo en lo que veía allí. Tenía puesta en ese lugar toda su atención. «¿Qué estará mirando?», me pregunté. Sigo la dirección de sus ojos y compruebo que no había absolutamente nada. Me quedé sorprendido, pero esa primera vez no le di al hecho ninguna importancia.

Pasa un tiempo, y otra vez me encuentro al gato mirando atentamente a un punto fijo, esta vez en el techo. Pero compruebo que tampoco allí hay nada de particular. Ahora sí la actitud del gato empieza a intrigarme.

Hasta que ocurre lo mismo una tercera vez. Y ahora no me queda duda posible: es evidente que el gato mira **viendo**. Quiero decir que no es mirar distraído, impreciso. Es un mirar distinguiendo algo muy definido que tiene delante de él. Sin embargo, allí no hay nada. ¿Cómo entenderlo?

No me creo nada original por lo que a mí se me ocurrió; se le hubiera ocurrido a cualquiera, supongo. Pensé, sencillamente, que el gato debía estar viendo algo que nosotros los humanos no podemos. Tal vez -me dije- sus órganos de percepción de lo externo son muy diferentes de los nuestros, y entonces el mundo le revela realidades que a nosotros no nos llegan.

Por cierto que esta idea no tiene nada de novedosa. La encontré más de una vez en mis lecturas de temas zoológicos: el mundo que percibe la hormiga es muy diferente al que ve el pájaro, y el pez, y el rinoceronte, y el mono, y la mosca. Porque al poseer órganos de percepción muy diferentes, la imagen resultante también difiere.

Puedo suponer, en consecuencia, que cuando este gato mío mira con semejante fijeza, está viendo algo que ningún humano puede ver, pero que está ahí, en el mismo ámbito que nosotros. La idea no dejó de

inquietarme: habría en nuestra cercanía presencias que no detectamos. Y esto nada tiene que ver con espíritus, fantasmas, aparecidos o presencias sobrenaturales. Al contrario: serían presencias naturalísimas, sólo que escaparían a la capacidad de nuestros sentidos.

Pero si hubiera cerca de mí una hormiga, en lugar de un gato, ella estaría percibiendo cosas que ni el gato ni yo percibimos. Y si tuviera un rinoceronte en mi living, por poco aconsejable que esto sea, esta fiera percibiría otras facetas de ese ambiente, que ni yo, ni el gato, ni la hormiga podríamos percibir. Y así sucesivamente.

Conclusión que me vi obligado a extraer, y que es en ciencia muy manida: hay tantos universos como ojos que lo miran; y deben tener bastante poco que ver entre sí. O para decirlo con mayor exactitud: puede que haya un único universo, pero entonces ha de ser de tal complejidad, abarcará tantos aspectos variados, tantos planos diferentes, que ningún observador -animal o humano- es capaz de abarcarlo entero, y cada cual verá del universo el retacito que sus sentidos le permiten registrar. Todo lo demás se le pierde.

De esta manera, mi muy querido gato acababa de dejarme una soberbia lección de óptica filosófica -diría- y a la vez de humildad. Yo vivía convencido, como ingenuo que soy, de que el mundo era tal cual lo veían mis ojos. Aquí una silla, allí una portátil, más allá un cenicero, una cortina, una alfombra, ¡qué duda podía haber!

Ahora sabía que la hay, sí. ¿Estaremos el gato y yo solos en este ambiente? ¿o habrá otras realidades -seres, cosas-, además de las que veo; realidades que ni siquiera me es dado imaginar? ¡Seres, cosas! Sobre todo seres. Yo les declaro mi emoción y mi entusiasmo ante la idea -que deduje del gato- de que a lo mejor convivimos con presencias que somos incapaces de percibir. Es una sensación excitante la de tener avecindadas otras realidades, que jamás vimos ni imaginamos. ¿Cómo serán? ¿Se moverán? ¿Estarán quietas? ¿Se comunicarán entre sí? ¿Influirán de algún modo en nuestros actos?

Este primer recorrido mental, que no me parece para nada desdeñable, me lo trajo el gato con sólo mirar fijamente lo que yo no veía. Me hizo saberme humilde ante el universo, me hizo sentir acompañado, alimentado por misterios inquietantemente cercanos.

Pero un día me llevó todavía más lejos, me obligó a un segundo recorrido aún más removedor. Lo vi lamerse la pelambre negrísima y brillante, enderezar un poco sus bigotes blancos, dar unos pasos, volverse para mirarme, y me pareció talmente que me preguntaba: «¿Vos sabés para qué sirve un gato?»

¡Las veces que habré mirado a mi gato en los dieciocho años que lo tengo conmigo! Pero ese día lo miré de un modo diferente. Estoy seguro de que fue él quien me indujo a que lo contemplara en otra dimensión. Fue curioso: me pareció de repente que era como una obra de ingeniería. Le miré los ojos esmeraldados y luminosos que tiene, pero en lugar de ponerme estético y admirar esa maravilla, como tantas veces, me dio por exclamar: «¡Qué refinado aparato de óptica!» Y me detuve en sus largos bigotes, que son órganos tan sutiles de sensibilidad; y en las complejidades del hocico, de las fauces, de los dientes, de la lengua; y en sus prodigiosos mecanismos musculares, que le permiten una agilidad que es casi un vuelo; y en el cerebro visto como un complicadísimo órgano de comando; y el corazón, y los pulmones, y... todo lo demás que cada día me obliga ¡a mí! a tenerle limpio su bañito.

Y entonces me pregunté (o él me mandó que me preguntara): ¿pero para qué tanta complicación, tanto refinamiento de mecánica, tanto ajuste en las funciones, tanta coordinación de todos los rodajes? ¿Por qué la naturaleza, Dios o lo que sea, se gastó tanto para crear esta maquinaria de tamaño complejidad? ¿Para qué tanto alarde, tanto cuidado, tanta fantasía creadora? Porque después de todo: ¡esforzarse tanto para que al final el resultado sea un mero gato! ¿Para qué sirve un gato como para justificar tanto esmero?

La pregunta es más que procedente, pero habría que ampliarla a tantas otras cosas: ¿para qué sirve la nube? ¿Y para qué sirve un planeta? ¿y para qué la arena? ¿y el sonido? ¿y el viento? ¿y la sombra de una hoja de árbol?

Descontada la suprema ingenuidad de los que suponen -y los hay- que las cosas están puestas en el mundo para beneficio y provecho del hombre, otra respuesta podría ser que todas las cosas sirven para que el universo en su conjunto funcione.

Falsa respuesta. Porque nos obliga, entonces, a trasladar la pregunta: ¿para qué sirve el universo? Y estamos en las mismas.

Lo que sí pensaríamos -volviendo al gato- es que tiene que servir para algo de la mayor importancia, desde que su «fabricante» aplicó tal esmero en obtener un dispositivo de tamaño complejidad.

Sin embargo, bien poquitas cosas le vemos hacer al gato al cabo del día: dormir, comer, sentarse como una estatua, rascarse, lamerse, ir a su bañito para darme trabajo a mí. ¿Y para todo esto, tanto alarde de refinada ingeniería?

Fue entonces que se me presentó una idea nueva en la cabeza (él me la transmitió, seguramente): en realidad, lo que está haciendo el gato no son todos esos pequeños actos, sino algo de una portentosa sencillez: el gato está **siendo**. Todos esos actos que cumple al cabo del día, los cumple para ser, ni más ni menos. Todo ese formidable aparato de ingeniería le fue puesto con el fin de que realizara su ser, únicamente.

Y lo mismo le pasa a la nube: sirve para ser nube; y el planeta sirve para ser planeta; y la arena sirve para ser arena; y el sonido sirve para ser sonido. Y así venimos a concluir en que **ser** parece lo más importante de todo, la acción magna, la más trascendente que podamos imaginar. Se explica, ahora, que la naturaleza, Dios o quien sea, se haya gastado tanto en fabricar este gato y en ponerle rodajes tan sofisticados: había que hacerlo así para que cumpliera esa acción evidentemente suprema.

Y esta conclusión, si la aceptamos realmente, nos lleva a poner todo patas arriba. Admitir que lo más importante del mundo es ser, como me indicó mi gato, implica una revolución completa del vivir.

Cuando, casi siempre en la adolescencia, nos llega el momento de decidir el rumbo a imprimirle a nuestra existencia, nuestra preocupación es siempre qué vamos a **hacer**. Nos ponemos por delante todo un repertorio de **haceres** posibles, y elegimos: o hago música, o hago abogacía, o medicina, o comercio, o contrabando, o periodismo radial, etc. De otro modo: elegimos el **hacer** o los **haceres** que más nos atraen o nos convienen, y con ellos nos lanzamos a navegar lo mejor que podamos.

Esto se podría formular de otra manera: utilizamos el **ser** para **hacer** cosas. El ser nos viene a servir para que hagamos algo. En suma: se trata de **ser para hacer**. Y ésta es la fórmula que habitualmente aplicamos: el ser supeditado al hacer.

Pero ahora damos vuelta por completo este planteo, y decimos: «no, no, lo más importante es **ser**; la finalidad última de toda criatura es ser. Ser lo que se es, lo que se está llamado a ser. El gato ser gato, el hombre ser hombre».

Es que si nos ponemos a pensar: ¿puede haber algo más importante que ser? Por lo pronto, de ser depende todo lo demás. Es el cimiento que sostiene todo el edificio, el basamento último: por debajo no hay más nada. Cualquier hacer que imaginemos, presupone el ser. Es «la acción» magna, el acontecer supremo que protagonizamos. Se trata, ahora, de **hacer para ser**.

Desde que entendí esto -gracias a que mi gato me lo sopló- cambió por completo mi vida. Ya no busco «hacer» esto o aquello. Ahora estoy implantado exactamente al revés: lo que busco ahora es ser. Ser hombre, ser éste que soy, y serlo con la mayor plenitud de que pueda ser capaz.

Y me digo: si para ser hombre pleno me sirven mis haceres vocacionales, pues entonces seguiré usando estos haceres para mi mejor ser. Pero si un día ya no me aportan nada en mi propósito de ser, pues quedarán

a un lado sin el menor drama de mi parte. Es que hay veces en que se descubre que una conversación simple, o un acto de conocimiento, o un quedarse mirando algo, cooperan más a nuestra plenitud y nos colman más con la vivencia de ser, que ciertos logros de la vocación.

Esto también lo aprendí de mi gato: el gato tiene sólo vocación de gato. Y se aplica a ser gato con sencillez, sin alharacas, pero con persistencia ejemplar. Su vocación es ser el que es. Magnífica lección que me ha dado, y que nos cambia enteros.

Yo creo que entre mi viejísimo gato y yo se ha establecido una corriente oscura de comunicación y de entendimiento, que no se formula con palabras ni adopta formas que se puedan explicar. El, de esa manera secreta, me ha ido transmitiendo su saber, me ha permitido entender cosas, me ha abierto los ojos para que viera claras otras. Lo siento como un puente hacia un trasmundo que me alimenta. Un mensajero, dije al principio. Sí, que me pasa mensajes que provienen de otro reino del que es intermediario, porque yo, por mí mismo, jamás tendría acceso a él.

Por eso, y a pesar del trabajo que me da cada día, no le doy ese empujoncito distraído que me sería tan fácil, cuando se pone a caminar por el pretil del piso 12. Porque ¿qué haría sin él? Me quedaría sin subterráneos que me conecten con lo secreto, con lo oscuro.

El otro día me enteré de que los gatos pueden llegar a vivir veintiún años. Me aterró: ¡tres años más limpiando su bañito! Puedo llegar a volverme sabio.

El pájaro que era un hombre que era un pájaro

Mi amistad con esta ave que se posó por muy poco tiempo en mis días, me dejó para siempre un sentimiento de frustración culpable.

A mí me ocurre con frecuencia, cuando contemplo a un ser humano, que le descubro parecidos con algún animal; a veces en la configuración del rostro, o en su expresión, o en el juego de sus movimientos al andar. Le vislumbro de pronto un aire de tal o cual criatura zoológica que, más allá de la mera semejanza externa, me hace pensar en un parentesco que viniera desde mucho más hondo.

No me estoy refiriendo a la visión burlesca, satírica, del caricaturista, que desmesura malignamente los posibles rasgos animalados de alguien. Hablo de una presencia zoológica real, no impuesta por mi ojo perverso. Yo registro a la persona tal cual es; y encontrarle un trasfondo de bicho no me provoca ninguna risa, ni se me ocurre por eso ridiculizarlo.

Estas cercanías zoológicas me sirvieron para corroborar algo que desde hace tiempo sospecho, más allá de cualquier abordaje científico: que hay una continuidad de fondo entre todas las cosas, que corre un mismo hilo conectando todo lo que es; y que si uno camina en cualquier dirección, se encuentra inevitablemente con todo lo otro. Yo soy usted, usted es la nube, la nube es esta silla, todo es todo.

Pero el caso de este hombre del que hablo es diferente. Decir que se parecía a un pájaro, como tantos humanos, sería desfigurar su verdadera naturaleza. Demoré bastante en darme cuenta de que, mucho más que asemejarse a un ave, lo era cabalmente en su fondo verdadero. Por primera vez en mi vida me encontraba en presencia de un pájaro instalado dentro de una estructura corporal y psicológica de hombre.

El encuentro con este pájaro tuvo lugar en Cuernavaca, ciudad donde viví los cinco años de mi permanencia en México. Anclé todo ese tiempo en un hotel venturoso, una construcción de fines del siglo pasado, enclavada en la esquina más sangrienta que pude conocer jamás, ya que era la intersección de dos calles sobrecogedoras: Matamoros y Degollado; nombres, sin embargo, de dos inofensivos próceres mexicanos de relativa cuantía: Mariano Matamoros y Santos Degollado, reunidos en esa esquina por un chiste casual de la toponimia.

En aquel hotel de incierta reminiscencia colonial, que no debía figurar ni con una sola estrella en la categorización turística, llegué a sentirme en contacto con la humanidad entera; porque allí recalaban gentes de las más variadas especies e inverosímiles procedencias; todos turistas a pulmón, a brazo partido, ya que

jamás podría detenerse allí un millonario o ni siquiera un ricachón de segunda. Registré pintores varios, periodistas unos cuantos, un físico atómico en desuso, músicos errabundos, médicos en declive, algún malandrín que otro, malabaristas callejeros (dos), astrólogos profesionales (tres), espías con todas las de la ley (dicen que varios), sin contar alcohólicos innumerables, fracasados que iban por el mundo llevando en alto la dignidad de su condición, paranoicos corriendo detrás de algún delirio. En suma: la humanidad completa, resumida en dos pisos y treinta habitaciones; y además circulando a velocidad de vértigo, porque los más contaban sólo con recursos para quedarse un par de días y luego seguir viaje hacia la nada. El único que no se movía de allí era yo, cimentado al piso como uno de aquellos arcos coloniales que sostenían la finca algo cascarrienta y con una inocultable vocación de derrumbe a no largo plazo.

En medio de esa humanidad nómada, me llamó la atención un personaje que llegó al hotel los cinco años que estuve, pero que se quedaba sólo un mes entero, y luego reemprendía el vuelo. Parecía hacer una migración anual, como las aves. Y justamente: a poco de tomar nota de su presencia periódica, le descubrí su parecido inequívoco con un pájaro. Un cuerpo flaquísimo, piernas muy largas, como de zancudo; unos ojitos alertas y vivaces, de bicho que va cuidándose. Caminaba muy ligerito, como si a cada momento fuera a levantar vuelo. Talmente se diría que iba precaviéndose de un ataque desde el flanco más inesperado.

Jamás lo vi hablar con nadie en el hotel. Me saludaba apenas, al pasar. Yo no alcanzaba a darme cuenta si era meramente hosco, insociable, o si tenía alguna razón más profunda que lo alejaba de los seres humanos. Demoré en darme cuenta de que para un pájaro, nada debe haber más riesgoso y temible que comunicarse con el hombre.

En aquel hotel había a la entrada un patio abierto al maravilloso sol de Cuernavaca, que se volcaba a raudales cada día. Crecían allí plantas enormes, porque en Cuernavaca la vegetación se adueña de todos los espacios. Y entreverados entre tamañas plantas había unos jaulones con algunas aves encerradas. En uno vivía un pato común; en otro, unas codornices o algo así, no más de tres o cuatro.

Un día comprobé, no sin asombro, que aquellos animalitos se alborotaban y empezaban a batir alocadamente las alas y a graznar en coro, cada vez que el hombre flaco se acercaba a sus jaulas. Se quedaba un ratito acompañando a las aves, parecía conversar en voz baja con ellas, o las observaba con seriedad por unos minutos, y después seguía su camino.

No dudo de que hasta el último etólogo aficionado encontrará una explicación más que obvia para el alboroto de las aves en su jaulón; y es que este señor volvía al rato trayendo unos paquetitos en la mano con no sé qué raciones con las que alimentaba a sus amigos. Sí, señor etólogo, usted tiene toda la razón. Era como un reflejo de Pávlov: no bien las aves veían aparecer aquella figura flaca y amistosa, se producía en ellas la asociación alborozada con comida inminente. Mire qué fácil.

Pero yo, que de etólogo no tengo nada, creí descubrir otra razón más grave, no fácil de explicar: diría que una hermandad o una identidad demasiado de fondo para ser entendida a la primera observación. Allí fue que empecé a sospechar que aquel hombre parecido a un pájaro, quizás fuera un pájaro parecido a un hombre.

En mis primeros tres años en el hotel, no intercambié una sola palabra con este pasajero anual. Apenas un saludo, al cruzarnos: cuac-cuac. Pero al cuarto año, justo el último día de su permanencia, quedamos por pura casualidad muy cerca uno del otro, junto a la Recepción. El ya estaba pagando su alojamiento, pronto para alejarse hasta el año que viene. Me llamó entonces la atención su equipaje: una maleta diminuta, que parecía más un maletín de médico o de carpintero. Seguramente él me leyó el pensamiento, porque, por primera vez,

me sonrió apenas y, mostrándome en alto el maletín inconcebible, me dijo en pésimo español: «¿ Ve usted? Esto es todo lo que tengo en el mundo. Aquí llevo todos mis bienes». Hizo un brevísimo ademán de saludo y se marchó, dando fin a su temporada anual.

Me quedé muy intrigado ante aquellas palabras, que fueron dichas sin nada de resentimiento ni amargura. Al contrario: me pareció que había orgullo en la manera de proclamar aquel hombre su indignancia. «Es insólito», pensé. «En este mundo donde todos alardean y tratan de demostrar en las primeras de cambio que son poco menos que potentados, este señor hace todo lo contrario: me hace ver sin ningún pudor que no tiene nada, y casi lo considera un valor a resaltar. ¿Qué encierra este hombre dentro de su apariencia de pájaro?»

Me hice la promesa de que si el viajero volvía al hotel al año siguiente, no lo dejaría escapar y lo indagaría a fondo.

Por suerte al año exacto regresó, en el mes acostumbrado. Y pude descubrir en este personaje migratorio algunos rasgos desoladores; quizás habría que decir desgarrantes.

Les paso una información a los zoólogos y a los etólogos: las aves tienen memoria; una excelente memoria de largo alcance.

El día en que el pájaro humano volvió al hotel, transcurrido un año justo, yo estaba tomando, como acostumbraba, el soberbio sol cuernavaquense entre la vegetación del patio; y de pronto veo que el pato en su jaula y las codornices en las suyas, empiezan a agitarse, a batir sus alas y a graznar al unísono. Sorprendido por el estruendo, veo entrar con toda su flacura al pasajero anual, trayendo en la mano el mismo maletín del año pasado. Los pájaros -se ve- no se habían olvidado, después de un año, de la comida diaria que su amigo les traía con toda puntualidad (dirán los etólogos); o del parentesco cercano que los unía (diré yo): primos hermanos, tíos o sobrinos, cuñados, vaya uno a saber.

No me costó nada, esta vez, trabar contacto con el pájaro-hombre, según me lo había propuesto. Nos reencontramos cordialmente, y a lo largo del mes de su permanencia, tuvimos ocasión de sentarnos a charlar en varias ocasiones. Pero no era nada fácil: su español era más que rudimentario; aunque no tanto como mi inglés. No obstante, unas cuantas cosas pude averiguarle de su vida y milagros. Era canadiense. Vivía en la ciudad de Vancouver. De profesión ingeniero, trabajaba como técnico en una empresa. Estaba ya muy próximo a jubilarse. Era solterón, y solterón militante. Sólo le quedaba un hermano, mellizo de él, pero vivía en Londres, hacía años que no sabían nada uno del otro, y jamás se habían querido. Ningún otro pariente tenía en el mundo. Tampoco cultivaba, ni quería cultivar amistad con nadie.

Me corrió un frío por la espalda pensando en la vida desértica de este hombre, encastillado en una empecinada soledad. ¿Cómo se puede vivir en semejante aislamiento de afectos; cómo aquella mente pudo conservar alguna forma de equilibrio en medio de semejante baldío?

Me contó que volvía cada año a México porque un día le habían hablado maravillas del país, y en efecto sus encantos lo atraparon. En uno de sus primeros viajes llegó a Cuernavaca -a una hora tan sólo de la Capital- y por pura casualidad recaló en este hotel. Y tal como me pasó a mí, se enamoró de Cuernavaca y del hotel, de modo que resolvió regresar todos los años a pasar sus vacaciones en ese lugar, como efectivamente hacía desde bastante tiempo atrás.

Un día, en una de nuestras arduas conversaciones a causa del idioma, me llevé una sorpresa. Aquel ingeniero tan yermo de afectos era al menos un fervoroso lector; sólo que de dos únicas lecturas a las que volvía siempre: las obras de Shakespeare y la Biblia. ¡No era poca cosa! Y pronto comprobé que no eran lecturas a la ligera: se conocía los dos Testamentos y los dramas de Shakespeare al revés y al derecho. Y hasta me recitó sin vacilar pasajes shakespeareanos enteros, y algunos de sus sonetos memorables.

Noté que al hablar de estas dos pasiones tuyas, ponía en la palabra un inesperado fervor (iba a decir, dada su apariencia: levantaba vuelo). «Menos mal, me dije; en medio de ese erial en el que vive, hay algo que lo sostiene, que lo mantiene conectado con lo mejor de lo humano». Pronto podría comprobar que estaba aún muy lejos de la verdad.

No puedo evocar sin estremecerme aquella tarde. No me acuerdo de qué veníamos hablando, cuando de pronto mi amigo me clavó sus ojitos terribles de pájaro y me dijo con un ramalazo de furia casi desvariante: «¿Pero usted no se da cuenta de que el hombre es una equivocación horrorosa?». Me sostuvo con fuerza la mirada, esperando, tal vez, mi asentimiento, y agregó con un acento casi febril: «La naturaleza no podía estar en sus cabales el día que fabricó al hombre». (Dijo «naturaleza»; no dijo «Dios».)

Ciertamente, no fue el concepto lo que me impresionó. Después de todo no es una idea demasiado novedosa, y ha aparecido en más de una ocasión a lo largo de la historia de la desolación humana. Lo que no olvido es la expresión con que pronunció aquellas palabras terribles, el tono de su voz, indignado y desesperado a la vez. Y lo peor de todo: la firmeza maniática, el fanatismo casi enfermo que puso en su afirmación. Era fácil entender que allí se resumía íntegra su experiencia de vida; que esa conclusión atroz expresaba el centro llagado de su ser.

Recuerdo que discutimos largamente, vanamente, sobre el tema. Yo me sentí inerme. Me daba cuenta de que estaba desprovisto de los elementos persuasivos que habrían hecho falta para arrancarlo de semejante encierro: ¿qué argumentos, qué elocuencia se habría necesitado para devolverle a aquel ser aterrado su fe en el hombre?

Traté, no obstante, desde mi precariedad, de mostrarle su error, de hacerle ver los costados rescatables que validan a pesar de todo al ser humano. Para peor, me daba cuenta de la urgencia de aquel trabajo de restauración que me había tocado: un ser tan descreído -me decía-, tan horrorizado, tenía que hallarse al borde de la resistencia psíquica. (¡Qué ingenuo era yo todavía!).

Pronto advertí que todo lo que pudiera decirle -¡y peleando a brazo partido con el idioma!- era infructuoso, casi grotesco, pues se estrellaría y se estrellará siempre contra el muro de aquel descreimiento. ¡Pero qué digo «descreimiento»! Aquello era «creimiento», y creimiento fenomenal: mi amigo creía de pies a cabeza en el horror de lo humano.

Me envolvió entonces un sentimiento de piedad, una ternura inútil ante el desvalimiento de aquel desdichado. Y a la vez me atormentaba un insoportable sentimiento de culpa ante mi propia torpeza. ¿Por qué las circunstancias me pusieron, tan luego a mí, tan desasistido de lo necesario, en aquel trance en el que estaba en juego la salvación de un ser humano?

Tal vez para aliviar ese remordimiento, me vino una idea a la que traté de asirme. Me dije: ese odio hacia lo humano -porque sin duda eran odio y horror juntos- no puede salir de un alma de hombre. Parece estar como más allá de sus fronteras. Y recordé entonces las piernas larguísimas del canadiense, como de cigüeña o zancudo, sus ojitos alertas, sus pasos asustadizos, su afinidad con el pato y las codornices enjaulados. Y entonces me aferré a esta conclusión: «Ese odio al hombre no es odio de hombre; es un odio que viene de más lejos, de más hondo: es odio de animal, es odio de pájaro. Es el terror del animal ante el peligrosísimo hombre, el pánico del pájaro perseguido por el cazador.»

Así fue cómo me di cuenta -o quise darme cuenta- de que aquel ingeniero canadiense no era tal; que era en realidad un ave con forma de hombre parecido a un pájaro. Por eso yo no podría disuadirlo jamás de lo que él sabía con su carne de ave y su instinto de ave: ¡no hay argumento humano contra el terror de un pájaro!

No era que hubiera fracasado yo, me repetía para tranquilizarme. Ni era que habláramos idiomas mutuamente incomprensibles: es que hablábamos dos especies, dos reinos, dos costumbres enemigas.

El mes de vacaciones del pájaro canadiense ya iba terminando. Pudimos todavía conversar algunas veces más. Sin duda fueron imaginaciones mías, pero algo me pareció entrever en los últimos encuentros; como si en sus ojitos se asomara de tanto en tanto un resplandor de calidez, que hasta entonces no le había visto nunca. Pronto deseché aquella impresión, tan lejos de todo fundamento. Sin duda eran defensas ilusas levantadas allí por mi insoportable sentimiento de culpa.

Pero la esperanza es porfiada: ¿no sería, tal vez, que al comprobar mi genuina cercanía, mis voces de amistad, se había entreabierto una hendidura esperanzada en aquel pavoroso océano de negación? No pude menos que reírme de las trampas de mi candor.

Nos despedimos cerca de la Recepción del hotel. Cuando llegó el momento de separarnos hasta el año siguiente, se acercó a mí con lo que me pareció de nuevo un vislumbre de calidez. Me estrechó la mano con su alerón derecho, mientras que con el izquierdo sostenía su maletín inverosímil de siempre.

«Seguiremos conversando el año que viene», llegó a decirme con un esbozo de sonrisa en su pico. Y yo creí entender que me estaba anunciando: «A lo mejor llegamos a hacernos amigos». Cuando menos, sus ojitos me parecieron menos aterrados que de costumbre. Yo también le estreché la mano tratando de decirle: «Sí, claro que nos haremos amigos. Usted, por primera vez, no se sentirá solo».

El pájaro se apartó de mí y se fue a despedir de sus congéneres. Lo vi quedarse unos largos momentos junto a las jaulas. ¿Qué se habrán dicho en su idioma común? Hizo con su mano una especie de caricia final en los tejidos de alambre, y luego salió con sus grandes zancadas del hotel. Supongo que llegó hasta el medio de la calle, y allí levantó vuelo con rumbo a Vancouver.

Les digo a los etólogos, por si les sirve, que las aves conocen la tristeza de las despedidas: vi posarse esa tristeza en la expresión del pato y de las codornices, que acababan de quedarse de nuevo sin su pariente.

Lo que no me atreví a decirle a mi amigo el pájaro en el momento de nuestra despedida, fue algo que ya sabía perfectamente entonces: que dos semanas después de su partida, yo me volvía para siempre a Montevideo. Nunca más supe de él.

Los ventanales (o ventanitas) del amor

Ya se sabe que en la inmensa mayoría de los casos, los primeros dardos del amor nos entran por los ojos. Lo corriente es que sean los ojos los que nos lancen las primeras señales de alarma: «¡Cuidado!», parecen decir; «esa persona que estás viendo delante de ti, posee ciertos rasgos que te remueven de un modo que no es el habitual. ¿Qué va a pasar aquí? ¿Qué es esto, que se ha puesto en marcha en tu interior, sin que lo hayas llamado y sin que puedas evitarlo?...»

A no confundirnos: no hablo para nada de las emociones que puede despertar, en cualquiera, una persona especialmente atractiva. Estoy hablando de algo mucho más grave y de fondo: esos resortes secretos, tal vez inasibles, que mueven en alguien (en mí, en usted, en aquél) los rasgos de otro ser, rasgos que para otros pueden pasar inadvertidos y no mover un pelo, pero que para nuestro ser más recóndito resultan sacudidores, aunque rara vez podamos explicar por qué.

El erotismo es eso, en definitiva: un proceso específico, único, incanjeable, que desata en nuestro interior subversiones secretas, que escapan a nuestro entendimiento, a toda apreciación de orden lógico, en medio de un proceso que se siente inmanejable, ingobernable por nosotros mismos.

Pero eso no quiere decir, ¡en absoluto!, que nos quedemos en lo visible del otro ser. Por el contrario: eso que vemos, y que despierta esa atención que todos llevamos agazapada en las profundidades, opera más bien como un disparador que de inmediato nos va a llevar mucho más allá de lo visual. Es que recién allí empieza, a partir de lo visto, una navegación en dirección a la hondura de ese otro ser.

Puede que después nos enamoremos de esa persona, o quizás no (¡depende de químicas tan sutiles!); pero en el arranque, en el origen de cualquier proceso erótico, se encuentra ese «sismo visual» que nos incita a aventurarnos hacia lo más hondo de la otra persona. Y comenzará entonces esa danza de que está tejida la trama de todo amor: concordancias desconocidas, lazos secretos, afinidades a veces indiscernibles...

Por cierto que no es la vista la única puerta de entrada del erotismo. Bien puede ser el oído el umbral que nos tienta: la seducción de una voz, de ciertas inflexiones, de algunas músicas del decir, que de modo sutil nos transportan más allá de nosotros mismos (y aquí ha aparecido una posible definición -dual- del amor, que a mí me parece particularmente certera: sería la potencia capaz de llevarnos más allá de nosotros mismos... al tiempo que nos empuja hacia el centro más puro de lo que somos).

¡Y cuánto puede jugar el olfato en la revelación de los estados amorosos que van a iniciarse!: tanto si son aromas naturales como perfumes preparados con toda alevosía por maestros verdaderos en la psicología del juego erótico...

Del tacto no hablemos, pues es más que sabido el protagonismo capital de este órgano sensorio en los trámites del amor (aunque no tanto, tal vez, en los comienzos mismos).

Y hasta el gusto aparece aportando matices que pueden ser capitales en ciertas instancias: la cursilería tradicional no ha dejado de mencionar «la miel de tu boca», «el sabor de tus besos», amén de otros arrebatos gustativos menos consignables.

Esta enumeración no debe inducirnos a error: jamás los sentidos operan uno por uno, como aquí los fui inventariando. Lo común es que se sumen y concierten, en combinaciones que suelen ser letales para el elegido (¿o incauto?) a quien le ha llegado la hora agraciada de la experiencia amorosa...

Por eso no me ha parecido nada desmesurado llamarles a los órganos sensoriales «los ventanales del amor», porque es a través de ellos, y gracias a ellos, que nos asomamos al paisaje de ese otro ser que va a posesionarse de nosotros.

Esto haría pensar a algún desprevenido que nuestros sentidos, por ser los venturosos portales que llevan al amor, han sido objeto universal de culto en las más variadas civilizaciones. Nada más equivocado, por cierto. Al revés de lo que sería previsible suponer, los sentidos han tenido siempre una pésima imagen, han sufrido toda clase de embates y vituperaciones a lo largo de la historia. ¿Qué se les ha echado en cara?

La acusación más virulenta provino, claro está, de la moral sexual. Es obvio, como acabamos de ver, que el portal del erotismo, y por tanto del sexo, son los sentidos, a través de los cuales -separados o concertadamente- nos llegan las señales y los impulsos de la atracción. Y en casi todas las religiones más «avanzadas» o «civilizadas», el sexo fue el gran «susto», la obsesión desmedida que acompañaba al hombre desde su nacimiento hasta su tumba.

No por nada el sexo fue diabolizado por esas religiones como principal causante de la condenación eterna: por pecados sexuales, más que por ningún otro, se perdía la vida perdurable en un Más Allá imaginado edénico.

Es casi inevitable que, si al sexo se le teme hasta tal punto, corra pareja una condenación de los sentidos mismos, sus ventanas, sus servidores. Y así ocurrió, en efecto: el rechazo a los sentidos, el temor a sus efectos, fue nota infaltable en las civilizaciones más firmemente represoras de la sexualidad.

Un segundo embate contra los sentidos provino de las vertientes místicas en sus más variadas manifestaciones. La mística -y en su extremo el ascetismo- vio siempre la vía espiritual, el camino de elevación hacia Dios, en el apartamiento del mundo y la búsqueda interior. Y son los sentidos, los temibles sentidos, los que nos presentan al entorno recamado de seductores coloridos y atractivas vestiduras. Ese encanto externo nos atrae y nos arrastra, apartándonos así de la vía espiritual -única válida- hacia la Salvación.

La tercera andanada provino de uno de los mitos más poderosos que haya creado jamás el espíritu humano: la Ciencia positiva.

La Ciencia moderna ha venido acusando a los sentidos de suministrar informaciones falaces para el conocimiento de la realidad. Y el reproche, a decir verdad, parece pertinente: los sentidos son demasiado cándidos, se dejan llevar por las meras apariencias de superficie y así es inevitable que nos proporcionen datos erróneos y hasta disparatados.

(Si hubiéramos quedado atenidos a lo que los sentidos nos presentan, hoy seguiríamos convencidos de que la tierra es plana y no se mueve, que el sol es un disco dorado y no una esfera, y que las estrellas son tachuelas luminosas fijadas sobre un telón de terciopelo negro...).

De modo que hace bien, rematadamente bien, la Ciencia positiva en desdeñar a los ineptos sentidos. No obstante, démosle entrada aquí a un deslinde obvio, pero capital: el hombre no es sólo ciencia positiva. Hay otras dimensiones del obrar que son no menos fundamentales para la existencia humana, y que dependen en medida primordial de la sensorialidad.

Por lo pronto, y empezando por lo más infantil de todo: los sentidos nos permiten movernos en el mundo sin tropiezos. Si el sentido de la vista no nos alertase a tiempo que allí, frente a nosotros, se levanta un muro que nos cierra el paso, nos daríamos de manos a la boca contra tamaño obstáculo.

Pero también esos desdeñados sentidos nos permiten una relación muy viva de alcance estético con el contorno, combinando una orquestación de colores, de formas, de sonidos, de palpaciones, de sabores, de gustaciones. ¡Casi nada! Y es que abundan -por fortuna- los seres de cierta altitud espiritual, capaces de valorar, por sobre tantas experiencias triviales o meramente utilitarias, ésta de contemplar, maravillados, el encantamiento estético que el entorno organiza a nuestro alrededor, y que llega hasta nuestra sensibilidad a través de los registros sensoriales.

Pero hay todavía otra forma más de nuestra relación posible con el mundo, que me parece la de mayor trascendencia. Cuando digo «mundo», «relación con el mundo», me estoy refiriendo muy específicamente a ese escenario chiquito, en apariencia poco significativo, en el que se desenvuelve nuestro accionar de cada día.

Porque, como es obvio, yo no percibo ni galaxias, ni quasares, ni agujeros negros, ni anti-materia, ni espacios siderales, ni neutrones, ni electrones, etc.; entidades todas de las que tenemos únicamente noticia científica, pero hasta donde nuestros sentidos no llegan. Nuestra relación más directa -y sabrosa- con el cosmos se establece con el entorno, campo único donde puede hacer pie nuestra percepción sensorial.

Ahora bien; ¿qué importancia profunda tendría ese acercarnos al lindísimo mundo circundante, a «lo inmediato sensorial», diríamos? ¿Por qué entablaríamos trato directo con él? ¿con qué finalidad precisa?

Yo creo que la respuesta que demos a esta pregunta, depende de la cosmovisión que sustentemos y del cuadro de valoraciones que nos rijan.

Para poner un caso (que en definitiva es el mío): yo no me puedo sustraer a la vivísima emoción de comprobar con mis sentidos que el mundo está ahí, rodeándome, enmarcándome; que las cosas, las singulares y deicitables cosas, también me acompañan tan de cerca; y yo las registro y las palpo con encantamiento. Y además sucede que todo eso que veo, me resulta profundamente misterioso y seductor, yo no sé de dónde salieron esas cosas y para qué están puestas en ese mundo exterior que tanto me fascina.

De modo que yo no puedo pasar deslizando como si nada frente a ese mundo tan inexplicable, con ese aire casi mágico que nos muestra. Me quedo como paralizado de asombro ante él, y ese mundo pasa a ser, por consiguiente, algo de primordial importancia para mí. Y es entonces perfectamente natural que un impulso muy vivo me lleve al encuentro de ese contorno, y que quiera conectarme con él, «dialogar» afectivamente con él.

Aquí apareció la palabra clave: «afectivamente»; pues en rigor es a eso a que me estoy refiriendo: a un vínculo afectivo con el mundo inmediato. Estoy hablando de amor, en suma. Es que yo no puedo concebir el vivir si no es como un cósmico -o religioso- acto de amor que nos liga al mundo (mediato e inmediato), y nos conecta entrañablemente con él.

Ahora bien: ¿con qué instrumentos contamos para ese contacto amoroso con el mundo? Aquí, por tratarse de un amor genuino, vuelve a repetirse lo mismo que dijimos al principio acerca del amor humano: son los sentidos los ventanales (o las «ventanitas») que nos permiten asomarnos hacia el objeto amoroso -persona en un caso, ahora el mundo externo-, y luego afincarnos en él.

Y es ésta una función -¡y qué principal función!- que quizás nunca se le atribuyeron a nuestros bendísimos sentidos. ¡Resulta que para eso, más que nada, «sirven» nuestros órganos sensoriales: para abrirnos al mundo, para hacer posible que lo amemos! Nada que ver con la Moral, con el Pecado, con el Sexo; nada que ver con el extravío de nuestra Vida Eterna; nada que ver con el rigor del Conocimiento Científico...

Quién sabe cómo verá o «leerá» cada cual ese mundo: unos lo entenderán como obra de Dios, otros como presencia de Dios mismo, o como un Algo que no podemos explicar, o como se quiera; pero en cualquiera de esos casos el mundo externo se ha convertido impensadamente en lo que nunca fue hasta ahora (al menos en las culturas de Occidente): en una escala ascensional que nos permite trepar apasionadamente hacia la trascendencia.

Me gusta formular esto mismo de otra manera, que reconozco muy inquietante para nuestros oídos occidentales: los sentidos nos sirven para el placer de ser. (¡Si serán fundamentales las palabras y cómo se presentan! Si yo hubiera dicho solamente «los sentidos nos sirven para el placer», se habrían levantado antiquísimas voces venidas desde los fondos de la historia, que tanto temieron y execraron al placer. Pero muy distinto se vuelve todo si yo digo, en cambio, que los sentidos nos sirven «para el placer de ser»).

Y este placer de ser es, en mi sentir, la pasión capital que debe movernos, el principalísimo objetivo de nuestro vivir. Después vendrán a colocarse todos los demás placeres que se quiera; pero siempre se subordinarán a ése, central, básico, que debe guiarnos.

¿De modo que vendríamos al mundo sólo para el placer? Ah, yo creo que sí, a no dudarlo. ¡Y qué trivial resuena esto en los oídos mal acostumbrados! Vivir para el placer se llama hedonismo; y al que vive persiguiendo el placer se le llama «hedonista». Dos términos que también han tenido siempre muy mala recepción. Pero ello se debe a una asociación indebida: el hedonismo, y el hedonista, se han asociado siempre con la búsqueda de placeres triviales, de superficie, hasta vulgares.

Yo pienso, en cambio, que ese hedonismo de ser no debe arredrarnos ni avergonzarnos, ni debemos permitir que voces antiguas vengan a empañarlo. Debemos asumirlo sin miedo alguno y con la mayor alegría. Proponernos esa nueva y central «profesión» de vida: volvernos de arriba a abajo hedonistas de ser, cómo no.

Y ocurre que la única manera de conquistar ese legítimo hedonismo es enamorarnos muy a fondo del mundo en el que estamos, y en particular de su entorno donde se desarrollan nuestros días. Un amor que debe nutrirse del contacto de cada momento con las cosas que tenemos alrededor: esa planta que ahí está, recibiendo el sol de la mañana; esa pieza de cerámica que compramos porque nos encantó; esa ráfaga de luz que vemos desplazarse; ese bichito que por ahí anda revoloteando; esa comida que nos deleita; esa persona que nos arrebató; esa música que nos ponemos a escuchar...

Y si sabemos mirar el mundo como es debido, caen por tierra todas las recusaciones que los sentidos han sufrido a lo largo de la historia. Si sentimos al mundo sano, limpio, santo, ¿qué nos importa que los sentidos sean los portales hacia el erotismo y la carnalidad, que hoy valoramos con otro espíritu tan diferente al tradicional y enfermizo? ¿Qué nos importa que los sentidos no sirvan para el conocimiento científico, si no es eso lo que pedimos de ellos? ¿Qué nos importa que los sentidos nos arraiguen a este mundo, si eso no significa para nada renunciar al otro, trascendente, que pudiera haber?

Yo creo firmemente que, por fortuna, estamos yendo hacia una reivindicación definitiva de los sentidos. Tal vez por primera vez los aceptaremos con alegría, sin prevenciones descolocadas, y los podremos sentir por fin aliados nuestros, capaces de ligarnos, no a la trivialidad de la experiencia, no a un ser de superficie, sino a nuestra dimensión trascendente, para alcanzar la cual los sentidos serán, muy dichosamente, los ventanales (o ventanitas) insustituibles.

La luz del sol no sabe lo que hace

Caminaba yo una noche por las cercanías de la Plaza Independencia, abrumado por una decisión particularmente difícil que tenía que adoptar, de la que dependían aspectos muy preciados de mi vida en ese momento. Tan abrumado iba, que me salió a flote un fondo supersticioso que sin duda llevo conmigo, pero que sólo me aparece en momentos especialmente angustiosos. Entonces, ante la indecisión, le rogué no sé a quién allá en las alturas, que me enviara en ese mismo momento una señal de algún tipo que, si me llegaba, me indicaría que debía tomar el camino tal y no el camino cual.

Eran cerca de las tres de la mañana, la oscuridad era completa y yo miraba esperanzado el cielo, de un negro perfecto pues ni estrellas se veían. Y en ese preciso momento, como respondiendo a mi llamado angustioso, se encendió una luz en la ventana de un piso muy alto del Hotel Victoria Plaza. Aquel desplante luminoso se recortó con poderosa nitidez en medio de la absoluta oscuridad del fondo. Parecía talmente una plasmación de fuego geométrico que hubiera quedado colgada en el aire. Una señal, qué duda cabía.

Luego de agradecerle a Aquél (quienquiera que fuese) que había tomado por mí la decisión crítica al mandarme justo a tiempo la señal salvadora, seguí caminando con el ánimo aligerado. Pero casi enseguida me asaltó la pregunta: supersticiones aparte, ¿por qué, en el plano de la estricta realidad, se había prendido aquella luz en medio de la noche?

Las hipótesis podían ser varias. Pero a mí me dio por imaginar a una señora alojada en la habitación de ese hotel, que quizás pasara en Montevideo esa única noche, y que de pronto se despertó necesitada de tomar un vaso de agua. Prendió la luz (para ventura mía), se levantó para servirse el agua que tendría en una jarra cercana, quizás aprovechó para ir al baño, volvió a acostarse, apagó la luz y siguió durmiendo como si tal cosa. Ajena a todo, no pudo imaginarse ni por un momento que esa sucesión de actos triviales le había cambiado la vida a un atribulado transeúnte.

Una jugada ciega, una combinación casual, que se cargó sin embargo de significaciones y consecuencias impensadas. A mí me parece muy impresionante esta especie de carambola entre un hecho cualquiera y las consecuencias que es capaz de generar. Porque quizás todos realicemos a diario cantidad de hechos que integran la trivialidad de nuestras rutinas, y que a lo mejor ejercen efectos decisivos sobre alguien (o alguien) que están cerca, sin que seamos para nada conscientes de lo que estamos desencadenando.

Pensar esto me sobrecoge un poco. Me hace sentir como sometido a fuerzas o influjos que no gobiernan, y que parecen hijos del azar o de la casualidad ciega. Porque si no hubiera habido una señora alojada en ese piso del hotel; si no hubiera tenido sed a las tres de la mañana; si no hubiese pasado yo por ahí en ese mismísimo momento, el rumbo de mis días pudo haber sido otro completamente distinto.

Y este no saber la hipotética señora lo que hacía, me trae a la memoria un verso de un poeta muy admirado y querible de nuestros días, que afirma algo que se le parece bastante: «La luz del sol no sabe lo que hace». Lo dijo el portugués Fernando Pessoa, o, mejor, uno de los varios poetas que se «albergaron» en él (lo que se llama heterónimos) y que él bautizó Alberto Caeiro.

Suponiendo que sea así, que el sol «no sepa» lo que hace, ¡cuánto hace sin embargo, aún sin saberlo; hasta qué punto decide de cada uno de los actos de nuestro vivir corriente! Pensemos, nomás, en eso tan escuchado, tan manido: que es tal la precariedad de nuestra existencia en el planeta, que bastaría con que el sol aumentara o disminuyera un solo grado su temperatura, para que la vida en la Tierra se alterara por completo...

Dicho de otro modo: según Pessoa-Caeiro, los efectos del sol son mecánicos, ceguera pura. El sol es como es y actúa como actúa, pero sin la menor intencionalidad. A los habitantes de la Tierra no nos beneficia porque se lo proponga así: nos beneficia porque el sol genera una combinación ciega de causas y efectos que se ajustan entre sí sin saber lo que hacen.

Los pueblos «primitivos» estarían en radical desacuerdo con esta visión del poeta portugués. Los «primitivos» (¿primitivos?) adoraron al sol como a un dios benéfico; pero que era benéfico porque quería serlo, porque tenía una voluntad, una intención definida de beneficiarnos.

Al sol lo veían como personalizado, como alguien que operaba bajo la forma de un ser superior, capaz de impartir el bien a voluntad. Ese dios no era el centro de un universo mecánico, como lo vemos nosotros, hijos y nietos del positivismo más craso; era el centro de un universo intencional. Era visto como un padre que está amando a sus hijos, y que muy a sabiendas, y porque los ama, cuida de ellos y los promueve.

Tal vez el Dios único de las grandes religiones monoteístas heredó el sentimiento que despertara aquel primitivo culto solar: la idea de un Dios bueno, desvelado por sus criaturas. Un ser con propósito (sol antes, Dios después), que actúa sabiendo perfectamente lo que hace.

Ese verso de Pessoa-Caeiro, en su aparente inocencia, implica sin embargo toda una visión del universo: está afirmando que nos hallamos radicados en un universo que funciona como una máquina, pura combinación grandiosa de causas y efectos que se entrelazan como las piezas ciegas de un artefacto automático.

O sea que las simples nueve palabras de ese verso aislado deslindan dos campos inmensos, dos modos contrarios de enfrentarse a la realidad: ¿qué creemos? ¿que hay una razón, una voluntad, una intención, en la organización del universo? ¿O que el universo es pura maquinaria, rodajes sin vida, movimientos sin alma? O sea: ¿intención o automatismo? ¿querencia o efecto ciego?

Esta indagación por los alrededores de este verso tan rico, tan controversial, quizás nos aconseje, antes que nada, ubicarlo en su contexto debido. Ello supone encontrar el poema de Caeiro (Pessoa) donde ese verso está inserto. Conviene verlo, en la traducción del ensayista y poeta mexicano Octavio Paz:

¿Lo que pienso del mundo?
¿Sé yo lo que pienso del mundo?
¿He meditado sobre Dios y el alma
y sobre la creación del mundo?

Aquél que está al sol y cierra los ojos
comienza a no saber lo que es el sol.
Si abre los ojos y ve el sol
no puede ya pensar en nada.
Porque la luz del sol vale más que los pensamientos
de todos los filósofos y de todos los poetas.
La luz del sol no sabe lo que hace
y por eso no yerra, y es común, y es buena.

Pessoa-Caeiro cree que las cosas son buenas por sí mismas, por su solo existir, y que no hay para qué pensarlas, y que no tienen ninguna misión o tarea más que ser. Lo dice expresamente en otro pasaje:

Esa es la única misión del mundo.
Esa: existir claramente
y saber hacerlo sin pensar en ello.

Y más adelante:

Alabado sea Dios porque no soy bueno
y tengo el egoísmo natural de las flores
y de los ríos que siguen su camino
preocupados (sin saberlo)
sólo en florecer y correr.

Vale decir, un mundo donde las cosas se limitan a ser lo que son y a hacer lo que les es propio: la flor crecer, el río correr. Y el sol alumbrar. Ni la flor ni el río ni el sol saben lo que hacen. Y no es importante que lo sepan: es importante que sean.

Pero a mí me inquieta un poco esa especie de irresponsabilidad que Pessoa les atribuye a las cosas. Porque el río, cuando corre, puede dañar y hasta matar a las plantas que crecen en la orilla o a las criaturas que la habitan. Pienso que el ser que ignora, el ser impasible, sólo preocupado en ser él mismo, el ser que no sabe lo que hace, tanto puede fabricar el bien como puede fabricar el mal.

¿Vivimos, pues, en un universo irresponsable? ¿el bien y el mal son una lotería: nos toca a uno o a otro porque sí?

Creo que puede iluminarnos grandemente acerca del contenido de este hermoso verso, enterarnos de qué pensaba de Dios el que lo inventó. Podría suponerse, a primera vista, que Pessoa-Caeiro no creían en Dios, porque lo dicen expresamente. Pero a lo mejor...

No creo en Dios porque nunca lo he visto.
Si él quisiera que yo creyese en él
sin duda que vendría a hablar conmigo,
empujaría la puerta y entraría
diciéndome: «¡Aquí estoy!»

No cree, pues; pero enseguida encontramos este bellísimo razonamiento poético (si es que la poesía puede ser razonante), de un lirismo que me parece conmovedor:

Si Dios es las flores y los árboles,
los montes, el sol y el claro de luna,
entonces creo en él.
Creo en él a todas horas,
toda mi vida es oración y misa,
una comunión con los ojos y los oídos.

Pero si Dios es los árboles y las flores,
los montes, la luna, el sol,
¿para qué lo llamo Dios?
Lo llamo flores, árboles, montes, luna, sol.

Si El se ha hecho, para que yo lo vea,
sol y luna y flores y árboles y montes
es porque quiere que yo lo conozca
como árbol, monte, luna, sol y flor.
Y yo lo obedezco:
¿sé yo más de Dios que Dios de sí mismo?
Lo obedezco viviendo de modo espontáneo,
como uno que abre los ojos y ve,
y lo llamo luna y sol y flores y árboles y montes
y lo amo sin pensar en él
y lo pienso con los ojos y los oídos
y ando con El a todas horas.

Es como un himno celebratorio este pasaje, como un emocionado cántico de este hombre que no cree en Dios, pero que lo encuentra en cada cosa, y allí lo recibe con la mayor sencillez. Se diría que Fernando Pessoa es un hombre entrañablemente religioso, con una forma muy viva, muy sensible, de panteísmo.

Y lo que se empeña en decirnos es que a esa presencia superior hay que recibirla en las cosas con emocionada simplicidad, sin ponerle ningún nombre, sin pretender entenderlo, razonarlo, decirlo siquiera. Y sin atribuirle ninguna voluntad ni intención: basta con que sean: «*La luz del sol no sabe lo que hace, y por eso no yerra, y es común, y es buena*».

Yo puedo coincidir profundamente con Pessoa en esta idea de que el sino de las cosas es ser lo que son, y hasta que puede estar demás ponerse a pensarles explicaciones, motivaciones. Y puedo coincidir en que ese ser de las cosas acaso sea como un disfraz de Dios, según nos mostraba el poeta; una morada de lo trascendente.

Pero lo que no puedo dejar de ver -y me perturba verlo, y hasta me asusta un poco- es que la combinación de las cosas y sus aconteceres, sus interrelaciones en el momento de ponerse a ser, puedan ocasionar en lo externo tanto el bien como el mal. Porque así se entra a jugar un ajedrez ciego e inmanejable.

A las tres de la mañana se enciende una luz en el 7o. piso de un hotel céntrico, porque una huésped se levanta a tomar un simple vaso de agua, y a mí, de carambola, me puede caer una ventura o una desdicha que acaso me cambien la vida. ¿Cómo pueden darse las dos alternativas al mismo tiempo?: ¿que haya una presencia superior en las cosas y a la vez un juego ciego e idiota en el modo cómo se relacionan?

Pienso que cada cual tendrá que resolver a solas consigo mismo esta disyuntiva. Afinar bien el oído, a ver qué es lo que escucha cada cual: ¿sentimos realmente que la luz del sol (o que Dios o como se lo llame) no sabe lo que hace? ¿o que de algún modo sí lo sabe? ¿Qué nos dice nuestro sentido interno de las cosas?

Conviene que aprendamos a ser humildes ante nuestras percepciones, y que nos resignemos a esa humildad. ¡Es tan dudoso, tan problemático todo lo que entendemos, o creemos entender! Las cosas pueden ser inteligentísimas o tontísimas en su acaecer, y nosotros no estamos en condiciones de discernirlo. A lo mejor el universo es, nomás, un ajedrez imbécil, donde todo se combina porque sí. O acaso responda a una estrategia sapientísima, que se maneja a alturas inaccesibles para nuestro entendimiento.

Nadie puede demostrarme a mí, ni demostrarle a nadie, que todo es arbitrario, que todo es azar sin sentido; pero tampoco nadie puede demostrarle a nadie lo contrario: que todo es inteligencia secreta. Cada uno de nosotros tiene que arreglárselas como mejor pueda. Con su intuición, con su fe, con su sentimiento, con su razón, con lo que le venga a mano. O con su escepticismo, o con su descreimiento. Volvamos a Pessoa (que ahora habla por boca de otro «huésped» suyo, que se llamó Ricardo Reis):

Basta para vivir
ignorar que vivimos.
Mejor vida es la vida
que pasa sin medirse. (...)

No quiero la verdad,
quiero la vida.
Vida los dioses dan,
no dan verdades,
ni saben qué es verdad.

Y vuelve a resonar la voz de Alberto Caeiro:

El único sentido oculto de las cosas
es no tener sentido oculto.
Más raro que todas las rarezas
es que las cosas sean realmente
lo que parecen
y que no haya nada que comprender.
Las cosas no tienen significación:
tan sólo existen.
Las cosas son el único sentido oculto
de las cosas.

¿Será así? Qué sabemos. Pero esta noche, cuando nos levantemos a las tres de la mañana para tomar un vaso de agua y prendamos una luz, no dejemos de preguntarnos: «¿Hago esto por azar o está combinado de antemano para obrar sobre alguien a quien ni siquiera veo, ni sé quién es, ni qué le pasa cuando mira mi ventana, pero a quien quizás le estoy cambiando la vida por mirarla»...

El amor en los tiempos del cuerpo exhibido

Durante siglos y siglos, buena parte de la seducción amorosa estuvo construida en torno al eje del misterio del cuerpo femenino. El cuerpo vestido -y a veces exageradamente vestido- se convertía en un universo enigmático e intrigante.

La mujer, entonces -siempre sabia en estos manejos, mucho más sabia que el varón-, obligada a vivir escondiendo su cuerpo, aprendió a manejar y explotar ese misterio con suprema habilidad. Sabía muy bien que nada exalta más la imaginación que lo desconocido que se desea. Y a la vez, supo que nada fertiliza más el deseo, que la fantasía que desplegamos en torno a ese misterio deseado.

No es cuestión de hacer ahora el inventario detallado de todas las artimañas -algunas exquisitas- que las mujeres desplegaron en todas las civilizaciones para utilizar en su provecho la seducción implícita en el ocultamiento (o mejor, en el semi-ocultamiento): velos, mantillas, escotes, tajos, etc., fueron las herramientas de seducción que las mujeres utilizaron en complicidad con modistos tan psicólogos como imaginativos.

También algunos accesorios auxiliares. Por poner un ejemplo egregio: el famoso abanico. ¿Habría alguien tan ingenuo como para suponer que el abanico se inventó para darse fresco en los días de calor? Eso fue el pretexto, lo subsidiario. Pero la función principal del abanico fue ocultar y mostrar el rostro, los ojos insinuantes, en un juego alternativo de «sí-no», de «doy-no doy», que hizo perder la cabeza a incontables incautos a lo largo de unos cuantos siglos.

Porque esa táctica refinada de sugerir entregas, de insinuar donaciones que después se convertían en ocultamiento, en retaceo, resultó devastadora para una mentalidad como la masculina, programada desde siempre para la posesión.

Hasta que llega el bendito siglo XX y -como queda expuesto en la nota anterior- ocurre algo inaudito, algo -insisto una vez más- jamás visto en toda la historia, al menos de Occidente: de pronto (porque fue bastante de pronto), se vuelve la cosa más natural del mundo exhibir la mujer su cuerpo. Ocurrió en los alrededores de 1920, en que empiezan a derrumbarse las profusas vestimentas novecentistas, y comienza a aparecer, deslumbrante a los ojos de todos, el glorioso cuerpo hasta entonces tabú.

Pero esta tremebunda novedad (el adjetivo «tremebunda» no me parece exagerado) supone un cambio radicalísimo en la mecánica de la seducción, ahora violentamente arrancada de los carriles seculares del misterio. ¿Qué va a pasar ahora, cuando la mujer ha decidido jugar con cartas vistas, renunciando a las artes del ocultamiento, que tan buenos frutos le rindió siempre?

(Antes de internarnos en tan delicado tema, conviene dejar bien establecido que aquí me estaré refiriendo todo el tiempo, y exclusivamente, al erotismo genuino, a la atracción de fondo. Excluyo expresamente, y no se olvide esto, al otro erotismo, el de superficie, esos encendimientos fugaces -y deliciosos ciertamente- que se agotan en el encanto de su mismo revoloteo).

Empecemos por señalar que la seducción supone siempre diálogo, o es una forma particular de diálogo. Se entiende: no me refiero a diálogo con palabras, ya que con enorme frecuencia la seducción se abre camino sin que se pronuncie palabra alguna. Bastan, de pronto, miradas, posturas, comportamientos mudos, para que la seducción empiece a actuar. Las palabras vendrán después, y a veces no vienen a agregar gran cosa a lo ya avanzado.

En el caso particular del diálogo de seducción así entendido, lo que se produce es un intercambio de mensajes, de influjos, de efectos, de magnetismos. Esquemáticamente: el seductor «dice» ciertas cosas, recurra o no a palabras; y la destinataria de ese mensaje lo recibe, y si queda atraída o atrapada por la trampa seductora que el otro le tiende, responderá a su vez con mensajes muchas veces mudos de aceptación o de entrega.

Observemos que los velos, las mantillas, los escotes, los tajos, los abanicos, decían cosas, sí ¡claro que decían!: eran discursos temibles. Pero partían del ocultamiento o semiocultamiento de los cuerpos. En cambio ahora, que los cuerpos resplandecen al aire, ¿de qué modo esos cuerpos se han puesto a hablar, qué dicen, cómo discursen?

Por cierto que los cuerpos casi desnudos hablan, dicen, y a veces hasta cantan (¡y qué hermosísimamente suele cantar un cuerpo exhibido!, aunque sea un canto tan diferente al que suele escuchársele en la intimidad del amor). Pero aunque en la seducción los cuerpos de mujer hablan, dicen, cantan, lo que ha cambiado ahora es el código comunicacional al que recurren.

Creo que han empezado a ocurrir tres cosas de la mayor importancia. La primera: el cuerpo, al exhibirse, se ha hecho mucho más específico, más personalizado, menos genérico. Segundo, el cuerpo se ha enriquecido con vivencias psicológicas, se ha cargado de más alma, de más personalidad. Tercero, tiene un lenguaje mucho más directo, más franco, con mucho menos vericuetos o laberintos de comunicación.

Este último rasgo parece muy obvio; no así los dos primeros. Conviene, por eso, examinarlos de más cerca.

¿Qué quiere decir eso de que el cuerpo, al exhibirse, se ha hecho más específico, más personalizado, menos genérico?

Si nos fijamos bien, cuando un cuerpo aparece vestido, es decir tapado, tiende a hacerse genérico. Es que no vemos el cuerpo único y específico de una mujer concreta. Vemos un cuerpo que, en la medida en que se nos esconde todo o casi todo, puede ser el cuerpo de otras, o de muchas, no bien se vistan o adornen igual o parecido (la moda, ciertamente, es un factor igualador, por más que se las ingenie muy bien para marcar diferencias personales dentro de los lineamientos básicos que ella misma impone).

Cabe decirlo de otro modo, aunque suene un tanto burdo: una mujer vestida no me permite saber cómo es su cuerpo en lo que tiene de más propio. Entonces, si yo no puedo diferenciar lo más propio del cuerpo de una, de lo más propio del cuerpo de otra, ni de una tercera, al final termino metiendo a todos esos cuerpos entrevistados en una misma bolsa genérica, en una categoría abstracta: «cuerpo de mujer vestida». Pero ese convertirse en categoría abstracta no puede ser más peligroso para cualquier intencionalidad erótica, porque atenta contra la indispensable especificidad que el erotismo de fondo pide a gritos.

¿Qué pasa, en cambio, con los cuerpos desnudos? En la desnudez, el cuerpo de Fulana es de Fulana y de nadie más; el de Mengana, de Mengana y no de ninguna otra, y así sucesivamente. La personalización, la diferenciación, la especificidad, se han hecho completas y totales. ¡Aleluya! el cuerpo de cada cual pasó a ser de cada cual, y eso quiere decir que lo estamos viendo como lo que realmente es: único.

Insisto en que estoy hablando de erotismo genuino, no de fuegos artificiales de la piel. Así, en el erotismo genuino cada hombre es sensible a tales y cuales atributos, no a cualesquiera, no a todos indistintamente. Porque juegan mis propensiones, mis afinidades más profundas. Diríamos: el erotismo empuja siempre en la dirección de la calidad selecta que refleje lo que nuestro ser más profundo prefiere y necesita.

Esta misma exhibición franca del cuerpo -obsérvese bien- nos hace a los varones mucho más selectivos. Ya no nos interesa tanto el cuerpo genérico: nos atraerá uno en particular, uno específico, ése, y sólo ése, por lo que tiene de diferencial. Y este rasgo -la selectividad rigurosa- es fundamental en la mecánica del erotismo. Porque sólo en casos patológicos de donjuanismo o de ninfomanía en que «cualquiera viene bien», el erotismo implica siempre selectividad. Yo diría: altísima, finísima selectividad.

Las mujeres menos agraciadas que lean esto, quizás pongan el grito en el cielo: «La exhibición no favorece para nada a las que no tenemos la suerte de tener un cuerpo estupendo.» Creo que, mirando bien, se equivocan, al menos en buena medida.

Por lo pronto, y contra lo que se cree, la exhibición del cuerpo hace menos seductores los cuerpos perfectos, los que se ajustan a las medidas ideales. Y esto queda corroborado con los certámenes de belleza. ¿Qué cuerpos ganan esos concursos? Los que más cerca están de los cánones estéticos genéricamente aceptados. Pero aquí apareció otra vez lo genérico; es decir: lo anti-erótico.

Ante una Miss Universo, o más modestamente ante una Miss Uruguay, yo puedo exclamar (para decirlo en términos bieneducados) «¡Qué cuerpo maravilloso! ¡Qué bueno sería pasar con él un fin de semana, incluso una noche sola!» Pero insisto en que aquí se está hablando de erotismo cabal, no de admiración.

Uno puede admirar, ciertamente, a ese espléndido maniquí tan bien hecho, pero eso no quiere decir que me seduzca desde el punto de vista erótico. Admirar no es lo mismo que seducir. A lo mejor es su contrario. La admiración me deja fuera de la persona admirada; la seducción me atrapa y no me deja escapar. En la admiración, pasado el deslumbramiento (legítimo) de momento, podemos seguir de largo; en la seducción llegamos y nos quedamos. ¿Para siempre? No necesariamente: mientras dure el efecto seductor. Pero mientras dure, allí quedamos encallados.

En cambio, un hombre que mira en la playa un cuerpo imperfecto desde el punto de vista de las medidas ideales, puede descubrir algo que quizás lo sorprenda: que a pesar de esas imperfecciones, ese cuerpo lo conmueve, «le llega». Hasta puede ocurrir que produzca en él emociones o sacudimientos muy soterrados, muy escondidos, como si fueran sus mismas raíces las que se estremecen al verlo. Dicho de otro modo: ese hombre ha encontrado lo específico que lo conmociona; o sea que se encuentra en los umbrales del erotismo. Lo cual es muy difícil que ocurra ante un perfecto modelo genérico.

Pero hablábamos también de una segunda novedad: el cuerpo, al exhibirse prácticamente desnudo, se carga de alma. ¿Qué quiere decir esto, exactamente?

Observemos que, al fin de cuentas, un cuerpo no es más que un conjunto de formas; pero las formas solas, si no las cargamos de contenido, no pasan de ser pura exterioridad. Para que nos conmueva, tiene que hablarnos de algo interior, tiene que remitirnos a otra cosa que no sea el cuerpo mismo, ya que un cuerpo reducido a su solo efecto no posee la capacidad de seducir.

Hasta ahora, cuando no tuvimos más remedio que manejarnos con cuerpos vestidos, era apropiado decir que ese cuerpo vestido nos remitía inevitablemente al cuerpo desnudo. Ese era nuestro recorrido erótico: de lo vestido a lo desnudo, aunque quizás muchas veces no nos diéramos cuenta cabal de que era así. Pero ahora, cuando el cuerpo está exhibido en su casi desnudez, ¿a qué puede remitirnos?

Yo pienso que, contra lo que se cree, el cuerpo desnudo nos remite forzosamente a algo mucho más importante a los fines de un erotismo de fondo, único -insisto una vez más- al que me estoy refiriendo: nos remite ni más ni menos que al ser «que lo lleva puesto». Pero, más específicamente, a la totalidad del yo, a la persona global, a lo que la persona es en sí misma; a ese yo concreto que allí está, convocándonos, intrigándonos.

En la playa, o en una pasarela, el cuerpo perfecto no pasa más allá del fognazo. Pero el erotismo no se conforma con el fognazo ni se dedica a medir con un centímetro. El erotismo reclama personas enteras, se alimenta de totalidades: un cuerpo y lo que éste «lleva» consigo.

A un cuerpo semidesnudo en la playa lo vemos actuar, y detrás de cada actuación está la persona: cómo se sienta, cómo se pone de pie, cómo camina hacia la orilla, cómo es cuando vuelve mojada, cómo se seca, cómo se ríe, cómo gesticula, cómo se tiende al sol, con qué delicia absorbe sus rayos. Y a través de todos esos comportamientos estamos viendo del modo más directo y expresivo aparecer a la persona, no sólo su cuerpo.

Y aquí se han reducido al mínimo (si es que quedan) los rodeos, los despistes, los atajos, las estratagemas. Estamos, ya sin intermediaciones, mucho más cerca del núcleo. Y si ese núcleo despierta nuestras zonas sensibles, ahí quedamos atrapados; pero no atrapados en la red del cuerpo, sino de la persona toda, como tiene que ser, como lo pide el erotismo.

Este itinerario de saltos sucesivos que hemos dado -del cuerpo vestido al cuerpo desnudo, del cuerpo desnudo al ser entero- permite, a mi modo de ver, un formidable enriquecimiento de la relación erótica; porque desde que tenemos tan a mano los cuerpos desnudos, somos buscadores del centro personal de cada ser.

Por eso pienso que el desnudo exhibido, lejos de trivializar el erotismo como pudiera pensarse, le aporta una profundidad y un calado mucho mayores. Nos pone más cerca de lo que es el alma del erotismo verdadero: la persona entera, el ser total. Porque el erotismo rectamente entendido es eso: diálogo total entre personas totales.

Cabe, entonces, celebrar este doble paso que hemos dado; no sólo hacia una reivindicación de la sana desnudez, sino también hacia una exaltación y depuración y sublimación del erotismo, que este pasaje al cuerpo exhibido traerá seguramente consigo.

Un hombre con las piernas estilo Luis XV

Es posible que todavía no se me note bien, porque se trata de un proceso bastante reciente; pero el hecho es que he empezado a convertirme en silla. Algo se puede ir viendo ya de esta mutación. Mi espalda, por ejemplo, ha empezado a adoptar la forma de un anatómico respaldo, sobre el que va a ser agradable reclinarse. Y otras partes no muy nombrables de más abajo -pero no sé si se alcanzan a distinguir ya-, se están transformando de a poco en el asiento, que promete ser acogedor y mullido. Mis tobillos, si se observan con atención, han empezado a formar delicadas molduras, porque parece que voy a ser una silla estilo Luis XV. Aclaro que no soy partidario de este estilo, a mi juicio relamido, y que no va para nada con mi temperamento; pero parece que así terminará siendo esta silla que trato de asumir de a poco: toda llena de rulitos y de afectación cortesana.

Debo proclamar que, aparte de esa inadecuación de estilo, he acabado sintiéndome feliz de convertirme en silla. Creo que seré mucho más útil a los demás cuando sea silla, que no en todo el tiempo en que fui un ser humano; como tal, bastante innecesario a todos los efectos. Yo me sentía relativamente cómodo siendo hombre, y si de mí hubiera dependido, habría seguido humano hasta el final. Que me enterraran en un cementerio entre un montón de buenos congéneres, y no como ahora, que terminaré, polvoriento, en alguna casa de antigüedades, si es que no me cortan en astillas para servir de leña en alguna estufa.

En realidad, este cambio de condición se me impuso desde afuera y sin consultarme para nada. La cosa tuvo su primera manifestación una mañana, hace ya unos cuantos meses, cuando bajaba en el ascensor del edificio donde vivo. De repente el ascensor se detiene en un piso y veo que una señora va a subir. Galantemente me adelanto a abrirla la puerta, pero ella me gana de mano, la abre con rotunda decisión, se mete en el ascensor y queda plantada a mi lado en actitud que me pareció levemente intrusiva. Me sorprendió que no me saludara ni me dirigiera una sola palabra.

Descubro que la señora era descomedidamente gorda, pero lo parecía aún más porque venía envuelta en un saco de piel de desaforado espesor, tanto que aquella inmensidad hirsuta no cabía en el ascensor y su espalda peluda se refregaba contra mi nariz y mi boca. «Debe de ser piel de oso», pensé. «Tal vez la gorda misma le habrá retorcido el pescuezo en medio de la montaña con sus manazas llenas de anillos».

Bajamos los pisos que faltaban bien pegados el oso y yo. Silencio sepulcral. Cuando llegamos a planta baja, el oso no me dejó espacio para adelantarme a abrir cortésmente la puerta, de modo que la gorda procedió a hacerlo sin dilación y, si no me apuro, me cerraba la puerta en las narices. Fue en ese momento

cuando me vino por primera vez la idea inquietante: después de todo, ¿estaría yo ahí? ¿sería realmente yo el que bajaba en el ascensor? Pensándolo bien, el oso entró en el ascensor mirando directamente hacia donde yo estaba, pero sin registrar para nada mi presencia, como si yo fuera transparente. Y ese silencio suyo durante toda la bajada... A un ser humano no se lo ignora de esa manera. Vaya a saber si yo no me había convertido en un bulón del ascensor, en tubo lux, o en el botón que dice PB.

«Al final, ¿uno qué es?», pensé también. «¿Uno es lo que es, o es lo que los demás ven de uno?» Y como la gorda me miró y me consideró cosa, eso puede querer decir que, a lo mejor, ya entonces había pasado a ser objeto inanimado.

«No haga caso», me dijo mi psiquiatra. «Lo que ocurre es que la gente, hoy está muy mal educada. Es una vergüenza. Estamos volviendo a la barbarie. Tranquilícese: yo le garantizo que usted es un ejemplar humano a carta cabal». Pero yo no me dejé convencer. Sentí que, por primera vez, había sido cosificado, y juro que no me hizo ninguna gracia.

Pasaron dos o tres semanas de aquel episodio infausto, que dejó en mi ánimo un sordo malestar. Una tarde tuve que ir a una oficina pública a retirar unos documentos. En el mostrador correspondiente, había una empleada con cara de pocos amigos. Me acerqué a ella con todas las precauciones del caso, porque no tengo un carácter lo bastante aguerrido.

«Buenas tardes, señorita. Venía a retirar unos documentos que solicité el otro día y que me dijeron que...»

En ese instante veo debajo de mi nariz una palma de la mano extendida hacia arriba. Era evidente que esa palma reclamaba algo, ¿pero qué reclamaría? Dada la atroz fijeza de los ojos que me taladraban, no me atreví a preguntárselo y preferí hacer trabajar la pensadora. Por suerte no tuve que revolver mucho: «Ah, claro. Esta mujer me pide la tarjeta del trámite. Qué distraído soy». Busqué tarjeta en bolsillos, encontré tarjeta, estiré tarjeta hacia empleada, empleada atrapó tarjeta, buscó en papeles apilados, descubrió documentos míos, colocó documentos míos delante de nariz mía, yo atrapé documentos míos.

«Ah muy amable, señorita», mentí, siempre precaucional. Señorita silencio completo, ningún gesto en cara. Yo media vuelta. Yo mandarme a mudar de apuro.

«¿Ve, mi querido psiquiatra? Segunda vez que me pasa. Yo no soy más yo. Esta vez fui portafolio o algo equivalente».

«Pero no, mi querido paciente. Lo que pasa es que los empleados están muy mal pagos. ¿Cómo va a pretender que encima hablen? Es la rebeldía natural del ser humano. Esa empleada estaba haciendo protesta activa».

«¡Protesta activa, Mongo!», pensé para mis adentros, pero no llegué a decírselo a mi psiquiatra porque corría el riesgo de que me acusara de delirante, como ya hace bastante tiempo que tiene ganas de hacer.

Lo malo fue que unos días después...

«Escúcheme, señor psiquiatra. Resulta que la otra mañana salí a comprar el diario que leo habitualmente. Me acerqué a un quiosco que hay en 18, y con mi mejor sonrisa... «Buenos días, señor. Quisiera el diario Tal».

Me extrañó cuando observé al tipo y noté que tenía su mirada clavada a la altura de mis solapas, pero era evidente que miraba sin ver, tal como si yo no existiera en el mundo. ¡Ah, conozco muy bien esa expresión que les dedicamos a los meros objetos que tenemos delante, y puedo asegurar que era la misma! Sentí un primer frío corriéndome por la espalda.

«Perdón», insistí con enormes cuidados. «¿Tal vez ya no le queda el diario que le pedí?»

No quiero asegurarlo porque prefiero no hacerme ilusiones; pero me pareció percibir que el diarero insinuaba un movimiento de «no» con la cabeza, lo que indicaría algún grado de humanificación. Fue apenas un atisbo, un vislumbre; tal vez inventado por mí para escaparle al pánico de la cosificación, que de a poco empezaba a subírseme hacia la nuca.

Convencido de que allí no quedaba más que hacer, me encaminé hacia otro quiosco que se divisaba como a dos cuadras. Lo atendía un gordito con termo y mate en ristre.

«Buen día, señor. ¿Podría darme el diario tal?»

Doy fe de que era un obeso simpaticón, de ésos que pueden volverse un compinche divertido en cualquier mostrador de boliche. Pero lo único que hizo fue exhalar un gutural «grmmm», que no dejaba lugar a dudas: me comunicaba locuazmente que se le había acabado ese diario. Yo, ya más ducho en estos nuevos códigos hablantes, me despedí y seguí viaje.

«¿Ve, psiquiatra, cómo tengo razón? A esa altura, yo era un vulgar objeto: un paraguas, una canilla, un alfajor».

«¡Pero no, mi amigo! Usted interpreta erróneamente los signos de la comunicación. Esa es gente demasiado cansada por el trajín brutal de estar sentados vendiendo diarios y revistas. No los juzgue mal».

«Sí», hube de reconocer para mis adentros. «Tal vez soy algo injusto con estos esforzados». Porque todavía fui a un tercer quiosco, donde me atendió un joven, y cuando le pedí el diario, escuché algo absolutamente inconcebible: «Pero, señor, ¡qué macana! ¿Usted sabe que recién, hace cinco minutos, me llevaron el último ejemplar? ¡Cuánto lo siento! ¿Quiere algún otro? No me gusta defraudarlo».

«Y le aseguro, amigo psiquiatra, que se mostró de lo más amable y que...»

Aquí interrumpí de golpe mi relato, cuando advertí la expresión horrorizada con que me miraba el psiquiatra. Tenía los ojos totalmente salidos de las órbitas: «¿Así que usted pretende que aquí en Montevideo un ser humano dijo todas esas palabras seguidas, y encima con amabilidad? ¡Ah, mi amigo!: ha sucedido lo que tanto me temía: usted ha entrado en la etapa alucinatoria de su paranoia galopante. Lamentablemente, tengo que proceder sin dilación».

Y de inmediato extrajo de entre sus ropas un enorme chaleco de fuerza y me empezó a correr por todo el consultorio. Menos mal que logré escaparme por la banderola del bañito, pero puedo asegurar que me salvé en el anca de un piojo.

Sin embargo, lo peor, lo definitivo, llegó tres o cuatro semanas más tarde. Ahí ya no me quedó duda ninguna: tuve que admitir mi conversión en objeto. Fue el día en que un matrimonio amigo me invitó a tomar un whisky en su casa. El es abogado, ella economista. Pronto me fue dado comprobar que aquellos amigos de tan calificado nivel intelectual, me consideraban un jarrón chino.

Llego a la casa y de entrada noto que me saludan muy por arribita y me hacen sentar de apuro en un sillón del living. Otra vez la duda: «¡Pero qué raro! ¿Será que ya casi no se me ve?» Por suerte pude tranquilizarme porque me di cuenta de que lo que les pasaba era que estaban totalmente absorbidos, como es muy comprensible, por el final de una telenovela, ya que era el momento en que se venía a saber que el mayordomo y el chofer de la mansión habían sido hermanos de leche y ahora heredaban la fortuna colosal que les dejaba su madre, la anciana dueña del palacete, que era en realidad la hija del que ella había tomado por su hermano menor, y éste en verdad no era más que un aventurero de Transilvania mandado por un jeque saudita que.

Cuando terminó el berenjenal, tuvieron a bien apagar el aparato. Ahora sí podríamos empezar una conversación en forma. Pero en ese momento la señora le anunció al esposo -no a mí- que iba a preparar el whisky, y él le comunicó (a ella, no a mí) que tenía que hacer una llamada a no sé qué administrador de no sé qué

negocios que les interesaban mucho. Este anuncio llevó a ambos cónyuges a una larguísima disquisición acerca de si convendría o no hablarle al tipo ése de las acciones de no sé qué compañía, que ambos tenían depositadas no me acuerdo dónde.

Mientras los esposos planificaban la delicada estrategia a seguir, yo, reducido a condición ausente, reparé en que al lado mío había un espléndido jarrón chino de la dinastía Tang, con el que empecé a sentirme extrañamente solidario. Enseguida se estableció una corriente de mutua simpatía entre el chino y yo, a pesar de que detesto las manufacturas exóticas.

En ese momento cesó la deliberación marital, él salió a hablar por teléfono, ella a preparar el whisky, y yo me quedé a solas con mi amigo el mandarín, pero ahí empecé a sentir una difusa amenaza: ¿y si ella entraba ahora trayendo un recipiente con agua y un ramo de flores, y me los encajaba a mí en vez de colocarlos en el chino de al lado? ¡Si éramos casi gemelos!: ¿cómo distinguimos?

Pero no. Por suerte ella volvió con los whiskys, él de su llamada telefónica, y allí transcurrió cerca de otra media hora en que él debió explicarle a su consorte qué le había dicho al bendito administrador y, según la respuesta recibida, qué les convendría hacer con esas acciones de ahora en adelante. Y yo al lado del chino.

Pero al fin termina la deliberación, la señora me planta un vaso de whisky en la mano sin siquiera preguntarme cuántos cubitos, y todos quedamos prontos para iniciar la deseada conversación. Yo abro la boca para romper el fuego, formulándoles una pregunta especialmente original, del tipo: «¿Cómo andan, che, después de tanto tiempo?» O similar. Pero cuando ya tenía la boca preparada se abre la puerta con la mayor violencia, e irrumpen estruendosamente dos fierecitas de cuatro y once años respectivamente.

Los dos se dirigen sin demora hacia sus padres, y les relatan con todo detalle las andanzas de ese día, sin saltarse una sola. Los padres, embobados, los escuchan con arrobamiento, les festejan las estupideces más resonantes y durante las siguientes dos horas la conversación la dirigen los dos gurisitos, centrada exclusivamente en las aventuras de los Rugrats, las hazañas de los Pokemon y las alternativas del campeonato de babyfútbol en el que, como no podía ser de otra manera, participan activamente los dos tipitos éstos.

Una vez más pasé a sentirme excluido, inexistente, y lo peor: cosificado de un modo nuevo.

«Yo le aseguro, señor nuevo psiquiatra, que no tengo nada contra los nenes en general, y que éstos me parecen riquísimos. Lo único que pido es que se reconozca el hecho de que los mayores tenemos intereses y temas dispares, que no se pueden mezclar. ¿Le parece mucho pedir?»

«Advierto, mi estimado nuevo paciente, que usted ignora en absoluto cuáles son las corrientes predominantes hoy en psicoanálisis, en psiquiatría infantil, en el análisis comportamental, y en algunas otras disciplinas de reciente data. Hoy se ha comprobado que los infantes deben integrarse desde muy temprano al mundo adulto, y que si usted los rechaza y los excluye de su trato, eso puede provocarles una fractura expuesta en el Superyó, que andando el tiempo acaso despierte en ellos ciertos...»

«¡Muy bien!», exclamé yo, cortándole el chorro. «Pues entonces, si ellos pueden, los adultos también podemos. Con su permiso, señor psiquiatra».

Salí del consultorio hecho una tromba y me dirigí directamente a la casa de mis amigos. Primero me encaminé adonde se encontraba el nenito de cuatro años jugando con dos o tres compañeritos de jardinera. En el momento en que yo llegué, dos de ellos, que eran extraterrestres, le iban a arrancar los ojos al nenito dueño de casa, que era el terrícola.

Yo me planté resueltamente en medio del trío, y luego de evitar la masacre ocular, procedí exactamente igual a como lo hacen los chiquilines entre los mayores: «Chicos, chicos, ¿qué les parece a ustedes el Mercosur? ¿Creen que la crisis que hoy vive es definitiva? Unos temen que con el Mercosur nos vayamos a fundir, otros

están seguros de que es la única oportunidad que nos queda, en un mundo donde la integración es inevitable. Claro: hay productores uruguayos que...» Y por ahí seguí.

¿Ustedes creen que ellos sonrieron, se regocijaron, me contemplaron arrobados, se plegaron a mi conversación, me siguieron en mi perorata? ¡Ja! Al principio se desconcertaron, creyendo que yo estaba loco de remate, y me miraron espantados mientras yo seguía con mi discurso. Pero al cabo de un momento reaccionaron del primer estupor, y en lugar de alentarme a proseguir, me gritaron todos a una: «¡Andate! ¡No jorobes más, viejo boludígrafo! ¡No nos rompas más no sé qué cosas!», porque los nenes de ahora usan un lenguaje nada metafórico. Y como yo seguía impertérrito con el Mercosur, me echaron a empujones y me tiraron juguetes por la cabeza. Hasta llegaron a escupirme, sí señor. ¡Como si nosotros alguna vez los escupiéramos a ellos!

Pero yo no me amilané después de esta retirada vergonzosa, y enfilé derecho hacia donde estaba el otro monstruito, el de 11 años. Lo encontré reunido con cuatro o cinco más de la misma edad, chicos y chicas. Tenían puesto el tocadiscos a un volumen atronador y, naturalmente, estaban bailando rock y mascando chicles con fanática convicción. Pero justo en el momento en que entré en la habitación, tres muchachitas dejaron de bailar y se arrojaron sobre un varoncito, lo redujeron rápidamente y lo hicieron caer al suelo. La situación tomaba un cariz alarmante, ya que las tres gritaban a la vez como energúmenas: «¡Arriba el feminismo! ¡Viva Fanny ídola! ¡Muera el horroroso sexo masculino!»

Dos de las esbirras sujetaron al machito contra el piso, inmovilizándolo del todo, mientras la tercera se disponía resueltamente a violarlo. Antes de que las cosas pasaran a mayores, resolví intervenir. De un salto me planté ágilmente entre ellos, separé con rotundidad a los contendores, que quedaron estupefactos ante la inexplicable irrupción de un desconocido, y entonces yo, ni corto ni perezoso, comencé mi alegato ecológico: «¡Amigos! Yo creo que en este momento crítico para la supervivencia de nuestra especie, todos debemos tener una conciencia clara de los peligros que conlleva la destrucción sistemática de las áreas del planeta que son esenciales para el funcionamiento adecuado del vasto ecosistema que...»

Pero aquí hube de interrumpir mi exposición al advertir el tono amenazador que iba tomando la expresión de la cara de los adolescentes, que se tornaba más y más asesina a medida que pasaban los segundos. Noté que todos, como movidos por una misma determinación, comenzaron a desplazarse en mi dirección con intenciones que no parecían demasiado ecológicas: se diría que el tema no había hecho carne en ellos, como yo había descontado, tomando en cuenta que la juventud actual no deja de...

«¡Paren, anormales!»

Cuando salí del sanatorio al mes y medio, todavía con muletas y vendado, lo primero que hice fue dirigirme sin demora a la casa de mi psiquiatra. Me subí a un ómnibus que pasaba por la esquina y para mi asombro nadie me dio el asiento a pesar de mi estado calamitoso. Enseguida razoné: «No puede ser: ¡hoy la gente es tan gentil! Lo que debe ocurrir es que mi humanidad se nota cada vez menos. En fija que en todo este tiempo, la cosificación ha avanzado. Ya todos me consideran algo así como un mueble. ¿Pero qué mueble seré?»

Con esa duda encima, me bajé como pude ¡sin que nadie insinuara un solo ademán de ayuda! y me arrastré hasta la casa del psiquiatra. Toqué el timbre y poco después abrió la nurse. Miró para todos lados y, como me suponía, no registró mi presencia. De modo que volvió a cerrar la puerta, pero por suerte me pude colar justo a tiempo. En ese momento, el psiquiatra abrió la puerta de su consultorio y le preguntó a la nurse si no había nadie más para la consulta. «No, doctor, nadie más», le contestó la nurse para mi desesperación. Pero yo alcancé a hacerle unas señas al psiquiatra y por suerte me reconoció debajo de los vendajes.

«¿Ve, doctor, como yo tenía razón? Ya ni su nurse me distingue. Es que no se me ve más. Aquí me tiene, vuelto un objeto», y comencé a sollozar con inmenso desaliento. «Mi única esperanza es que esto sea un mal pasajero, provocado seguramente por...»

«¿Pasajero?», rió destemplado el profesional. «¡Pero no sea iluso, hombre! Entienda que éste es un cambio irreversible, un nuevo giro que ha tomado la idiosincrasia humana. Si usted pretende que todo vuelva a ser como antes, será mejor que agarre una buena silla y que espere sentado».

Al oír estas palabras se me prendió al momento la lamparita. «¡Pero claro!», me dije. «¿Cómo no me di cuenta antes? Ya que debo convertirme en cosa, como todos nosotros, ¿qué mejor que una silla, desde la cual seguir con comodidad el cosificador general?»

Y en eso estoy, como explicaba al principio: avanzando día a día en mi proceso de sillificación. Lo único que me falta es aprender a expresarme como las sillas. ¿Pero de qué hablan las sillas? ¿y cómo hablan?

Me asalta una sospecha horrible, que no me deja dormir: ¿y si las sillas hablan de los mismos temas que los humanos?

Revelaciones de un coleccionista de puestas de sol

Por un juego de circunstancias puramente fortuitas, tuve la suerte de aprender un oficio de cuya existencia ni siquiera estaba enterado. Un oficio que jamás me permitió ganar un peso, eso es verdad, aunque tampoco me sacó ninguno; pero que, en cambio, me hizo adquirir todo un cúmulo de enseñanzas y recetas aplicables a las más variadas prácticas del vivir; hasta las más crasas y utilitarias, como veremos.

La historia comenzó hace un montón de años -no menos de treinta, me parece-, cuando quedé instalado, y no por decisión propia, en el tercer piso de una oficina que tenía una ventana orientada hacia el oeste. Desde allí contemplaba cada tarde, y a mi antojo, el Cerro y la Bahía de Montevideo, tras los cuales, como es bien sabido, se pone el sol todas las santas tardes. De tal manera, durante años y años, vi presentarse ante mí la puesta de sol de cada día; y fue así cómo, casi sin darme cuenta, adquirí el noble oficio de «mirador de crepúsculos». Y en esa profesión me diplomé, hice luego cursos de posgrado, me doctoré finalmente, y hoy me jacto de ser el hombre que más conoce de crepúsculos en este país, y uno de los expertos más calificados en el mundo entero. Respaldo en semejante autoridad, es que intentaré de inmediato disipar el malentendido que, como una maldición y una mácula, pesa sobre las puestas de sol acusadas no sólo de inútiles, sino también de cursis, romanticonas y pasadas de moda, sin ninguna justicia.

A mí me asombra la falta de sutileza que muestra el ser humano cada vez que necesita elaborar un símbolo. Falta de sutileza, o quizás, meramente, pereza mental. El hombre, desde siempre, observó lo que ocurre en el momento del crepúsculo: el sol se sumerge en el horizonte, desaparece, deja de regir y se prepara entonces la organización de las sombras, hasta que al poco rato la noche queda formalizada e imperante. Observó ese eslabonamiento de sucesos y ya no necesitó más: «Ahí tenemos - se dijo - perfectamente armado y desarrollado, el símbolo exacto de nuestra entrada paulatina en la sombra, de nuestra declinación; ¡la muerte, vamos!» Y es así cómo el ocaso carga, desde tiempos inmemoriales, con el fardo de constituirse en la parábola más perfecta del concluir de la vida y del ingreso en la oscuridad.

Un día usted descubre que se está poniendo viejo, que se siente fatigado y declinante. ¿Qué mejor, entonces, que instalarse delante de una aparatosa puesta de sol? Allí la naturaleza le organizará para usted solo la réplica exacta, la fotocopia más fiel de lo que está sintiendo dentro, objetivado - y corroborado - por aquellos telones violáceos y los rayos anémicos de un sol que penosamente se retira detrás de un horizonte de pompas fúnebres.

Yo afirmo, en cambio, que los crepúsculos, debidamente mirados, significan casi lo contrario. «¡Imposible!», se dirá, «no hay otro modo de entender el mensaje metafórico de un crepúsculo! ¡Si rompe los ojos!» Romperá los ojos; ¿pero de cuándo a acá miramos con los ojos? Si mirásemos con los ojos, hoy mismo seguiríamos pensando, tal como pensaban los egipcios, que las estrellas son lamparitas colgadas del firmamento nocturno; o que la tierra, como imaginaban los griegos, es chata como un plato, tal cual se le aparece al ojo desnudo.

Pero el ojo desnudo lo único que hace es proporcionarnos los datos primarios; la que **mira** realmente, la que pone los contenidos y los significados y la carga vivencial es la mente, no el ojo pobrecito y tan poquita cosa. Lo malo es que la mente hereda contenidos y luego logra que la afectividad **sienta** en función de lo que heredó.

Tal es lo que nos pasa hoy: hemos heredado de otros (malos miradores de crepúsculos), el simbolismo burdo, obvio, de la puesta de sol. Y como la herencia nos lo impone, resulta que cuando vamos a contemplar un crepúsculo cualquiera, ya lo presenciamos **de antemano** como declinación y muerte. Le aplicamos, sin ningún análisis, la etiqueta heredada.

Pero quienes se hayan pasado, como me pasé yo, coleccionando crepúsculos durante treinta años, habrán descubierto que los crepúsculos, de declinación y muerte **no tienen nada**. Hablan de otra situación, su lenguaje apunta en otras direcciones y su mensaje dice cosas completamente diferentes. De tal modo, nuestro primer trabajo es retorcerle el pescuezo al viejo simbolismo heredado, romper la costra de rutina mental, y lavarnos los ojos para mirar con auténtica mirada virginal, primeriza, lo que **de veras** nos aporta la puesta de sol.

Esta tarea de fácil no tiene nada. Porque al revés de lo que suele pensarse, **nada lleva más tiempo que lo primerizo**. Lo primerizo no está al principio, sino al final. Lo primerizo - no nos equivoquemos - **es lo que se encuentra último**.

Cuando logré contemplar los crepúsculos con ojos primerizos, con alma primeriza, saltó en pedazos el simbolismo antiguo, se me desnudaron los ocasos y me revelaron preciosos secretos.

Antes de internarnos en estas revelaciones, conviene destruir otro equívoco que nos induce a engaño. Muchos señalarán, con esa miopía que caracteriza a las personas extremadamente cultas, que todo el arte universal, prácticamente sin excepciones, recurrió desde siempre a los crepúsculos para transmitirnos declinación y muerte.

Yo quisiera prevenir a la gente contra los artistas e incitarla a desconfiar del lenguaje artístico. Por cierto que el artista es creador genuino en tantos aspectos fundamentales, pero no en uno: no es creador de símbolos; es **usador de símbolos ya hechos**. Obsérvese que para los fines del artista, pocas cosas hay tan aprovechables como un símbolo ya hecho y aceptado por todos. Por ejemplo, si yo, escritor o dramaturgo o cineasta, quiero hacer sentir que mi protagonista está enfrentado a un momento de declinación o de fracaso, no encontraré recurso más cómodo que colocarlo en medio de un crepúsculo. El lector o espectador va a sentir enseguida exactamente lo que yo necesito que sienta, con un mínimo esfuerzo de mi parte.

Por eso, el símbolo ya hecho, establecido y consagrado, es un aliado inestimable para cualquier artista. Casi que es el alma de su arte (el alma y el arma). ¿Para qué iba a inventar símbolos nuevos, que requerirían todo un proceso previo de entendimiento y de aceptación? Lo mejor para sus fines es apelar a los símbolos al uso.

De tal suerte, el hecho de que el arte haya recurrido en todas las épocas y culturas al simbolismo obvio del crepúsculo, no es prueba ninguna de que estamos ante un símbolo «natural»; en todo caso, abona en favor de la alarmante pasividad simbólica del artista, que no está para esos menesteres.

¡El crepúsculo como declinación y muerte! Para mí, en cambio, es uno de los trabajos más potentes, más orgánicos, más musculosos, que pueden presenciarse en la naturaleza.

En la puesta de sol, el cielo parece reconcentrarse para el gran esfuerzo; la luz se acumula toda en el horno del ocaso, como juntando potencia; el sol se vuelve morado como si lograra su mayor densidad de poderío. Y así, concertados todos los elementos, comienza la impresionante mutación, que es un colmo de energía.

En ese ámbito reducido del oeste donde tiene su fragua cada ocaso, se empieza a transmutar ante nuestros ojos la naturaleza en tremenda torsión. El día, metido en esa cocina, va trocando su mucha luz en innumerable sombra. O sea que el día va mudando su alma y va a salir de allí convertido en un ser diferente. Es todo un trabajo de cíclope: ¡se ha logrado nada menos que parir la noche! Todo un alarde de energía pocas veces visto. ¿Adónde queda lo claudicante, el desangramiento, que se ha querido ver en los crepúsculos? Al contrario: se ve una fuerza colosal, desmesurada, operando allí, una gestación imponente de algo tan gigantesco, tan fuertemente estructurado como es la noche.

Modelar la magna noche no puede ser un trámite de la debilidad, de la deserción, de lo que perime. Es creación descomunal, es arquitectura de gigantes. La noche, lejos de ser adormecimiento, como pretende el simbolismo perezoso y vulgar, es explosión robusta y admirable de acciones cargadas de una vitalidad desmesurada. Si el crepúsculo fuera un órgano anémico, exangüe, no podría parir algo tan resonante como es la noche.

Y aquí aparecen dos enseñanzas de las puestas de sol, inapreciables para los hombres y mujeres serios, traspasados por la pasión del rendimiento y la eficacia en dólares, meta tras la cual corremos hoy todos los hombres de bien.

La primera: señores negociantes de todo pelo y marca, no se dejen seducir en sus graves asuntos por las apariencias primeras que les presentan las cosas. Ante cualquier negocio, rompan siempre la costra del mirar convencional, como acabamos de hacer con los crepúsculos, y sepan llegar hasta la médula limpia, inusada, de las realidades. Así se trate de la transacción más delicada (sobre todo si se trata de la transacción más delicada), extráiganle su signo último y virginal, sin dejarse llevar por ningún esquematismo ni mito establecido.

La segunda lección: si ustedes, hombres serios, son capaces de concertar portentosas energías y concentrarlas en una empresa maniática como es un crepúsculo, no duden de que los resultados llegarán hasta los extremos de la magia más descabellada. Porque si bien se mira, no hay nada más descabelladamente mágico que esa transmutación diaria de contrarios, ese pasar hermosísimo del frenesí del día y de la luz, a las llanuras oscuras, afelpadas y extasiadas de la noche. ¡Cuántas veces un gran negocio consiste en giros y traslados de parecida magnitud!

Pero hay muchísimo más que aprender de las puestas de sol. Quizás lo primero que les descubrí a los crepúsculos a fuerza de coleccionarlos día tras día, fue que su proceder se parece extrañamente a la prestidigitación. Los crepúsculos aman el ilusionismo, disfrutan con el juego exquisito de las apariencias. Tienen un humor juguetón; son eximios jugadores de mosqueta. ¡Y cuántas actividades productivas hay, donde la mosqueta bien jugada decide de un resultado rendidor!

Un ejemplo cualquiera. De repente, el crepúsculo tiene la ocurrencia de atrapar al paso una nube que anda a la deriva; una nubecita de poca monta, gris, sin alma ni temperamento. El ocaso la atrae primero, la arrima luego hacia el foco de su horno, que está encendido con todos sus fuegos, y entonces le vierte un soplo por dentro.

Bastó. Aquella nube boba, sosa, se arrebola toda, se incendia en su interior, y empieza a desplegarse sobre el vasto cielo como si fuera una esplendorosa nave en llamaradas, mostrando sus velas, sus alas, y se remonta entusiasmada, se ensancha por el firmamento tiñendo el agua de la bahía como dominada por una portentosa pasión. Tan sólo un pase de manos hizo el sol poniente, y saltó el prodigio.

Es que el crepúsculo posee en cantidades millonarias los recursos de un eximio prestidigitador. Usa continuamente telones de nubes, que corre y descorre; cortinados ligeros, muselinas leves, gasas etéreas, y las desplaza con sutil habilidad de aquí para allá.

¡Y cómo sabe valerse de efectos de luces variadísimos, que le permiten realzar este sector o apagar aquel otro, según que necesite destacar u ocultar tal o cual figura! Las escamotea primero, las hace reaparecer después. Igual que los magos de varieté. Y lo hace con la perfecta limpieza del más pulcro ilusionista.

Ahora bien; cuando el crepúsculo enrojece o arrebola una nube que era gris, hace con la nube lo que nosotros tenemos que hacer (tendríamos que hacer) con los hechos todos de nuestra vida. Porque la mayoría de los actos en que nos insertamos, nos llegan grises y neutros, como las nubes bobas. Pero pueden arrebolarse, si nosotros nos proponemos soplar un incendio dentro de ellos.

Y aquí otra indicación para los hombres de negocios: un gran negocio es difícil que llegue ya incendiado, ya glorioso. También se aparece gris, neutro como las nubes antes de caer dentro del fogón de un absorbente crepúsculo. Eso que llamamos «gran negocio» es meramente una posibilidad blanquecina. Arrebolarlo quiere decir meterle dentro inteligencia, decisión, coraje, imaginación, atrevimiento. El mejor negociante es el que arrebola más. El gran negocio, capaz de bañar en dólares a quien lo plasma, es una hermosísima nube sonrosada que el negociante compuso con sus habilidades o su genio incendiario. (Y el que no sea un incendiario, que no se meta a hacer negocios).

Un gran amor también procede de este modo. El amor nos llega sólo como posibilidad. Para que esa mera virtualidad se haga efectiva, tenemos que arrebolarla nosotros. Soplar llamas adentro de ese amor para que se infle y se despliegue, y cubra el firmamento de nuestra existencia toda, y lance sus destellos cárdenos sobre las aguas interiores, tal como la nube arrebolada tiñe entera la bahía de Montevideo.

Son numerosísimos los que piensan que en un crepúsculo siempre ocurre lo mismo. Sí, ciertamente: todos los días es un sol que desciende hasta rozar el horizonte, y luego se sepulta detrás de él. ¡Otra vez la observación crasa, el vuelo tosco y bajo! Yo, con mi experiencia crepuscularia, puedo afirmar que cada puesta de sol es una aventura diferente a cada otra; y una aventura, además, de resultado incierto: ¡nadie sabe jamás en qué va a desembocar un crepúsculo! Puede terminar en tragedia o en apoteosis.

A veces, en una espaciosa puesta de sol vemos dibujados en el cielo a dos enormes barcos llameantes, enfrentados. Pero no sabemos si van a combatir o a asociarse, fraternos, en torno a alguna navegación común. Otras veces, lo que aparece es una esplendente catedral edificada con nubes, y tan iluminada, tan señorial en su coloración, que se adivina sin más que en ella están ocurriendo ceremonias magníficas. ¿Pero de qué signo son esas liturgias? Nadie lo sabe.

En otras ocasiones son animales fantásticos los que corren por el cielo; animales purpúreos, arrebatados, que no sabemos si van en persecución asesina o en persecución de amor.

O se recorren de pronto escalinatas que conducen hasta lo más alto del azul, y desde allá se derraman cascadas de pedrerías en ascuas, que pueden convertir en antorcha al Cerro de Montevideo y calcinarlo.

Por eso hay que presenciar en vilo cada crepúsculo, con el corazón en la boca. Nada anticipa su desenlace. Desastre o gloria: ¿quién es capaz de anticipar su final?

Esto debiera enseñarnos -también a los hombres positivos - a vivir alertas cada minuto de nuestra vida, en la seguridad de que no aparecen ni pueden aparecer sucesos repetidos, ni siquiera semejantes. Si no estamos convencidos de ello hasta los huesos, los hechos pueden sorprendernos mal parados: como creemos que la puesta de sol es siempre un sol que se pone, nos desapercibimos, bajamos la guardia. Y entonces sucumbimos. No, no: cada sol que se pone trae su diferencia, su especificidad. Yo propongo que nos metamos adentro de cada crepúsculo (adentro de cada acto vivo), hasta ver cómo resplandece lo exclusivo, lo intransferible que trae. Y ello puede ser un temible peligro; pero también la suprema oportunidad.

Los crepúsculos, por último, son también una admirable lección de convivencia y de respeto por el prójimo. Tienen tanta delicadeza, tanto miramiento con quien se detiene a contemplarlos, que jamás se presentan acabados, completos. Nos piden que los completemos nosotros.

De repente vemos una nube por allá, que «podría» parecer un caballo. Pero también se asemeja a unas chozas agrupadas. El crepúsculo les pone luz, las hace resaltar, pero no decide qué son. Le da no sé qué: ¿cómo nos va a dejar fuera de juego?

Y entonces nosotros miramos y miramos, y al final completamos esas formas, según nuestro leal saber y entender. Yo diré: caballo. Mi vecino dirá: chozas. Un tercero verá soldados en marcha. El crepúsculo jamás se opone.

Así, nos obliga a crear, a inventar, a redondear actos. Formidable lección de respeto: es como si el crepúsculo me dijera «quiero que tú existas». ¡Y me incita a fabricar lo que él es!

Pero además es una lección admirable de convivencia. Porque convivir es eso: creación del uno por parte del otro, mutua creación. Una pareja, si es auténtica, se construye de ese modo: uno va fabricando al otro, lo va completando; y viceversa. Eso supone mucha entrega de parte del que se ofrece a ser creado; y humildad y confianza en lo que su pareja hará. Y en definitiva, un enorme amor: ¡le otorgamos al amado el privilegio de que nos haga a la manera que él elija!

Nadie es nunca un proyecto acabado. Amar a alguien es convocarlo a que venga a completar las líneas del proyecto que uno se ha trazado para sí.

Cuádruple lección, pues, de las puestas de sol: lección de entrega, lección de humildad, lección de convivencia, lección de amor. ¿Qué clase de hombre desdeñaría tales enseñanzas?

Un día tuve que apartarme de aquella ventana del tercer piso que miraba al oeste. Perdí el Cerro, la bahía, las puestas de sol. Me fui a vivir a un lugar donde jamás se veían crepúsculos. Fue un arrancón. Me sentí mutilado. Cada día, cuando llegaba la tardecita, me dolía hasta físicamente la falta de ese lazo hondo. Porque no es fácil, puedo asegurarlo, pasar a ser un hombre descrepusculado.

Pero tuve suerte. Años después, aparecí un día viviendo, como hoy vivo, en un alto lugar que también mira al oeste. Es cierto que hay edificios no menos altos que el mío, que me ocultan la falda del Cerro y la bahía casi íntegra. Sólo me quedó un retacito de horizonte visible, y en ciertas épocas del año es justo en ese sitio donde se instalan los hornos de las puestas de sol.

Cuando reencontré los crepúsculos, después de tantos años, me reconocieron. Nos saludamos, me volvieron a mirar con esa dulzura que sólo ellos tienen. Me trajeron de regalo unos suntuosos cielos cárdenos y violáceos. Y se pusieron a pasarme mensajes emocionados e íntimos, con sus lenguas de color y sus llamadas bondadosas. Llegan cada tardecita y despliegan como un jardín meditativo delante de mis ojos. Y yo recibo, en esa concordancia que hemos renovado, lo mejor de las cosas.

Una derrota en las fronteras de la tentación

Admito que no debe haber nada más fácil que apuntarme acusatoriamente con el dedo a la mitad del pecho y condenarme sin apelación. No cuesta nada ponerse la toga de moralista, fruncir el ceño y dejar caer la sentencia terminante: «No se debe robar». Sólo que la realidad no es tan esquemática como los simplistas suponen, salteándose matices que suelen ser decisivos en casos como el que me tocó protagonizar.

Y todavía el pontificador me clavará sus ojos implacables y sentenciará: «Y robarle a un amigo, ¡eso no tiene disculpa posible!». ¡Como si yo no lo supiera! Me lo he repetido un sinfín de veces: no debe haber nada más bajo, más ruin, que robarle algo a un amigo querido. ¡Ni aunque fuera un fósforo! La esposa, vaya y pase; ¡pero ni un fósforo!

¿Qué clase de conformación moral tiene que tener uno para llegar tan bajo? ¡Y un amigo que había sido generoso conmigo; que me acompañó y me apoyó en momentos que fueron críticos para mí! Y yo voy y... ¡No, no tengo perdón!

Muchas veces me despierto en mitad de la noche, acordándome de aquel momento, y los remordimientos no me dejan respirar. Porque al menos tengo ese atenuante, aunque no amortigüe mi culpa: yo no quería llegar a eso, ¿cómo iba a querer? Pero las circunstancias se combinaron de tal manera que... ¡Y el pobre don Alberto tan ajeno! Ni se le pasó por la cabeza que yo... Y tampoco sospechó mi lucha interior en aquel momento. (Bueno, es verdad que él no estaba frente a mí en el instante decisivo. Lo habían llamado por teléfono de larga distancia. Se marchó a atender la llamada y me dejó completamente a solas con la tentación.)

Me gustaría ver a más de cuatro de los que ahora me condenan, enfrentados a una situación semejante. Todos se sienten muy seguros de sí mismos; se creen a salvo de cualquier claudicación, porque, como dicen llenándose la boca, están firmemente encastillados en sus «sólidos principios morales». ¡Ah, cómo me río de ellos! ¡Los quisiera ver! Les podría asegurar que nadie está a salvo, ¡nadie! La tentación se aparece de golpe, cuando menos uno la espera, y se te prende a la carne. ¿Y cómo arrancártela? Porque bien que nos aturden con el dichoso mandamiento: «¡No robarás!»; pero en cambio no te instruyen sobre cómo librarte de los mordiscones de ese bicho ávido. Y yo allí, sin defensas cuando don Alberto me deja a solas con el deseo; y lo deseado ahí nomás, al alcance de la mano y sin arriesgar nada...

Quizás convenga ir revelando ya quién era este tal don Alberto, amigo entrañable, al que traicioné inicualemente. Me apresuro a decir, sabiendo que se redoblarán las acusaciones, que era un anciano de 92 años. Alto,

delgado, erguido, pero perfectamente lúcido, eso sí; que no se piense que me aproveché de un viejecito chocho. ¡De manera que no hacer tanta alharaca con los 92 años!

Era un señor, lo que se llama un señor. Vestía invariablemente saco sport de casimir inglés, camisa fina con el cuello desabrochado, un precioso pañuelo de seda al cuello: así lo veo frente a mí. Se comentaba que era dueño de incontables propiedades, que su fortuna era cuantiosa, aunque llevaba una vida por demás modesta. No faltaba quien lo acusara de avariento, de mezquino. Es posible. Muchas veces lo vi regatear en ínfimas transacciones, contar con minucia las pérdidas posibles en operaciones de muy poca monta. Y amaba el dinero; o habría que decir, para mayor precisión: amaba **saber** que tenía dinero, aunque no lo ostentara ni lo empleara en darse lujos de ninguna clase.

Don Alberto había nacido en la Argentina, pero de argentino tenía ya muy poco o nada. A los ocho años, su familia se fue a vivir a España, y en España se educó y allí comenzó muy joven una carrera de comerciante afortunado.

Más tarde sus negocios lo llevaron a París, donde se radicó. Vivió allí la mayor parte de su vida. En París lo sorprendió la Primera Guerra Mundial, y después la Segunda. Llevó en todo momento una existencia desahogada, salvo las penurias corrientes en toda guerra, en especial durante los años de la ocupación nazi. Y hasta supo tener problemas con la Gestapo, según proclamaba con orgullo.

Fue un Don Juan impenitente, ayudado por su estampa (que la decrepitud no llegó a afligir del todo) y también, a no dudarlo, por su fortuna sobrada. Las mujeres se le entregaban a raudales. Pero un día se le terminó su donjuanismo porque se enamoró perdidamente de una jovencita parisién, a la que adoró, y se casó con ella. Vivió unos pocos años de perfecta felicidad, hasta que un día la joven se enfermó de un mal que avanzaba inexorablemente. La desesperación de don Alberto fue inenarrable. Cuando al fin su esposa muere, él estuvo al borde del suicidio. Nunca pudo superar aquella pérdida. Muchas veces me mostró la foto de la que fuera su amor: una carita de los años treinta, amable e ingenua. Era conmovedor aquel culto que Don Alberto le seguía rindiendo a los 92 años.

Para escaparle al yermo a que quedó reducida su existencia, tuvo que apelar a recursos extremos: viajes incontables, una vida mundana intensa...y otra vez aventuras galantes. Pero también una cierta actividad culta, pues era hombre instruido: leía incansablemente y en París no se perdía exposiciones, conciertos, teatros...

Cuando concluye la Segunda Guerra, su hermana -único familiar que le quedaba en el mundo- viaja a México conduciendo un contingente de huérfanos de guerra, a los que el gobierno mexicano ha concedido asilo. Radicada en México, la hermana se casa con un mexicano y le escribe a don Alberto alentándolo para que deje París y se vaya a vivir cerca de ella. Luego de mucho dudar, don Alberto accede. Se arrepentirá siempre. «¡Mi ciudad era París!», lo oí clamar, dolorido. «¡Jamás debí dejarla!», se lamentó hasta el último día.

Y allí en México lo vine a encontrar, ya en su declinación. Se había asentado en Cuernavaca, cerca de su hermana que residía en esa ciudad; pero él había preferido vivir en un hotel, el mismo donde yo me radiqué, y al que ya me he referido en otras notas.

Don Alberto y yo nos hicimos entrañablemente amigos. En verdad, yo fui el último afecto que entró en su vida. Nos pasábamos horas conversando, sentados bajo el sol deslumbrador de Cuernavaca, en aquel patio abierto rodeado de plantas y animales, al que ya me he referido.

Como don Alberto era muy lector, solíamos hablar de libros y de autores. En su pieza del hotel había llegado a amontonar una enorme cantidad de volúmenes esparcidos por el suelo o formando pilas desordena-

das contra las paredes. Generosamente me ofreció su biblioteca, y gracias a él pude leer o releer numerosas obras que me sirvieron de compañía y de alimento.

Un día veo venir hacia mí a don Alberto, con una expresión radiante y blandiendo en alto un volumen. «¡Mire lo que encontré ordenando mi biblioteca!», exclamó con alborozo. «¡La obra de un compatriota suyo!: «Tabaré», de Juan Zorrilla de San Martín». Era una edición popular, en rústica (y por lo tanto muy barata, dicho sea de paso, porque don Alberto no era afecto a gastar en ediciones caras). «Voy a tener el gusto de regalárselo». Y así lo hizo.

Pero esa misma tarde -y esto no es ninguna exageración: fue esa misma tarde-, lo veo venir de nuevo hacia mí, blandiendo un libro en alto: «¡Mire lo que encontré ordenando mi biblioteca!: la obra de un compatriota suyo, «Tabaré», de Juan Zorrilla de San Martín. Voy a tener el gusto de regalárselo.» Y me lo regaló por segunda vez. Es que había comprado en distintos momentos dos ejemplares de «Tabaré», y no lo recordaba. El pobre se había puesto completamente olvidadizo, como les sucede a tantas personas de edad demasiado avanzada; y así fue cómo, a la tarde de ese día, ya ni se acordaba que esa mañana me había regalado idéntico libro, en idéntica edición.

Pero no sólo su memoria estaba afectada hasta ese extremo. También su mente, que, aunque lúcida, había quedado cristalizada en un conjunto de pocos temas, que repetía una y otra vez, y en ocasiones con diferencia de pocas horas. Y en eso consistían nuestras conversaciones bajo el sol cuernavaquense: en relatarme él no más de una docena de episodios de su pasado, que volvían siempre, fatal e indefectiblemente. Y encima los contaba siempre igual, con las mismas palabras y en el mismo orden, que no modificaba nunca.

Por ejemplo, me repitió esta secuencia no sé cuántas veces: «Yo me las ingenié, durante toda la guerra, para conseguirme carbón para mi estufa y comida por encima de la cuota que fijaban los racionamientos. Por eso la Gestapo me tenía entre ojos». Y siempre lo desarrollaba en ese orden exacto. Un día se olvidó del final: no dijo que la Gestapo lo tenía entre ojos. Entonces yo lo ayudé, casi susurrándole como un apuntador de teatro: «La Gestapo»... Y él arrancó al instante: «Ah, sí: la Gestapo me tenía entre ojos».

Diré en mi descargo que jamás debe haber habido en el mundo una persona que oyera, como hice yo durante meses enteros, siempre los mismos cuentos sin mostrar el menor signo de impaciencia. Jamás le hice notar sus repeticiones. Y así como él narraba siempre sus temas con la frescura de una primera vez, yo me las ingenié para ponerle cara de primera vez en cada reiteración del relato. Aguanté a pie firme, y lo hice por una sola razón: porque le había cobrado un inmenso cariño. Aunque puedan dudar de ello los que ahora me reprochan mi vergonzoso proceder.

Un día se me apareció sosteniendo entre sus manos una caja de cartón de considerable tamaño. Traía una expresión entre misteriosa y traviesa, que me intrigó.

«¿Sabe usted, señor Schinca, lo que hay dentro de esta caja? ¡Ah, ni se lo imagina! Se va a caer de espaldas cuando lo vea. Prepárese. Fíjese bien».

Levantó con deliberada aparatosidad la tapa, y efectivamente casi me caigo de espaldas: la caja estaba llena hasta los bordes de documentos auténticos de la época colonial. Yo había trabajado un tiempo en el Archivo General de la Nación y estaba perfectamente familiarizado con los documentos españoles de la Colonia. Y éstos lo eran, sin ninguna clase de dudas.

Don Alberto los fue sacando uno a uno y leyéndome sus firmantes: el Virrey de No Sé Cuánto, año 1533; el Capitán General Tal y Cual, año 1540; el Príncipe de No sé Dónde; la marquesa de No Sé Quién; y así durante un larguísimo rato en que yo asistí, deslumbrado, a un esplendoroso desfile de verdaderas reliquias históricas.

«¿Quiere que le cuente cómo conseguí estos documentos?» Y los ojos chispeaban con picardía. «Los compré en París, al día siguiente de la Guerra. La gente, desesperada por conseguir algún franco, los entregaba por nada. Y como a mí, francos era lo que me sobraba...». Y sonreía como un niño travieso festejando su «hazaña».

En verdad, aquellos documentos debían valer una fortuna. Por eso me vino enseguida la imagen de dos «cuervitos» que veía revolotear desde hacía tiempo alrededor de Don Alberto: dos sobrinos que lo iban a visitar con sospechosa frecuencia al hotel y que le hacían arrumacos esperando que se muriera para heredarlo. Sin duda, el día que Don Alberto ya no estuviera, todo ese patrimonio documental, por el que los cuervitos no sentían el menor apego, serían vendidos a coleccionistas privados, que se los comprarían por menos de nada.

De repente, Don Alberto adoptó un aire triunfal y me mostró, levantando muy teatralmente un papel amarillento y medio carcomido. «¿Ve esto? ¡Es la joya de mi colección!» Y como si fuera el anunciador de un show que hubiera llegado a su punto culminante, leyó aparatosamente la firma que lucía al pie del documento: «¡Isabeeeeeel... de Castilla!»

¡Isabel la Católica! Me quedé esperando, incrédulo, a que Don Alberto me alcanzara el papel. No bien lo tuve en la mano, lo examiné ansiosamente. Yo conocía bien la letra de Isabel, por haberla tenido a la vista en numerosas ocasiones, y no me cupo ninguna duda: era su firma auténtica. (Y volví a ver a los dos cuervitos revoloteando ahora alrededor de aquella escritura desvaída).

Contemplé el documento con unción silenciosa, lo acaricié disimuladamente con los dedos y se lo devolví a su dueño. Don Alberto guardó de nuevo a su Isabel de Castilla, cerró la caja, y se volvió feliz para su pieza, llevándose aquel tesoro que había levantado en mí una oleada de emoción...y de deseo.

Pasaron algunas semanas, no sé cuántas. Y una tarde soleada, como todas en Cuernavaca, nos sentamos como dos lagartos a conversar. Hablábamos seguramente del racionamiento de la comida en París durante la guerra, y de la Gestapo que no le sacaba los ojos de encima. Decimoséptima o décimooctava vez que yo recibía, imperturbable, el mismo relato.

De pronto advierto que a don Alberto le pasa un relámpago travieso por la mirada. Ah, ya sé todo lo que viene ahora: Don Alberto se va a levantar (se levantó), enfilará hacia su cuarto (enfiló), reaparecerá con su inmensa caja de cartón (reapareció) y me pondrá cara de picardía (puso cara de picardía). Me armé de paciencia y me preparé a recibir por cuarta o quinta vez en la semana la misma andanada: «¿Sabe usted lo que hay en esta caja?» «No, Don Alberto, no lo sé». «¡Ah, ni se lo imagina! Se va a caer de espaldas cuando lo vea!» Me caí de espaldas cuando lo vi. «El Virrey No Sé Cuánto, año 1533; el Capitán General Tal y Cual, año 1540; la Marquesa de No Sé Dónde», etc., etc. Y yo lanzando exclamaciones de asombro -ah, ah, ah- como si fuera la primera vez que veía esos benditos papeles.

Luego, como siempre a esta altura, Don Alberto levantó en alto un documento de bordes carcomidos. Mentalmente me adelanté a decir por él su parlamento: «¿Ve esto? ¡Aquí tiene la joya de mi colección!» Adopté el estilo de un anunciador de televisión, y proclamé para mis adentros: «Isabeeeeeel de Castilla!»

Y así, por cuarta o quinta vez, tuve en mi mano aquella reliquia querida. Que conste que no soy un coleccionista maniático, ni un amador obseso de antigüedades. Pero debo admitir que ese pedazo de papel me fascinaba. ¡Lo había toqueteado hacía quinientos años una mujer a la que le tocó vivir una circunstancia histórica eminente, un gozne en que la humanidad, por disposición suya, dio un vuelco capital! A decir verdad, yo no la quiero mal a Isabel. Cuando comenzó la explotación sistemática y el destrozo planificado de las civilizaciones americanas; cuando los indios de estas tierras fueron sometidos por Europa y destrozados, ella dictó órdenes precisas de que se los tratara con humanidad y con clemencia. Pero esos dictados de la

soberana, sin duda noblemente inspirados, eran aplicados en América (o no aplicados) por verdaderos hombres de presa, demasiado preocupados por extraer rápidas riquezas y hacerse de dinero y poder, como para reparar en minucias humanitarias. Después, los lobos de España entretejieron intereses con los lobos de América, y para los pueblos americanos fue el cataclismo definitivo. Pero no por la voluntad de Isabel, y sí con su disgusto.

¡Qué fragancia de historia grandiosa y terrible emanaba de aquel pedazo de papel que una vez más sostenía yo en la mano con unción! Parecían escucharse voces, unas autoritarias y airadas, otras lamentosas y dolidas; desfilaban frente a mis sentidos debilidades y ambiciones, suntuosidades y miserias; y cuántos ayes, y cuánta iniquidad, y cuánta voluntad de imperio, y cuánta desolación de esclavizados. Allí estaba, entre mis dedos, aquel final del siglo XV en su maridaje de grandeza y horror.

Y en ese momento, en ese preciso momento, con el final del siglo XV hablándome y deslumbrándome, vinieron a avisarle a Don Alberto que tenía una llamada de larga distancia, que él aguardaba con ansiedad. Don Alberto, nervioso, se puso de pie al instante, se olvidó de su caja y de Isabel de Castilla (y de mí, pobrecito yo) y corrió a atender la llamada.

Yo les pido a mis acusadores que, como se hace en televisión, dejen un momento congelada esta imagen: yo sentado, completamente solo, con Isabel la Católica en la mano. Nadie en las cercanías, ¡ni un alma!

-Escuchame bien, ¿te das cuenta, no?

-¿Cuenta de qué?

-De que estás solo, de que nadie te ve.

-¿Y eso qué? ¿Qué me querés decir?

-Que metés disimuladamente el documento entre unos papeles cualesquiera, y...

-¿Pero qué me estás proponiendo?

-Sería una estupidez no hacerlo.

-¿Que me quede YO con ese documento?

-¡Claro! Nadie se va a dar cuenta.

-¿Pero cómo lo voy a robar a Don Alberto?

-¡Robar! No dramatices. Lo que hacés es sacar ese papel de circulación, antes de que caiga en manos de los dos cuervitos.

-¡Yo no puedo hacerle eso a Don Alberto!

-Pero él ni cuenta que se va a dar. Vendrá todo nervioso de su llamada de larga distancia, ni se acordará que tú tenías en la mano a Isabel la Católica, cerrará la caja, se la llevará a su cuarto, y nunca más se acordará del asunto.

-Cuando vaya a buscar la joya de su colección...

-Ni se va a acordar que tú la tuviste el último.

-No me importa. Don Alberto es mi amigo y yo no puedo despojarlo de algo que él valora tanto.

-¿Pero acaso vos querés este documento para venderlo? ¡No! Lo querés para guardarlo como un tesoro que es. No lo perjudicás en nada a Don Alberto.

-¿Cómo que no? Le saco algo que le pertenece y que él aprecia sobremanera. Es inútil; no me convencerás. Yo no haré una cosa así.

-Mirá que es una oportunidad única...

-No me importa.

-Don Alberto acaba de terminar la llamada y ya regresa. ¡Es ahora o nunca!

-¡Nunca!

-¡Ahora!

Efectivamente, Don Alberto apareció en ese momento. Venía bastante alterado por la llamada, que tenía que ver con no sé qué negocio que no acababa de resolverse. Y pasó lo que era previsible: agarró la tapa, cerró la caja y se la llevó para su cuarto. Ni me preguntó por Isabel la Católica. Se ve que se había olvidado de ella por completo.

Me quedé horriblemente perturbado. ¡Cuánto tormento, qué disconformidad conmigo mismo! Ese odioso documento me había mostrado una cara nueva de mí, me había llevado hasta un límite moral que no me conocía. A partir de ese episodio, empecé a juzgarme de otra manera. Dejé de ser el que era. Ya no me estimé como hasta ese momento. La caja de don Alberto se llevó sepultado un pedazo de mi yo, en el que nunca más podría reconocerse.

A las pocas semanas de este episodio desdichado, Don Alberto comenzó un vertiginoso descenso. Se olvidaba de todo, cometía toda clase de disparates, decía incoherencias. Era evidente que ya no podía vivir solo. Así que su hermana se lo llevó con ella a su casa, una mansión con un parque espléndido en las afueras de Cuernavaca. La última vez que lo vi, no pudo ser más penoso el encuentro: tuve que ver a Don Alberto sentado en un sillón de ruedas, llevado por una enfermera bigotuda y reseca que lo paseaba por el césped. Tenía puesto un sombrerito de sol como de nene. Fue sacudidor para mí ver a aquel gran señor convertido en un gurisito babeante y bobo. Apenas si me miró difusamente, no me reconoció, balbuceó no sé que frase sin ningún sentido. Se lo llevó rodando por el césped la sargentona. Nunca más.

Algún tiempo después me anunciaron su muerte. Fui de noche al salón de la empresa de pompas fúnebres donde lo velaban. El féretro estaba completamente solo. Claro: la hermana ya no podía salir de noche y los cuervitos, con sus esposas, estarían festejando la herencia de Don Alberto en algún restaurante del Centro de Cuernavaca.

Opté por arrimar una silla y sentarme junto al ataúd. Charlamos un rato Don Alberto y yo. Lo escuché por última vez contándome los diez o doce relatos de siempre, y yo adopté mi mejor expresión de conocerlos recién.

Al final, no pude contenerme y le dije: «Mire, Don Alberto, quiero que sepa una cosa antes de separarnos del todo. Usted se va a enojar conmigo con toda razón. Lo voy a decepcionar. Estuve... estuve a un tris de robarlo, ¿sabe? La maldita firma de Isabel la Católica. Tan cerca estuve de cometer semejante latrocinio contra usted, que para mí es como si lo hubiera robado de veras. Créame que me muero de vergüenza. Le ruego que me perdone, si puede».

Don Alberto me preguntó: «¿Pero por qué razón no se quedó con Isabel la Católica?»

«Me faltó coraje en el último momento», le expliqué. «No podía hacerle semejante daño a usted».

Don Alberto se agitó con rabia: «¿Le parece bonito? Ahora Isabel de Castilla ya sabemos adónde va a parar. ¡Si cuando yo volví de hablar por teléfono y cerré la caja, estaba seguro de que usted me había salvado el documento!»

Me quise morir. Sólo atiné a preguntarle: «¿Entonces me absuelve por mi robo moral?» El me contestó: «Pero lo condeno por su tontería. ¡Flaco favor me hizo!»

Y ya no lo escuché más. Su voz se fue alejando, cada vez más neblinosa. Al final se hizo un silencio calmo en la funeraria, una quietud sedosa, como si se hubiera delineado un sitio donde ya no podríamos converger él y yo.

Yo no quedé conforme con su absolución. Me sigo considerando manchado, culpable, aunque Isabel la Católica haya quedado en manos de los cuervitos y no en las mías. Hasta hoy -como indiqué al principio- vivo cargando un arrepentimiento que no me deja en paz.

Sólo que... nunca podré saber con precisión de qué estoy arrepentido exactamente: si de haber cometido un robo moral o de no haber cometido un robo real.

Lo mejor -me parece- será no escarbar demasiado por ahí.

El sabio mandamiento «¡No te mirarás!»

Conviene reparar en un hecho anatómico en el que no es común detenerse. En la parte posterior de nuestro cuerpo, hay áreas que jamás podemos alcanzar a ver con nuestros ojos directamente: de arriba hacia abajo, la espalda toda, los glúteos, la parte trasera de los muslos. En tanto, en la parte delantera del cuerpo, mucho más accesible a nuestra mirada, hay en cambio una única zona que tampoco podremos ver jamás por nosotros mismos; una sola, pero de una importancia psicológica incalculable: nada menos que la cara.

Si queremos conocer nuestra cara, necesitamos recurrir a un artefacto auxiliar, una especie de muleta que nos pondremos delante: el espejo. Si no contáramos con la cooperación del espejo, todos nosotros viviríamos y moriríamos sin haber visto jamás, directamente, el rostro que llevamos.

Esta, que parece una observación trivial, no lo es en absoluto. Está cargada de graves consecuencias. Consecuencias psicológicas en primer lugar; pero habría que decir, también, consecuencias filosóficas. Hasta me parece pertinente preguntarse: ese hecho ilevantable de que estemos condenados a no vernos jamás la cara por vía directa, ¿no estará cargado de un sentido que debiéramos tratar de descifrar?

Porque el no poder vernos jamás la nuca, la espalda, los glúteos, no tiene el mismo peso interior que el no poder vernos la cara. Aquellas áreas es posible que algo trasluzcan de nosotros -como algo traslucirá, supongo, cualquier parte del cuerpo humano-; pero la cara puede decirlo todo. La cara es el área del cuerpo humano que más expresivamente habla del yo que somos. ¡Y jamás lo veremos!

Entonces tengo derecho a preguntarme si la naturaleza, Dios o quien sea que nos «fabricó» tal como somos, no habrá «dispuesto» expresamente que lo principal de nosotros nos quedara vedado. ¿Por qué tanto «miedo» a que nos encontremos con lo más expresivo que poseemos? ¿Qué peligro puede entrañar ese encuentro, ese diálogo con nosotros mismos?, ¿qué daño para nuestra integridad interior?

Quizás por eso, cuando nos miramos detenidamente al espejo, todos tenemos la sensación algo difusa de que estamos realizando un acto no natural. Un acto acostumbrado sí, pero no precisamente natural. Es más: si somos capaces de leer con fineza dentro de nosotros, descubriremos que nos miramos al espejo con una cierta intranquilidad, como si estuviéramos transgrediendo no sabemos bien qué dictados; y hasta puede que veamos aparecer en nuestra conciencia un borroso sentimiento de culpa.

Quizás ello se deba a que ese mandato anatómico fue transgredido. El hombre lo quebrantó. En un primer momento descubrió el espejo -porque de hecho fue un descubrimiento, seguramente sobre una superficie acuática-, y más adelante lo fabricó él mismo con técnicas que fue perfeccionando a lo largo del tiempo.

De tal modo, mirarse al espejo parece tener algo de transgresión, sí. La orden era no mirarnos, pero nos miramos. Nuestro rostro, que debió permanecer por siempre oculto a nuestros ojos, sin embargo apareció.

Merced al espejo, pudimos encontrarnos: nuestra expresión, nuestro semblante, las muecas, los rictus, los mensajes de nuestra mirada, los códigos del reír y el sonreír. El misterio guardado tan celosamente por la anatomía, quedó un día develado por la osadía o la inconsciencia del hombre curioso. Semejante descubrimiento, ¿fue para bien o para mal? Quizás convenga examinar qué le pasó al primer hombre que se miró al espejo.

En rigor, no sabemos, ni sabremos nunca, cuál fue ese primer hombre que se encontró con su imagen reflejada, ni a qué civilización perteneció. Bien pudo ser un hombre remotísimo, prehistórico, el que, asomado a alguna agua quieta, viera aparecer allí su cara, con la sorpresa que es de imaginar. Los griegos crearon para este tema, como para tantos otros, un mito que todos conocemos sobradamente: el de Narciso; la historia del hombre que se encontró con su rostro reflejado en el agua; y es una historia que, significativamente, termina de modo trágico. Tal como si Narciso recibiera un castigo por atreverse a quebrantar el mandamiento «no te mirarás».

Repasemos la leyenda, que tiene en realidad dos variantes (¿o tres?). Pero en ellas encontraremos el mismo sentido de transgresión y el mismo desenlace de castigo.

Narciso, como es sabido, era un joven de una belleza deslumbradora, hijo -según el mito- del río Cefiso y de la ninfa Liríope. Había nacido en Tespis, en la región de Beocia. Las ninfas que lo veían, quedaban indefectiblemente prendadas de él; pero Narciso les respondía con desdén.

Un día, el bellissimo adolescente se asomó a una fuente de aguas tranquilas y se encontró en la superficie con su rostro reflejado. Se extasió ante tanta hermosura y él también quedó prendado de ese rostro, sin adivinar que era el suyo. Transportado por la emoción, intentó acariciar esa cara que lo miraba a su vez con arrobamiento, procuró tomarla amorosamente entre sus manos, pero cuando hundía los brazos en el agua, el rostro se desbarataba y le era imposible alcanzarlo.

Desde ese día, retornó muchas veces a la fuente, esperanzado en volver a encontrar aquella cara bellissima, que siempre aparecía no bien se asomaba. Cien veces intentó asirla, cien veces fracasó. Al final se resignó a contemplarla únicamente y se pasaba largas horas mirándose extasiado. Cuenta la leyenda que, hechizado por aquella belleza inalcanzable, Narciso fue languideciendo poco a poco, hasta que al final murió de tristeza y amor. Las ninfas, al enterarse de la muerte de Narciso, acudieron llorando a tributarle homenajes fúnebres; pero se encontraron con que, en lugar de su cuerpo hermosísimo, había una flor no menos bella que en su recuerdo lleva desde entonces el nombre de Narciso.

La otra versión de esta leyenda se le debe a Pausanias, viajero y geógrafo de la antigüedad, que nos legó numerosos testimonios acerca de la vida en Grecia. Narciso -dice esta variante- tenía una hermana gemela, no menos hermosa que él. Pero la hermana murió y Narciso quedó desconsolado por la pérdida. Cuando se encontró con su imagen reflejada en la fuente, creyó que era el rostro de su hermana muerta, y que ésta venía a encontrarse cada día con él. También en esta versión, Narciso retorna una y otra vez a la fuente, prendado de aquella imagen, hasta que -como en el relato anterior- termina languideciendo de amor y finalmente muere.

Podemos hacer tres lecturas (más bien que dos) de este mito trágico. Pero en las tres nos encontramos con dos idénticos componentes: la transgresión y la muerte.

En una primera interpretación, Narciso se enamoró de sí mismo (es ésta, claro está, la versión más difundida), en cuyo caso incurre en auto-erotismo: un desmedido amor por su propia persona. Pero también podría entenderse que Narciso no advierte que esa cara que ve surgir en el agua es la suya propia, ya que jamás la había visto; y pudo suponer que era otro joven el que lo miraba, del que se enamora perdidamente:

versión homosexual. Y en la tercera lectura del mito, la de Pausanias, estaríamos ante un amor incestuoso por su hermana.

En cualquiera de los tres casos, lo que encontramos es la transgresión a normas establecidas, a la moral aceptada. Culpa y castigo. El mito vendría a confirmar así el dictado implacable: quien transgrede el mandato de no mirar su rostro, será castigado.

¿Y nosotros? ¿También somos castigados por mirar nuestro rostro? ¿Lo seremos?

A mí a veces me da por preguntarme si esa especie de mandamiento natural, anatómico, que nos impide mirarnos directamente la cara, no tendrá un sentido aleccionador. Obsérvese que, dado como tenemos colocado el rostro en nuestro cuerpo, nosotros no aparecemos nunca: aparece todo lo demás; aparecen los otros hombres, las criaturas que nos rodean, las cosas que pueblan nuestro contorno, los paisajes que lo enmarcan. De no ser por los espejos, lo único que tendríamos a nuestro alcance sería lo externo, lo que ocurre fuera, pero no el yo, nunca el yo. ¿La anatomía no habrá querido prevenirnos de que el sentido último de la existencia consiste, no en quedarnos apegados al yo, como hizo Narciso, sino en volcarnos fuera de nosotros mismos, hacia el Otro? Como advirtiéndonos que el polo capital de nuestra existencia ha de residir en el mundo, no en el yo; en la otredad, no en el yoísmo.

O acaso también se nos advierta que desmesurar el yo conduce a su aniquilación, como le pasó a Narciso. Es correcto que el yo nos ocupe (nos pre-ocupe), puesto que no tenemos otro patrimonio que ese yo, ni vivimos otra aventura que no sea la de ese yo puesto en el mundo. Pero desmesurarlo, no. Achicar el mundo para privilegiar el yo, eso nunca. Es cierto: vivir consiste en estar el yo **en** el mundo, y **con** el mundo; pero ha de ser un yo que apunte hacia el mundo, hacia lo otro. La lección anatómica lo está proclamando: una anatomía que nos esconde la cara y nos dirige claramente hacia lo externo. Reparemos en la nariz colocada en mitad de nuestra cara: ¿no parece un dedo señalando la dirección que debemos seguir? ¿no nos está diciendo: «hacia fuera, hacia el mundo siempre»?

Pero vino el espejo, la tentación fue invencible y desobedecimos el mandato. ¿Qué nos espera ahora; qué consecuencias trae haber querido mirarnos la cara que la naturaleza nos mantenía oculta?

Cuando nos miramos al espejo, no es la nuestra una mirada furtiva, errática, «aleteante». Al contrario: se diría que anclamos con la mayor fuerza en esa mirada, que quedamos como atrapados por nuestra imagen, y en particular por nuestros ojos. La presencia de nuestro rostro ejerce sobre nosotros una fascinación invencible. Hagamos la prueba: en una reunión, en una conversación entre varios, pongamos un espejo directamente enfrente de cualquiera de los interlocutores, no importa cuál, ni cómo sea su psicología. Lo veremos al instante echar miradas permanentes al espejo mientras habla o actúa. No lo puede evitar; es más fuerte que él. Y en esto no hay excepciones. Nuestro rostro delante de nosotros es un imán irresistible; se convierte en una especie de sol, pasa a ser como el centro magnético del mundo. Así estemos con la persona más atractiva, conversando del tema que más nos apasione, nuestra cara plantada delante de nosotros sobrepuja a todo otro interés posible.

¿Tiene esto algo que ver con la belleza, como en el caso de Narciso? No, en absoluto. Puede que tengamos conciencia de ser feos, feísimos; aún así, quedamos soldados a la imagen que miramos en el espejo (o que nos mira desde él). ¿O será que, aún reconociéndonos feos, estamos enamorados de nosotros mismos y nos deleita encontrarnos allí? Es posible, sí, que nos amemos, pero no creo que resida en ese sentimiento la fuerza descomunal que nos obliga a mirarnos. Pienso más bien que lo que nos fascina -y nos fascina hasta la

hipnosis- es la «presencia-ahí» de nuestro rostro, es decir de nosotros mismos. Ahí en esa cara que me mira, que me escudriña atentamente, está afincado el yo, está el que soy. Literalmente estamos cara a cara. La imagen y yo. O más propiamente: yo y yo.

No obstante... ¿será así realmente? Ese yo que me mira, ¿será el yo tal cual es, el yo sin engaños? A lo mejor, esa cara que me mira desde el espejo intenta hacerme creer lo que no es. Me miente, viene disfrazada. Y además (¡qué tormento!), ¿yo miro realmente a mi imagen en el espejo; o es mi imagen la que me está mirando de manera insistente? Y en ese caso, ¿qué busca en mí, qué me pregunta? ¿qué espera que yo le diga? Porque es un diálogo: dialogamos el yo de la cara y el yo de la imagen. ¿Pero será un diálogo? ¿No será más bien un jugar a las escondidas? ¿O una batalla muy secreta, que no entendemos a cabalidad?

Pero además sucede -para despistarnos todavía más- que cuando nos miramos al espejo, asumimos casi siempre una expresión fija, grave. Nos ponemos una cara inmóvil, congelada en una especie de «pose» de invariabilidad. Pero tenemos que aprender que la cara inmóvil es fácilmente engañosa, y que su capacidad de transmitir puede no corresponderse con la cara gesticulante. A veces la cara inmóvil transmite determinada expresión; pero no bien comienza a moverse y llegan los gestos, el contenido que antes trasuntaba cambió por completo.

Los gestos, claro está, son mucho más elocuentes, más reveladores que la cara fija. En la cara inmóvil juegan sólo los rasgos que nos puso la naturaleza; la gesticulación, en cambio, la agregamos en alta medida nosotros, le sobreimprimimos nuestros sentimientos, nuestras reacciones emocionales, nuestras ráfagas instintivas, y por eso mismo presentamos mucho más a las claras lo que nos pasa, y en definitiva lo que somos.

Pero todavía nos falta agregar un alerta: también de la gesticulación hay que cuidarse, si queremos descubrir la verdad última que se guarda en un rostro. Porque la gesticulación puede ser gobernada, manejada a voluntad, al menos hasta cierto punto. Hay personas que en la vida, y sin saberlo tal vez, son excelentes actores o actrices; y como tales, dominan su cara, gobiernan sus gestos, y les hacen decir lo que ellos quieren.

Por eso se debe desconfiar siempre de la gesticulación **tranquila**. Porque mientras el dueño de la cara se siente tranquilo, está centrado, puede gobernar sus gestos. Muy diferente es la gesticulación **alterada**. Si esa misma persona, en determinado momento, llega a alterarse emocionalmente, pierde el control de sus movimientos faciales, deja de gobernarlos y entonces aparecen -transparenten- otras expresiones que, por estar fuera de control, resultan más genuinas, más directas o espontáneas. Es que se le desarmó el aparato de presentarse, se quedó privado de máscaras o de defensas prefabricadas.

Así resulta por demás difícil que podamos llegar hasta nuestro fondo verdadero a partir de una cara examinada en el espejo, por minuciosa que sea la inspección. Siempre nos preguntaremos: ¿pero nos estará mostrando esa cara lo que de veras es?

Sin embargo, ¿cómo pensar que nuestra cara reflejada podría mentirnos? ¿Acaso podría tener secretos para nosotros nuestra alma, plasmada en ese rostro que vemos? ¿Quién se puede conocer mejor que uno mismo? No obstante, ese intensísimo magnetismo que ejerce sobre nosotros nuestra imagen, a mí me hace sospechar que no estamos tan seguros de conocer lo que de veras somos. Quizás todos presentimos que el yo es mucho más de lo que podemos ver a simple vista; ya sea con los ojos de la cara, ya con los ojos interiores. Resulta tremendamente perturbador intuir que somos mucho más de lo que vemos que somos; como si lleváramos vivos dentro de nosotros otros yo, y otras áreas del yo que se nos escapan.

Y algo más angustiante, todavía: ¿no nos estaremos ocultando algo a nosotros mismos, deliberadamente? Nuestra cara en el espejo, ¿no será una máscara que nos ponemos para despistarnos, para impedirnos llegar a la verdad de lo que realmente somos?

Porque tengamos bien presente que el papel de toda cara es doble. Por un lado **expresa** (y es lo más expresivo que tenemos); pero por otro lado puede ser un muro infranqueable. ¿Quién penetra en una cara que se proponga ocultar los sentimientos, el verdadero ser?

Por eso nos miramos tan fijamente en el espejo. Queremos descubrirnos, llegar hasta nuestro fondo. Y encontremos lo que encontremos, siempre nos va a parecer que puede haber más, y que esa cara que nos muestra el espejo nos esconde cosas, o nos las cambia, o nos desvía del blanco debido. Corremos, y correremos siempre, detrás de nosotros, ilusionados con que le vamos a arrancar la verdad última a nuestra cara. Y nuestra condena, nuestro castigo por la transgresión, quizás consista en no poder saber nunca jamás qué sabe de nosotros el espejo, qué se guarda para siempre esa imagen huidiza que nos vemos.

Alguna vez me he preguntado: qué pasaría si mañana, de golpe, se rompieran todos los espejos del mundo. ¿Seguiríamos siendo los mismos? ¿Qué ganaríamos, qué echaríamos de menos?

Pienso que al principio nos sentiríamos huérfanos y perdidos. Tendríamos la sensación angustiada de haber extraviado la pista, el hilo, de nuestro ser más íntimo. Pero también creo que, pasada la desazón inicial, inauguraríamos poco a poco una nueva relación con los demás y con el mundo.

Por lo pronto, deshecha la fascinación de nuestro rostro, aprenderíamos a buscar al hombre en los demás, y eso mismo nos obligaría a hacernos mucho más psicólogos. Para aprender lo que es el hombre, nos volcaríamos hacia los otros, no tanto hacia nuestra interioridad. Les descifraríamos más perspicazmente sus signos, sus códigos expresivos, y así enriqueceríamos nuestra visión de lo humano y conoceríamos más a fondo sus máscaras, y hasta sus muros.

Y en cuanto al conocimiento de nosotros mismos, dejaríamos de hurgar maniáticamente en el propio rostro -que enseña mucho menos de lo que creemos-, y nos buscaríamos en nuestros sentimientos, en nuestras intuiciones; y ello equivale a decir que nos haríamos buceadores mucho más avezados de nuestros mares interiores.

Sin embargo, yo creo profundamente en lo que parece una paradoja: que no es por la vía narcisista del auto-examen como nos podremos encontrar a fondo, sino al revés: ahondando sin descanso en los otros, y en lo Otro. Allí, únicamente allí, podemos realizarnos, colmar nuestro ser; **vern**os por fin, ahora sí, en plenitud. Los otros, lo Otro, ¿no serán en definitiva nuestro espejo verdadero, el único posible?

Tal vez por eso, entonces, se dispuso que no pudiéramos vernos jamás la cara con ojos directos. Tal vez por eso -lo decía antes- llevamos la nariz asomada tan hacia afuera de la cara, tan alejándose de nosotros, como si oficiara de dedo encargado de señalar la riqueza del mundo. «¡Por allí!», parece que nos va diciendo.

Y nosotros tendríamos que hacerle mucho más caso a la sabia nariz, aunque solemos verla como un órgano craso y vulgar, del que no esperamos tan alta clase de aleccionamientos.

Tres divagues en torno al dormir sin soñar

Hace no sé cuántos años que me desvivo por averiguar qué le ocurre al ser humano cuando duerme sin soñar. Lo otro, el dormir soñando, ya no ofrece, comparativamente, tantos misterios: sabemos bien que el plano consciente queda como «apagado», pero la actividad inconsciente se mantiene activa, activísima, cumpliendo una función de la mayor importancia para nuestro equilibrio psíquico. Pero este «dormir soñando» ocupa apenas unos pocos minutos en el total del dormir, según muestran investigaciones de laboratorio que no dejan lugar a dudas. En el resto de la noche, y por largas horas, dejamos de soñar y pasamos a un estado enigmático, que es el que excita mi curiosidad.

¿Qué nos pasa, con exactitud, ahora que nuestro inconsciente también «se apagó»? ¿Dejamos por entero de psiquear? ¿Quedan remanentes de actividad psíquica? ¿Cuáles? ¿Cómo se comportan?

Ante estas curiosidades que se me volvieron acuciantes, intenté lo único que tenía a mi alcance: preguntarle a la Ciencia qué había averiguado al respecto. Y la Ciencia me contestó -si no le entendí mal- que es poco o nada lo que ha avanzado por este misterioso camino. Tal declaración de desconocimiento, a mí me deja las manos libres para proceder por mi cuenta. Entendamos: no es que pretenda emprender investigaciones propias, ya que carezco en absoluto de versación para intentarlo siquiera. Pero es que reivindico para el hombre común -que eso me jacto de ser- un derecho que no suele reconocérsele: el de lanzar libremente hipótesis, o mejor divagues, o aún meras fantasías, sobre temas que golpean a las puertas de su interés intelectual. Eso sí: a condición de que lo haga sólo cuando la Ciencia -como en este caso- no tiene nada que aportar sobre la materia; y con el compromiso formal de no pretender erigir en verdad fehaciente lo que no es más que paseo gratuito de la mente.

Sin embargo, antes de dar por inaugurados mis divagues en torno a un tema tan incitante como el del dormir sin soñar, quisiera dedicar algunas líneas a reivindicar el valor de la pura especulación paseandera y sin fundamento, los fueros de la mente libre y trotadora; mostrar que el recorrido gratuito de la imaginación puede abrirle horizontes y perspectivas inestimables al pensar humano, y alguna vez ayudarlo a fundar luego indagaciones más consistentes. La historia de la cultura humana es pródiga en ejemplos donde se produjeron anticipaciones sin basamento racional bastante, y que sin embargo dieron en el clavo mucho antes de que llegaran a ese mismo punto, sofocadas y tardías, la ciencia o la filosofía.

Habría que empezar por dilucidar, eso sí, si es que utilizamos siempre la mente como es debido.

No hablo de lo que suelen afirmar, yo creo que con razón, los entusiastas de la parapsicología y otros desvelos afines: que nuestra mente es dueña de facultades y poderes que aún se encuentran en demorado embrión, y que nos permitirían alcanzar logros insospechados. No: estoy mucho más acá de esa posibilidad potencial. Me refiero apenas al manejo cotidiano y pedestre que hacemos de nuestra mente, y afirmo entonces que hemos convertido a un instrumento de riqueza fabulosa en un dispositivo pusilánime y acobardado. Nos hemos acostumbrado a llevarla ceñida a nuestro flanco, embridada, constreñida a cumplir funciones subalternas -propias de personal de servicio-, a desplazarse entre góndolas rígidas como éstas de supermercado, por donde la obligamos a caminar como autómatas sin apartarse nunca de esos insulsos carriles que le prefijamos.

Para empezar, solemos someter a nuestra mente, por las buenas o por las malas, a los dictados de la lógica. No es que la lógica sea tóxica en sí misma, y hasta resulta utilísima para unas cuantas operaciones mentales con tal que sean de superficie; pero en cambio es, si no funesta, inservible para las de algún calado, que son las más. Y hay que andar muy precavidos ante la lógica y manejarla con mucho tiento, porque tiende a convertirse en la burócrata de nuestras facultades, y como todo burócrata, pretende que cuanto cosa toque se burocratice. Y hay procesos mentales -yo diría que la mayoría- que rechazan cualquier burocratización, porque si los «logicizamos» se desangran y petrifican a poco andar.

Nuestra mente se resiste visceralmente a que le apliquen pretales, encorsetamientos, regimentaciones. No acepta el rigor impuesto porque es de naturaleza anárquica (contra lo que algunos pregonan), y de pronto le vienen como arranques imprevisibles y divagantes en las direcciones más insólitas, bajo el impulso de una incontrolable pulsión caótica. ¡Cuántas veces, si fuera por la mente, saldría gozosamente desbocada, para desmelenarse por esos andurriales del universo a la buena de Dios! Pero nosotros le clavamos los frenos, la paramos en seco; y son tan fuertes y repetidos los sacudones de nuestros sofrenazos, que al final la malaventurada termina entendiendo que le conviene más andar al tranco, y ésa será su marcha resignada. Pero lo grave es que ese tranco tristón se vuelve también nuestro paso mental de cada momento.

El maltrato habitual que le infligimos a la mente se manifiesta de otra manera no menos penosa: le exigimos que rinda todo el tiempo, que nos aporte a cada paso algún provecho. Y no reconocemos la que es una de sus vocaciones más preciadas: funcionar sin servir a ningún fin, dedicarse a bogar a la deriva, llevada por vientos erráticos. ¡Ah, qué bien conoce la mente el placer de navegar por el navegar mismo, la fresquísima y deleitable fruición de actuar (de ser) sin objeto alguno!

Lamentablemente nos han enseñado a despreciar a lo inútil bajo la acusación de «inservible» (¡como si hubiéramos venido a la vida para servir!). Lo que no es útil, ¡qué diablos! , no es. Se nos ha inculcado una óptica de almaceneros minoristas: lo que importa es el rendimiento, la eficacia. Seamos francos: la ganancia, el provecho contante y sonante.

Pero yo observo que la vida (y tal vez es lo que la salva) suele ser pródiga en inutilidades, abunda en objetos, seres y sucesos que no sirven para ganar dinero, o posiciones, o poder, pero que son insustituibles. A ver: ¿para qué sirve el color violeta? ¿qué rendimiento deja el horizonte? ¿qué rédito produce una nebulosa? ¿cuántos peldaños nos hace subir en la escala social la espuma que va ufanamente montada arriba de la ola (o de la cerveza) ?

Pobres de nosotros si no nos damos cuenta a tiempo de que hay dimensiones decisivas de la mente que son eminentemente lúdicas. Afirmo más: que la mente, en su mecánica, es mucho antes lúdica que utilitaria. Pero nosotros le hemos amputado toda dimensión de juego, de gratuidad. (Por eso la mente anda muchas veces triste; como andaría triste un deportista nato a quien no se le permitiera mover a gusto su musculatura).

Confío en que algún día se incorporará a la enseñanza de la escuela o del liceo una asignatura obligatoria que se denominará algo así como «la mente jugando». En ella no se impartirá conocimiento alguno; sólo servirá para aplicarle a la mente juegos libres, manejos inutilitarios. Eso sí, se le inculcará al alumno que debe otorgarle a su mente la soberana libertad de jugar sin restricción alguna, y se lo adiestrará en ejercitar la «inútil» práctica de permitirle avanzar por las pistas de despegue que ella misma elija (así contribuiremos a formar una humanidad por fin desvariante, que tanta falta nos hace).

Algo así me ocurrió con este asunto del dormir sin soñar. No bien la Ciencia tuvo la franqueza de informarme que, lamentándolo mucho, no podía aportarme esclarecimientos válidos sobre el tema, no demoré ni un minuto y corrí exultante al encuentro de mi mente en su celda para comunicarle: «Ahí tenés un campo tentador para salir a corretear a tus anchas. Galopá por donde se te ocurra y todo el tiempo que quieras. Algo quizás extraiga yo de tus desenfrenos».

Y por cierto la mente no desaprovechó la invitación. La vi encenderse con la pasión del caos, salir a la intemperie liberando las crines, y así, piafando de entusiasmo, lanzarse a recorrer mil llanuras que la tentaron, sin preocuparse por retribuirme con premios de certezas ni ganancias de caja registradora.

Y ahora sí vamos al tema del dormir sin soñar.

Cuando tratamos de imaginar cómo funcionaría el dormir sin soñar, la idea que primero acude a nuestro entendimiento es la de que la persona en esa situación se halla psicológicamente inactiva, puesto que tiene «desenchufado» el plano consciente y también el inconsciente. Cesación completa, pues.

Sin embargo, en este punto que parecería indiscutible, la mente me vino a susurrar algunos primeros divagues que no me pareció conveniente desechar de buenas a primeras. ¿Y si hubiera en el dormir una actividad inconsciente que no generara sueños? ¿si soñar fuera tan sólo una de las funciones del inconsciente en ese estado, pero no la única? No se ha detectado, que yo sepa, ningún indicio que nos avise de esa otra dimensión no onírica de la actividad inconsciente durante el dormir; pero ello puede indicar tan sólo ignorancia transitoria por insuficiencia de la investigación.

La mente, entonces, se solaza en seguir trotando en la dirección que traía, e imagina que en el dormir sin soñar no habría quietud, cesación, sino actividad. El durmiente no estaría en estado de «no», sino de «sí». El yo aprovecharía ese estado para entablar contactos en profundidad con territorios fundamentales del ser, a los que no tendríamos acceso ni en la vigilia ni en el sueño. Acá no puedo menos que fruncirle el ceño y llamarla al orden: «Me parece demasiado abstruso eso de **territorios fundamentales** y de **contactos en profundidad** con ellos. ¿De qué estás hablando? Mirá que no podemos permitirnos vaguedades ni formulaciones difusas, tan propias de la inclinación natural de tu funcionamiento. Nuestros enemigos, los hombres serios, no nos perdonarían».

En respuesta, la mente no demora en presentarme con alegre suficiencia algunos divagues deportivos que se le habían ocurrido. Varios de ellos, a decir verdad, me resultan por demás seductores. Pero no me dejo tentar por esas golosinas del pensamiento, y decido quedarme con tres, que le abrieron portales incitantes a mi imaginación y me hablaron de experiencias que me son particularmente caras. ¿Y si algo de esto ocurriera realmente?

Divague uno. Me señaló la mente, en este primer jugueteo, algo con lo que no pude menos de concordar: en nuestra actividad de todos los días, no hacemos caso alguno de lo que son, sin embargo, dos fuentes hondas de las que provenimos, pero que omitimos reconocer con desaprensión inexplicable. En efecto, no ocupa ningún lugar en nuestras preocupaciones habituales, ni nos parece necesario destinarle ni un chispazo de pensamiento, al vínculo hondo que mantenemos con lo viviente, y el más hondo todavía con lo inanimado. ¿Cómo desconocer, sin embargo, que lo vivo y lo inanimado conforman juntos la matriz última de lo que somos? ¿Podemos saltarnos así como así esa conexión oscura con lo que nos constituye? ¿Es legítimo actuar y pensarnos como si no perteneciéramos al «club» de lo viviente -nietos de lo zoológico, bisnietos de lo vegetal-, o a la grey de lo inanimado, que llevamos en nosotros en forma de átomos, minerales, sales, sustancias químicas y quién sabe qué otros ingredientes que ignoro? A la verdad, hemos roto toda atadura consciente con tales raíces, no reconocemos ningún parentesco con ellas, al menos en vivencia.

Pero cuesta imaginar que el ser humano pueda sostener en alto su naturaleza y entera su identidad de fondo, sin conservar una corriente asidua de intercambio con esas nutrientes pre-humanas de donde proviene, manantiales activos que aún siguen manando en el subsuelo de su condición.

Y como no alcanzamos a percibir qué parte de nuestra humanidad se ocuparía de esos menesteres de hondura, la mente se atreve a aventurar una hipótesis-juego que resulta difícil desautorizar: esa tarea se cumpliría a ciegas durante el lapso oscuro del dormir sin soñar. El yo «bajaría» a realimentarse cada día en nuestras raíces subterráneas pre-humanas. Tal sería el dormir sin soñar: una incursión -mediante mecanismos que nos son desconocidos hoy- en las aguas originales de lo viviente y de lo inanimado, traspasando las fronteras de lo específicamente humano. De ahí la necesidad diaria -concluye la mente intrépida- de «apagar» al máximo nuestra naturaleza.

Así mantendríamos encendida nuestra conexión necesaria con lo que nos constituye más allá de lo humano, a la vez que consolidaríamos la unidad y continuidad indispensable con nuestros orígenes.

Divague dos. Mi mente oyó mencionar en infinitas ocasiones, aunque lo recibió siempre con escepticismo y perplejidad, a esa entidad bien conocida que suele denominarse «el inconsciente colectivo». Todos intuimos de qué se trata, aunque nadie ha podido establecer con precisión si existe realmente, en qué consiste, cómo funciona, y si mantiene alguna forma de conexión viva con cada uno de nosotros.

La noción de inconsciente colectivo, parece, como hipótesis, más que aceptable, pues uno piensa que si la experiencia del yo se redujera a lo que podemos recoger individualmente en nuestro contacto con el mundo y con los demás, el resultado sería increíblemente limitado y parvo. ¡Es por demás dudoso que ningún hombre pudiera sobrevivir atenido únicamente a ella!

No podemos menos de pensar, por lo tanto, que debe existir algún mecanismo que nos permita trascender la exangüe experiencia individual, y complementarla con vivencias de riqueza incomparablemente mayor, que nos permitan sobrepasar los límites tan estrechos del yo. La idea del inconsciente colectivo provee, pues, una explicación convincente de esa complementación indispensable: cada individuo sería capaz de beber en la experiencia conjunta de la especie, y recoger en ella vivencias de proyección más universal, que ensancharían extraordinariamente los ventanales de su vivir.

Pero de hecho no sabemos siquiera si somos capaces de establecer alguna conexión con el hipotético inconsciente colectivo, y mucho menos de qué mecanismos podríamos valernos para extraer de él las riquezas compartibles de lo humano. Por fortuna, la mente navegante no se arredra ante obstáculos, y acude solícita para hacerme imaginar que quizás, cuando dormimos sin soñar, lo que haría nuestro yo sería «salirse» de ese cuerpo apagado y de ese psiquismo apagado, para ir a establecer contacto con los limos colectivos de la

especie. Esa inmersión diaria -insiste en aventurar la mente- nos sería indispensable para cargar y recargar nuestra individualidad con vivencias tomadas de lo común de lo humano. Y sería en esos momentos del dormir sin soñar, cuando el inconsciente colectivo nos trasvararía desde lo hondo las experiencias supraindividuales que nos hacen falta para completar y enriquecer la parvedad de nuestro yo aislado.

Divague tres. En esta tercera propuesta que me trae la mente, entramos en un terreno que habría que llamar «religioso». Pero religioso dicho con un alcance significativo muy vasto, que cada cual adaptará a sus ópticas y creencias personales, y que está más allá de iglesias y parroquias.

Pretende la mente -y se la puede acompañar en su parecer- que la existencia humana no alcanza su más valedera dimensión si no se proyecta hacia una vivencia de globalidad, de unicidad, que trascienda al yo y lo haga consustanciarse con una entidad mayor y totalizadora. Unos hablarán de Dios, o del Todo, o del Uno (y no faltará algún fantasioso aislado que le invente un nombre y lo llame Eis). Hay hombres «techados» como hay culturas «techadas»; esto es, que prescinden de esa proyección hacia algo más alto y se conforman con no salirse del molde humano (la cultura de los cinco últimos siglos en Occidente -racionalista, positivista, científica, utilitaria- ha sido en importante medida una cultura «techada»; pero hoy abundan signos de que está caducando este cerramiento, y que empieza a abrirse paso una cultura de signo opuesto, aunque recién nos llegan algunos vislumbres de esa nueva cosmovisión que quiere tomar forma).

Para ese hombre no techado -esto es, de temple religioso en su sentido más amplio-, hay una experiencia insoslayable, que consiste en la consustanciación con esa entidad superior a la que lleva referido su ser. Y para ese hombre de natural religioso, una vivencia así necesita ser renovada, re-vivida, asiduamente, porque constituye como un sostén alimenticio para mantenerse en la órbita vivificadora de la trascendencia. Entonces -me sopla la mente deportiva- habría que preguntarse si ese dormir sin soñar no abrirá el camino y proporcionará el vehículo para que esa vivencia de conjunción con la totalidad plasme y se consume en plenitud. Allí ocurriría el ascenso del yo hacia esa comunión con la entidad superior, Dios, Unicidad, Globalidad, (Eis), o como se lo nombre.

Nuestro ser, a pesar de ese cuerpo que se diría apagado, no obstante ese psiquismo que parece no funcionar, «saldría» a la búsqueda de ese polo trascendente con el que consustanciarse, y así renovar la vivencia de mayor altitud y calado que al hombre religioso le es dado experimentar.

Tales los tres divagues en que preferí anclar, exploraciones juguetonas de la mente, que si bien miramos, no se excluyen entre sí, y podrían darse aunadas y simultáneas. Ciertamente, ningún saber científico abonará la seriedad de estas meras hipótesis; pero atención: ningún saber científico podría tampoco invalidarlas hoy. Allí queden.

Dos razones distintas -pienso- me llevaron a aceptar, por sobre otros, estos tres juegos gratuitos de la mente librada a su arbitrio. Por un lado, yo no puedo soportar la idea de que pasemos la tercera parte de cada día -que es decir la tercera parte de nuestra existencia toda-, sumidos en suspensión casi completa del vivir, en situación de nada, o poco menos. ¡Un tercio entero de nuestra vida en estado de tablón! Pero como yo no creo que el ser humano pueda ser un tablón, me resisto a la idea de que el dormir sin soñar sea como el ensayo general de la nada absoluta. Algo debe seguir ocurriendo en las profundidades, aunque sea fuera de nuestra vista, más allá del opaco reposo o del mantenimiento al mínimo de las funciones vitales.

La segunda razón me resulta más poderosa todavía. Yo creo profundamente que sea cual sea la condición última de lo humano, ella exige como mínimo un hombre completo, plenario; hombre desde las raíces hasta el

follaje. Pero pienso que nadie puede ser completo y plenario, si no refuerza y cultiva su hondísima ligazón con los fondos que vienen desde más abajo de lo humano, desde las bases primarias del ser, vivientes y no vivientes; y que no se puede ser plenario sin una comunicación muy viva, muy nutricia, con los trasfondos de lo colectivo, con la riqueza completa de la especie; y muchísimo menos se podrá ser plenario si no nos remontamos hacia más allá del yo, hacia la vivencia de totalidad, hacia la unidad de todo, que unos llamarán Dios, otros como prefieran (y algún divagante, Eis).

Me resulta tentador hacerle caso a mi mente y a sus juegos «inútiles». En vez de ser cada noche tablones, aprendices de cadáveres, seríamos exploradores de lo oscuro, que dejamos por unas horas el marco del yo habitual para ir al encuentro de riquezas indispensables, más allá de las fronteras conscientes y quién sabe si no también inconscientes.

Lentitud, venturoso patrimonio mexicano

A mí me tocó residir cinco años enteros en medio de un pueblo que vive deleitosamente sumergido en la lentitud. Dudo que haya otra gente en el planeta que posea un sentido de la morosidad comparable al del pueblo mexicano. «Todo lo capital es lento»: ésa es -me parece- la enseñanza más honda, más decantada, que se preocupa de impartir México. Una lección asiática (porque México es Asia), especialmente útil para nosotros, rioplatenses (es decir europeos putativos), ya que Europa no conoce hoy, ni conoció nunca, la intuición de la lentitud que lo asiático supo acuñar y sedimentar milenio tras milenio.

El mexicano, desde hace siglos, no hace ningún caso de los cambios rápidos, pues no cree que conduzcan a fines valederos. De ahí que, en lo más visceral de su persona, no tenga jamás apuro. Lo guía el convencimiento milenar de que la velocidad opera únicamente en el plano de las apariencias, compromete sólo a la ligera epidermis; pero que en el territorio de lo sustantivo, la que manda es, inapelable, la lentitud.

El «tempo» del universo -nos enseñan también los mexicanos- es lentísimo. Pero igualmente lo es el «tempo» de lo humano. Ellos ven a lo humano como permanencia, no como vértigo de mutación. Sienten al hombre invariable, o apenas cambiante. Entonces -piensan con parsimonia geológica- ¿qué objeto tendría apurarse? ¿Qué ganaríamos con insertar ninguna velocidad en la corriente de lo que acontece? Y así, el ayer lo llevan juntado con el hoy, y el hoy con el mañana.

Para los mexicanos, el trauma brutal de la Conquista es presente estricto. Mentira que haya ocurrido hace 500 años: lo sufren a cada minuto hoy mismo. Pero también saben que, contra todas las apariencias, ellos no han sido cambiados un ápice por los españoles. Están intactos, son los mismos de hace 30 mil años, cuando llegaron desde Asia a América trotando sobre el congelado estrecho de Behring, y saben que seguirán siendo los mismos de aquí a otros 30 mil años, cuando todo en el planeta haya variado menos ellos.

Por cierto, esta vivencia de lentitud definitiva está radicada en el inconsciente de los mexicanos, en su organización más escondida, que ellos mismos quizás no perciban con la luz de la conciencia. Pero si se los observa con la debida atención, se notará clarísimo que son seres sin velocidad. Ni siquiera enemigos de la velocidad: digo sin velocidad.

Por eso mismo, en estos momentos se está librando un combate terrible en el recinto interior del mexicano, que a mí me ha dejado con el alma en vilo. Porque en medio de la atemporalidad que es tan distintiva de

México, ha entrado la modernidad como un ventarrón. La modernidad que es, primero, invento europeo, y después amplificación estadounidense. Es una cultura foránea al ser mexicano, pero que está tratando seriamente de copar su fondo: cultura, aquella, del pulso vertiginoso, cultura que endiosa el dinero, la ganancia, el éxito; metas y valores unidos por un cordón umbilical al espíritu de la rapidez.

Y los mexicanos temen perder el ómnibus de la modernidad que vino a golpear a sus puertas, y se los ve empeñados en construir un México «moderno», es decir super-rápido. Y ahí están los lentísimos mexicanos tratando de asimilarse los valores, los dioses y las mitologías de la velocidad.

Se comprende que, siendo así, no se sientan para nada cómodos, pues no acaban de amoldarse a las compulsiones de una condición que no es ostensiblemente la de ellos. No son animales compuestos para ninguna velocidad; pero tienen que apurarse si no quieren quedar marginados de esta cultura triunfante que hoy se disemina avasallando al mundo todo.

¿Quién ganará esta partida en el fuero interior del mexicano? ¿La velocidad, en la que hoy procuran enfundarse a toda costa? ¿o la lentitud porfiadísima, que es ingrediente principal de su entraña milenaria? Es lícito pensar, conociendo el paño, que para México la modernidad será como un sarampión, otro sarpullido volandero que podrá durarles un buen tiempo, pero que pasará. Terminarán fagocitándolo, como hicieron con la Conquista. Y en resumidas cuentas prevalecerá en ellos una vez más el hechizo de lo pausado, la hipnosis de lo lento, que les es tan natural.

Saben por instinto cósmico que el nacer es lento, que el amor es lento, que la gestación de la muerte es lenta, que la magia de la belleza es lenta. Saben que nada llega a ser lo que finalmente es, si no es mediante una laboriosa lentitud. En suma, conocen que toda rapidez es incidental y toda lentitud esencia. Y que vivir en la vertiginosidad es estafarse la hondura. Sabiduría decantada también lentísimamente, milenio tras milenio.

Pero no fueron sólo los mexicanos los que me impartieron lecciones de lentitud. También aprendí el valor de lo lento en mi trato con la mujer.

Se ha dicho con frecuencia, y es ya lugar común, que la mujer se halla mucho más cerca que el varón de los grandes ritmos de la existencia y está obligada a acatarlos. Sus ciclos lunares, el proceso de la gestación, la vinculan mucho más visceralmente a la mecánica natural, al juego de fuerzas elementales de lo viviente. El varón está como más suelto en el ámbito biológico, anda más desatado, no tiene vínculos tan acendrados con la dinámica oscura del cosmos.

La mujer superavanzada de este siglo XXI vertiginoso, menstrúa cada veintiocho días, igual que la mujer de la época neolítica, o que la egipcia de los faraones, o que la alta señora de los castillos medievales. Y la mujer japonesa del siglo I de nuestra era, necesitaba sus rigurosos nueve meses para tener el hijo, igual que la mujer hotentote o que la señora burguesa del Montevideo novecentista.

Y aquí no ha habido rapideces ni aceleraciones que valgan: los grandes acontecimientos femeninos son regulares y sobre todo lentos, lentísimos. La biología femenina no se conmueve para nada con las velocidades que la modernidad mercantil y tecnológica le ha impuesto al vivir actual, y sigue apegadísima, ayer como hoy, a la lentitud milenaria de los ciclos de la existencia.

La preparación del nacimiento es lenta, veámosla recién. Pero no sólo del nacimiento humano: de todo nacimiento. O sea: nada de lo que aparece en el universo emerge en un abrir y cerrar de ojos. Ha habido antes una gestación lenta, por lo general invisible.

Y si no se ve clara la verdad de este aserto, piénsese en lo que se quiera. En una doctrina, en un invento técnico, en una moda, en un objeto de madera, en un plato de comida, en un jugador de fútbol, en un asesinato, en un cáncer, en la despedida de una murga: ninguna cosa, jamás, surge como un relámpago. Siempre hay detrás una gestación, una preparación, una causación, necesariamente lenta.

Los que se llenan tanto la boca con la vertiginosidad, debieran ser más cuidadosos y modestos, y aceptar lo que es una ley de hierro, que no tiene excepciones: toda velocidad, en cualquier orden, es la manifestación fulminante, espectacular y final, de una lentitud callada que la preparó y la lanzó hacia afuera.

Una civilización que se pliegue dócilmente -como parece ser la actual- a las exigencias de la velocidad librada a sus propios impulsos, es una civilización que se desconecta de las leyes fundamentales de ser, cuyos fondos son supremamente lentos.

Otra lentitud: los sentimientos. Ningún sentimiento de cierto calado aparece de modo súbito: supone también una gestación, un abonamiento, un alimento adecuado, un cultivo. Ya se trate de amistad, de amor hijo-madre, de erotismo, de arraigo en un lugar, de adhesión política, de un hobby.

Tampoco el placer sensual es rápido. Ninguno. Deleitarse con algo supone un tiempo de receptividad, de recorrido, de encantamiento, de crescendo del gozo. Y eso se consigue lenta, morosamente; nunca a las apuradas. Por las mismas razones, el sexo debe ser lento, y en lo posible lentísimo: apresurarlo, pudiendo demorarlo, se diría criminal.

Y el conocimiento, cualquier conocimiento, requiere lentitud, porque la adquisición de nuevos saberes implica fijación de datos y conceptos, asociar con toda una constelación de otros conocimientos conexos, sedimentación de lo adquirido, adiestramiento de su manejo mental. La rapidez tampoco aquí tiene cabida.

Y el arte no digamos: es lento, lentísimo. Para el que lo hace, es la lentitud misma: supone una formación honda, un aprendizaje de técnicas, una práctica prolongada. Hay obras que insumen años, porque se incuban

con trabajo y hay que esperar que maduren, ya que apurarlas -meterlas en el molde de la velocidad- sería la manera más segura de troncharlas.

Mientras, para el receptor de arte -lector, espectador- el disfrute estético también requiere lentitud, porque hay que penetrar en el universo que el creador nos propone, y eso no es operación de rapidez sino de andadura pausada.

Si nos fijamos bien, las grandes desventuras de los tiempos presentes se inauguraron aquel día lejano e infausto en que la modernidad cortó por lo sano; fue, como en todo, expeditiva. Dijo: «Acá nada vale nada. Valer no importa; importa tener». Y desde entonces cuenta más el que más tiene, no el que más vale. Tal fue la revolucionaria innovación, el portentoso giro que dio el hombre en los últimos cinco siglos, y que implica un tajante cambio de pulso: porque valer es del dominio de la lentitud; tener de la rapidez.

De ahí que, en una civilización que coloca por encima de todo el tener, es inevitable que triunfe el más rápido. Y es así que toda la vida social y cultural se organiza hoy en torno a la sacrosanta velocidad, madre ubérrima del mucho tener y el mucho acopiar.

Pero además resulta que el hombre, como todos los organismos vivos, posee un punto óptimo de funcionamiento, un ritmo ideal de marcha. Y es un ritmo que no puede transgredirse. Se halla dotado para asimilar y procesar una cierta corriente de vivencias en un tiempo dado, y no más. Acepta una determinada cantidad de cambios, pero no un número mayor. Se adapta a ciertos márgenes de velocidad de acción, pero ahí también tiene un tope.

Lo que ocurre hoy es que el mundo que nos hemos dado; este mundo de la llamada «época moderna» (siglos XVI a XIX, con su punto de exasperación en el XX), está hecho de tal manera -lo hemos hecho de tal manera- que los rodajes humanos se ven obligados a funcionar mucho más allá de sus topes normales en todos los órdenes. Y sucede que al hombre no le resulta constitutivamente fácil vivir imitando el estilo de una motocicleta japonesa.

La modernidad se basa en la competencia más cruda, una competencia que no admite cuartel, y que se presenta cada vez más enconada en todos los campos del vivir humano. Esa canibalización del otro -centro y nervio de la actuación «moderna»- exige las más altas tensiones y velocidad suma, rapidez de actos y de reflejos.

Pero resulta que el psiquismo humano no soporta semejante crispación de autoexigencia. Ni su sistema nervioso, ni su sistema circulatorio, ni el endocrinológico, ni sus mecanismos orgánicos todos; y menos su funcionamiento psíquico. Dicho de otro modo: el vivir de la modernidad mercantil se ha vuelto literalmente in-

humano, o mejor anti-humano, no apto para lo que el hombre puede y es. (Algunos pretenden que el hombre logrará adaptar su funcionamiento a estas nuevas exigencias: ni está probado ni se sabe a qué precio).

Yo quiero declarar mi ruptura radical con ese espíritu de la modernidad mercantil y tecnológica (no, por cierto, con una tecnología que sirva al hombre), hoy en aparente apogeo, pero que a mí me parece enfermo y desesperado. Tengo el orgullo de declarar que me rehúso terminantemente a ser «moderno» de esa manera: lo que equivale a proclamar que me niego a ser rápido, a ser racional, a ser eficiente, a ser práctico, a ser competitivo, a ser ganador de dinero o de posiciones.

Tampoco acepto el universo-máquina ni los sentimientos-máquina. Bien está la máquina, pero en su sitio; como la razón en su sitio, la ciencia en su sitio, el espíritu positivo en su sitio, el pragmatismo en el suyo. La «modernidad» los forzó a salirse de madre, a invadir territorios que no les eran propios, y así nació el cambalache de ópticas y valores en que hoy chapaleamos, arrasados por una velocidad tecnológica que pretende hacer de nosotros lo que no somos.

Yo no creo -entiéndase bien- que el hombre tenga que cerrarse a los cambios y mutaciones que se están produciendo, especialmente en el ámbito tecnológico. Pero sí pienso que el hombre del siglo XXI tendrá que aprender a ponerles rienda a esos cambios y velocidades, para someterlos a las lentitudes de fondo que presiden el ser del hombre y de las cosas.

Tampoco creo que el universo sea mudo, como las máquinas, ni que esté imposibilitado de comunicarse con nosotros los hombres. Yo siento que el universo habla, y muchas veces canta. «Me» habla y «me» canta. Y yo le entiendo ese hablar y ese cantar, que me contagia de la potencia, el júbilo y la plenitud que emanan de un mundo vivo y comunicante. Lo escucho y él me escucha. No me siento mudo, frígidamente aislado en un orden frígido y maquinal, mudo también. Estoy comunicado, estoy «en lenguaje» con todas las cosas.

En fin, quiero proyectarme hacia una edad futura en donde hasta el más pequeño de los hombres sepa que el mundo está poblado de comunicaciones (y por lo tanto de lentitudes), que todas las cosas son mensajeros, que todos los actos encierran envíos.

Pobrecito el hombre de esta «modernidad», que es tan sordo y tan veloz. Mi propósito es contrario: yo no paro, lentísimamente, de escuchar las lentísimas músicas que provienen de todo lo que se va haciendo con parsimonia sabia y majestuosa.

Tal vez deba estas enseñanzas a haber vivido -y abrevado- en México, venturoso reino de las lentitudes primordiales.

La costurerita que derrotó al cine

Reconozco que utilizar el término "costurera" en diminutivo, convoca de modo inevitable asociaciones picantes y pecaminosas, provocadas por la modistita aquélla que dio el mal paso famoso. Nada que ver, sin embargo, con la persona que va a comparecer aquí.

El diminutivo obedece exclusivamente a razones muy entrañables, que en la lectura misma irán apareciendo y explayándose.

Cuando yo era niño chico -tendría alrededor de cinco años o seis, no más- iba a casa con regularidad una modista que, como era bastante corriente entonces, se pasaba la tarde entera o aún el día desde la mañana a la nochecita, confeccionando un vestido o una prenda que alguna mujer de la casa necesitaba.

Esta modista era de nacionalidad española; diría mejor: de nacionalidad españolísima. Las mentas familiares pretendían que era originaria de Galicia; pero hoy, rememorándola a la distancia -y la tengo bastante presente y hasta escucho su acento- tengo para mí que debía ser, mucho más que gallega, andaluza de pura cepa. Lo deduzco por la gracia que derramaba al hablar, por el colorido de sus relatos, la chispa, el ángel, la alegría salerosa que a mí me la emparentan más con la gente del sur español, ese sur soleado y mediterráneo, que produjo un número cuantioso de poetas, de pintores, de músicos; y yo creo que esta mujer, sin saberlo ella misma, era las tres cosas a la vez, mucho antes que costurera a domicilio.

Pero además llevaba con gran donaire un nombre impresionante, que era ya todo un alarde andaluz. Se llamaba (y hago aquí un alto respiratorio, porque conviene desenrollarlo todo entero, sin pausas ni cortes publicitarios) María de la Soledad Milagros Angustias Remedios Leocadia Taboada Aream.

Yo no sé si vive aún esta señora de tanto nombbrero, porque nunca más la vi, como no fuera en mi memoria agradecida. Si viviera, tendría que ser ya muy viejecita, y mucho me gustaría saber que aún sigue en pie con su salero y su ángel andaluz a cuestas (sí: andaluz, estoy seguro).

El día que se instalaba esta mujer en mi casa, era para mí, para mis hermanas y hasta para mi madre, un día de fiesta nacional. Porque la casa se llenaba de pajaritos y de campanillas y de mariposas que volaban de aquí para allá. Todo lo que veía a diario como cosa habitual y grisácea, quedaba de golpe transfigurado en luminarias, gracias a tanta jarana, risas y ocurrencias sin término.

Doña María de la Soledad Etcétera era como un pozo vivo de cuentos, historias, leyendas, que llevaba como a flor de piel -se ve-, porque las sacaba a luz con una facilidad pasmosa; y la casa quedaba alocada,

encendida por obra y gracia de la gracia de aquella parladora, que además salpicaba sus relatos y dichos con chistes y ocurrencias de momento que no paraban nunca.

Pero afirmé que esta mujer derrotó al cine, lo que parece mucho afirmar. ¿Esto quiere decir que cuando ella venía a pasar el día a casa, ni ganas daban de pensar en ir al cine por ser esta costurera tan animada, tan divertida? ¡Ah, si fuera eso solo! Era mucho más, ciertamente. Su gran pasión, su placer fructuoso consistía en contar películas; enteritas, de punta a punta sin saltarse ni una escena. Pero digo mal cuando digo desvaídamente "contar películas": lo que hacía esta prodigiosa maga era proyectarlas con la mayor minucia en una pantalla imaginaria que desplegaba con toda su anchura ante nosotros. (Ella inventó sin duda el Cinemascope, mucho antes de que se les ocurriera tanto más tarde a los estadounidenses).

Mientras María de la Soledad Milagros Angustias ponía un hilván acá, daba una puntada allá, o cortaba el largo de una tela, empezaba a reconstruir la película recién estrenada -que ella había corrido a ver antes que nadie-; y lo hacía con tal deleite, tal gozo de narrar y tal pasión oral, que los sucesos y los personajes iban apareciendo ante nosotros con impresionante vividez, tan realzados de color y de vida que los veíamos, sí señor, los veíamos con mucha mayor intensidad que si aparecieran en cualquier pantalla verdadera.

Ríanse de Hitchcock. El famoso suspenso tampoco es invento de él, ¡qué va a ser! Hitchcock se lo robó descaradamente a esta andaluza, que era reina absoluta en el arte de crear expectativas angustiosas, de dejarte con el alma en vilo, comiéndote las uñas y con la respiración cortada. Sabía bien, la muy astuta, demorar el desenlace de una situación extrema, mientras ella, segura de que nos moriríamos de angustia, derivaba la historia por otros caminos, cosa de dejarnos un buen rato sin aliento. ¿Qué otro resorte empleó, muchos años después, el presunto creador del suspenso, plagario impúdico?

¡Y cómo contaba aquella mujer los duelos a espada, por ejemplo! Se escuchaban clarito los aceros chocando, el ¡ay! de la herida, el goteo de la sangre en el piso. ¡Y los besos de amor! Allí aprendí, puedo asegurarlo, una cantidad de secretos labiales que ni me imaginaba. La andaluza ponía pasión en esos besos, era detallista hasta el milímetro, entraba en trance erótico genuino: uno sentía, sin duda posible, que en ese beso los dos amantes ponían la vida hasta su raíz misma y se entregaban el todo por el todo. (Como debe ser, según aprendí viéndola).

Nunca me olvido de una película que María de la Soledad nos contó una vez, con toda la familia rendida ante su palabra. La protagonizaba aquel mexicano y cantor, galán que hacía furor entonces, y que después de probar hasta saciarse las glorias de este mundo, decidió entrar de cura, dejando viuda inconsolable a la mitad femenina de Latinoamérica: el irresistible José Mojica.

Pero nuestra costurerita andaluza no sólo nos contó la película: también la cantó, canción por canción sin faltar ninguna. Y encima, imitando a Mojica en sus gestos e inflexiones. El cantor, que sabía con qué bueyes araba, se preocupaba muy bien de hacer resaltar, viniera o no a cuento, su dentadura prodigiosa; de modo que ella también nos mostraba la suya, que era -hay que decirlo todo- pésima réplica del original. De todos modos, nos describía uno por uno aquellos dientes blanquísimos y milagrosamente regulares. Al hacérselo ver, jamás decía "dientes como perlas", y otros lugares comunes por el estilo. Con la facundia y el gusto por exagerar de una andaluza legítima, ella acudía a hipérbolos desmesuradas sin fijarse en el absurdo en que incurría de muy buena gana. Comparaba a este diente con un diamante, al otro con un topacio, al que le seguía después con un rubí y el canino siguiente era talmente una esmeralda, sin preocuparse para nada del disparate colorístico que acababa de soltar. Nosotros, sus auditores, en lugar de burlarnos del ridículo muestrario, nos embobábamos con la perfección de aquel atributo odontológico que hacía del mexicano un varón sin par posible.

Una vez me ocurrió que, a los pocos días de "estrenada" una película de Mojica en mi casa por obra y gracia de esta relatora chisporroteante, fui al cine a ver el mismo filme en la pantalla verdadera. ¡Nadie puede

imaginarse mi colosal decepción! ¿Pero sería la misma película que yo acababa de ver y oír y llorar y sufrir, sentado a los pies de mi costurera? ¿Nunca vi nada más soso, opaco y sin gracia, que aquella versión visual y sonora proyectada en el "biógrafo" del Centro! ¿Qué historia estúpida, mal contada, sin tensiones, sin contrastes, laxa, monocorde! Y el pobre José Mojica del filme daba realmente lástima: era un burdo galán de hojalata, un cantor de pastafrola. Y sus famosos dientes, que en mi casa eran prodigio supremo de la pedrería, en el biógrafo hasta cariados y amarillos me parecieron. ¡Es que esta andaluza mejoraba al cine, lo llenaba de luces y reverberaciones! Por eso era preferible a cualquier exhibición que uno pudiera encontrar por ahí, en las tantas salas que por aquellos días empezaban a proliferar en el Montevideo que recién conocía el cine sonoro.

Yo contraí una deuda inmensa con mi nunca olvidada María de la Soledad Milagros Angustias Remedios Leocadia. Muchas veces me he dicho que si a mí me dio por escribir, por dedicarme mal o bien a la literatura, fue también a causa del ejemplo vivo que ella desplegó ante mí entre costura y costura. Porque gracias a esta mujer portentosa, yo bebí muy temprano una experiencia verbal reveladora. Ella fue quien me comunicó una fe inmovible en la palabra y en su capacidad de erigir universos enteros.

Esa confianza en las potencias de la verbalidad es, al fin y al cabo, la fuente última de toda literatura. Porque nadie puede ser escritor si no está traspasado del convencimiento de que la palabra es capaz de levantar mundos y que tiene poderes que deben llamarse mágicos.

Lo digo de otro modo: nadie tuvo que explicarme nunca, llegado a mayor, lo que la palabra es y permite. No fue necesario porque la recogí ahí, lo palpé con las vísceras, recibí de esta modista de oralidad deslumbrante la evidencia directa; y la recibí, además, bañada en una sabrosura, una alegría, una fruición tan contagiosa, que lo verbal se me instaló sin más en el centro mismo de lo que soy.

Estas lecciones imborrables que me impartió la prodigiosa modista andaluza (sí, claro que lo era), las recibí, además, en una época que empezaba a hacerse crítica para la palabra. Porque aproximadamente por esos años comenzaba la irresistible ascensión de la imagen, la invasión de la visualidad, tan característica de este siglo. Y correlativamente comenzaba a la par el desmedro progresivo de la palabra, que hoy ha llegado a niveles afligentes, y que la van dejando cada vez más acorralada, más descaecida. El lenguaje se empobrece día a día, cada vez se usan menos palabras y cada vez peor, hablamos lo mínimo, nos comunicamos apenas lo indispensable; vamos prefiriendo el gesto, la mueca, la morisqueta o el gruñido, antes que hablarnos.

Y yo dudo de que haya un disfrute comparable al de escuchar a alguien que sepa conversar, que relate con gracia, con colorido, con frescura, con humor, sabiendo elaborar sus temas y desenvolverlos con propiedad y encanto.

Por aquellos años, y quizás hasta cuando fui un niño bastante mayor, era posible la existencia de un espectáculo que por cierto hoy se nos hace inconcebible. Venía periódicamente a Montevideo un español que se había hecho famoso en el mundo por su habilidad superlativa para la conversación amena y venturosa. Se llamaba Federico García Sanchiz, se presentaba en algún teatro nuestro -e indefectiblemente lo llenaba- y lo único que hacía era sentarse en un sillón en el escenario y durante una hora y media... conversaba. Relataba sus viajes, las costumbres de los pueblos, contaba anécdotas, relataba historias y leyendas, recordaba mitos e interponía reflexiones, todo ello salpicado con vivacidad, salero y, naturalmente, con un incomparable humor. (¿Sería andaluz, como mi costurera?)

Me cuesta admitir que este arte bellísimo de la comunicación oral -la charla, la conversación- se haya perdido para siempre. Pienso, más bien, en un eclipse momentáneo, provocado por la avasallante irrupción

de la imagen, por cierto seductora y atrapante, quién lo duda. Pero me digo que, pasada esa explicable fascinación visual que hoy sigue imperando, las aguas volverán a su cauce y la palabra recuperará su lustre y su función en la comunicación humana. No volverá a tener el imperio de antes, de eso no cabe duda; otra será su misión y otra su manera de cumplirla. La palabra deberá acotar, deslindar, su nuevo territorio, cediéndole a la imagen aquello que la imagen tiene de insustituible, pero reservándose para sí los dones que son privativos del habla, y que la imagen, por más que se lo propusiera, jamás podría alcanzar. Así, desafío a la imagen a que comunique con inequívoca claridad conceptos tales como "ser o no ser", "la caridad bien entendida empieza por casa", "re-formarse es vivir", "el saber no ocupa lugar" y tantísimos otros. La desafío igualmente a que describa estados de ánimo, movimientos de la emoción, impulsos de la interioridad que son irreductibles al orden visual. O que alcance la vivacidad, la inmediatez, del contacto de ser a ser que sólo la palabra y el gesto aunados pueden producir cabalmente.

Porque es ingenuidad suprema suponer que la imagen lo puede todo, o que una cultura honda, una cosmovisión entera, puede fundarse únicamente sobre los cimientos de la pura visualidad.

Lo diría de otro modo: a la mitad segunda de este siglo, que ha sido la del apogeo de la imagen y el desalojo de lo verbal, lo que le está haciendo falta es una inmersión en las fuentes e instrumentos que la costurerita andaluza llevaba en sí con tanta naturalidad como alegría. Recuperar lo mejor de María de la Soledad Milagros Angustias Remedios Leocadia, sería un lema apropiado para los días que corren.

Pero no creo que sólo al hombre del siglo XX le esté haciendo falta recuperar los dones verbales de aquella modista a domicilio. Pienso que, más particularmente, lo está necesitando el hombre uruguayo. Ya es un cansador lugar común hablar de la grisura esencial que el uruguayo padece: gris su apariencia exterior, grises sus calles, sus casas, y sobre todo -se dice- gris su idiosincrasia.

Esa grisura fundamental, que ha sido nuestro distintivo, también se manifiesta en el habla (no podría ser de otra manera). Solemos hablar con un volumen medio, en un tono preferentemente monocorde, tratando de no usar palabras detonantes. Nada de estridencias, poca coloración en el decir, una elocución apenas matizada.

Yo creo que han operado dos factores concurrentes -aparte de circunstancias históricas concretas-, ambos coincidentes en el tiempo, para que el uruguayo adoptara esa grisura que lo caracteriza. Su origen habría que situarlo en la segunda mitad del siglo pasado (muy diferente era el hablar de nuestra gente con anterioridad a ese momento). ¿Qué ocurrió entonces?

Por un lado, lo que José Pedro Barrán denominó certera-mente el "disciplinamiento" de la sociedad uruguaya, que él sitúa a partir de la década del 60 del siglo XIX. Un cambio decisivo se introdujo entonces en nuestra moral y en los comportamientos sociales. Al instalarse entre nosotros la economía capitalista -que reclama gente aplicada con rigor extremo al trabajo productivo-, se buscó ponerle un freno implacable a los impulsos que habían sido hasta entonces distintivos de nuestra gente: la espontaneidad, la naturalidad, la liberalidad de las costumbres, el disfrute del ocio, la entrega a los excesos del amor. A partir de aquel momento, comienza una verdadera "domesticación" (o más bien "doma") de nuestros hombres y mujeres, para convertirlos en trabajadores sometidos a los rigores de una disciplina indispensable en la nueva forma de producción que se implantaba entre nosotros a marchas forzadas.

Pero disciplinar, domesticar, es también agrisar. Incluso uniformizar. Hombres y mujeres deben someterse a parecidas normas de comportamiento, deben coincidir todos en el acatamiento a idénticos valores. Lo diferencial, lo colorido, la espontaneidad imprevisible, los arrebatos del instinto, conspiran contra la necesaria moderación e igualación de las conductas humanas.

Y paralelamente a este disciplinamiento sin duda agrisador, y coadyuvando con él, comienza en el país el auge absorbente de una visión racionalista, positivista del mundo, favorecido por la debilidad relativa de la Iglesia uruguaya. El positivismo caló muy hondo en nuestros sectores cultos; pero desde ellos se filtró luego hacia el sentir general a través de la educación, el periodismo, la política. Se fue modelando así una mentalidad predominante, muy atada a un mirar riguroso de la realidad, con escaso margen para el vuelo imaginativo, los juegos de la fantasía, los fueros de una visión poética del mundo. En ese clima mental y moral se formaron incontables generaciones de uruguayos. Y aún cuando el racionalismo positivista perdió vigencia como corriente filosófica, su marca, su estilo de manifestarse siguió imperando de modo invisible o subrepticio, y se prolongó casi hasta nuestros días, aun entre la gente considerada progresista.

Tal vez por la tiranía con que se nos impuso esta marca, yo aprecio tanto lo andaluz, que se halla en las antípodas mismas de la grisura uruguaya y de sus causas históricas (aunque hoy esté desmonetizado en un mundo y en una España que aprecian por sobre todo el pragmatismo, la eficiencia, el rendimiento, la practicidad). Tal vez necesitemos los uruguayos fuertes dosis de andalucismo (no el andalucismo, por favor, de pandereta y castañuelas, sino el que permitió la floración más portentosa que haya dado la poesía, el arte y la música españolas a lo largo de varios siglos). Necesitamos con premura, para compensar nuestras carencias de décadas, la visión luminosa, la extroversión, el gusto por mostrarse a los demás, la fruición por la hipérbole, la exageración colorística y la desmesura fantasiosa, la vocación metafórica, la exaltación dichosa de lo sensorial o sensual (¿existirá algo más antiuruguayo que todas estas cualidades que acabo de enumerar?).

Y noto con alegría que entre los nuevos signos del cambio que parece advenir en el uruguayo, aparecen muchos de estos rasgos que vendrían a redimirnos por fin de nuestra secular grisura, tan nefasta por donde se la mire.

Esto lo puedo expresar de otro modo, para mí más cálido y entrañable: tal vez el uruguayo que adviene me devolverá alguna vez la imagen infantil y dichosa de aquella mujer que iluminó mis días tempranos con el descubrimiento de la verbalidad. Es como si la oyera aprestarse a revivir, como si de nuevo la fuera a tener sentada en el centro de mi casa, prodigioso árbol verbal poblado de pájaros relumbrantes que no callarán ni dejarán de revolotear en la luz.

Nota: No bien terminada esta audición, recibí en la misma radio un emocionante llamado telefónico de un familiar de María de la Soledad, donde me confirmaba su rotundo origen andaluz (había nacido en Jerez de la Frontera) y me informaba de su ya lejana muerte.